MAUPASSANT

CLAROR
DE LUNE

PQ2349
C58

1020026638

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

1020028638

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

OBRAS COMPLETAS

DE

GUY DE MAUPASSANT

(EDICIÓN ILUSTRADA)

Núm. Clas. EC
Núm. Autor M4722
Núm. Adq. 30518
Procedencia —8—
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

La traducción y las ilustraciones de estos libros pertenecen á D. Luis Ruiz y Contreras y nadie podrá, sin su permiso, reproducirlas. Derechos reservados, conforme á un contrato celebrado con Mr. Ollendorff, de Paris, editor de las Œuvres completes illustrees de Guy de Maupassant.

Obras completas de Guy de Maupassant.

Versión castellana de Luis Ruiz Contreras.

CLAROR DE LUNA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

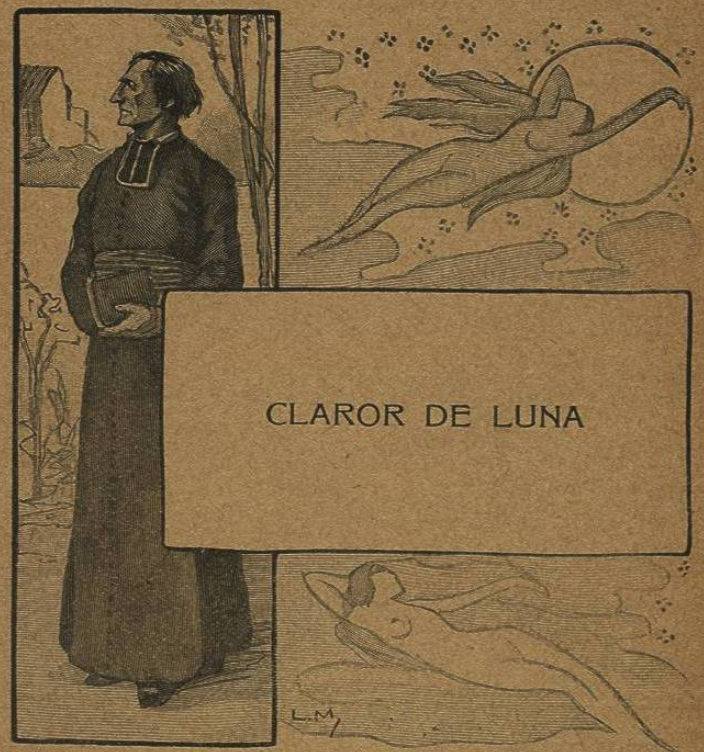
(82 dibujos de Lucien Métivet, grabados en madera por Lemoine.)

Madrid 1905
"Ediciones literarias y Artisticas."

099751 30518

CAPILLA ALFONSINA
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid, Imprenta de Antonio Marzo, San Hermenegildo, 32 duplicado. Teléfono 1.977.



CLAROR DE LUNA

CLAROR DE LUNA

El padre Marignan hacía honor á su nombre. Era un sacerdote larguirucho y fanático; un espíritu exaltado, pero razonable. Tenía bien arraigadas sus creencias, imaginando sinceramente conocer á Dios, penetrar sus designios, sus voluntades y sus intenciones.

En su casita de párroco rural, midiendo á trancos el pasillo, á veces una pregunta surgía de pronto en su imaginación: «¿Por qué hizo eso Dios?» Y obstinadamente, investigando como si juzgase con las propias intenciones de Dios, encontraba casi siempre una respuesta satisfactoria. No se le hu-

biera ocurrido murmurar en un arrebato de piadosa humildad: «¡Señor, Vuestros designios son impenetrables!», y se decía: «Soy ministro del Señor, y como tal, debo conocer el móvil de sus acciones ó adivinarlo cuando no pueda conocerlo.»

Le parecía creado todo en la Naturaleza con admirable y absoluta lógica. Ninguna interrogación quedaba sin respuesta. ¿Para qué se crearon las auroras? Para que alegren el despertar. ¿Y los días? Para que maduren las cosechas. ¿Y las lluvias? Para regarlas. ¿Y el anochecer? Para prepararse al sueño. ¿Y la obscuridad nocturna? Para dormir.

Según él, respondían perfectamente las cuatro estaciones á todas las necesidades agrícolas; y nunca hubiera sospechado siquiera que la Naturaleza es indiferente, que nada se propone, y que todo lo que vive doblégase á las rigurosas condiciones de las épocas, de los climas y de la materia.

Sentía odio hacia la mujer; la odiaba inconscientemente y la despreciaba por instinto; repitiendo con frecuencia la frase del Señor: «Mujer, ¿qué hay de común entre nosotros?», añadía: «Parece que Dios tampoco estaba satisfecho de aquella obra suya.» Para el padre Marignan era la mujer la criatura doce veces impura de que habla el poeta; era la tentación que arrastró al primer hombre y prosiguía condenando á los demás; era débil, funesta, misteriosamente perturbadora; y más aún que su carne provocativa, odiaba su alma enamorada.

Con frecuencia sintióse amenazado por la ternura femenil, y, á pesar de suponerse inconmovible y duro, exasperábanle aquellas ansias de amor incesante.

Dios—á su juicio—solamente había creado á la mujer para que probara el hombre su virtud luchando contra la tentación, y sólo con precauciones recelosas como cuando se teme caer en un cepo, era prudente acercarse á ella. En efecto; la mujer, con los brazos tendidos y la boca entreabierta, es un cepo donde se precipita el hombre.

Mostrábase indulgente con las monjas, cuyos votos las hicieron inofensivas, pero las trataba con brusquedad, creyendo siempre viva—dentro del corazón aprisionado y humillado—la ternura incesante que ansiaba envolverle sin respetar ni el santo sacerdocio.

La sentía en sus miradas, más ardientemente humedecidas por la piedad que las miradas de los frailes; en sus éxtasis, exaltados por ansias femeniles, en su anhelo de amor hacia Cristo, que le indignaba, juzgándolo amor de mujer, amor carnal; sentíala en la dulzura maldita, en la docilidad, en

la modestia de las palabras, en los ojos velados, en las humildes lágrimas que desprendía con su rudeza.

Y al salir del convento, en la puerta sacudíase la sotana y se alejaba con prisa como quien huye de un peligro.

Puso empeño muy obstinado en que fuera Hermana de la Caridad una sobrina suya, que vivía con su madre junto á la casa rectoral.

La moza era bonita, burlona y alegre. Reía cuando el sacerdote la sermoneaba; y cuando se disgustaba con ella, ella le besaba con vehemencia, oprimiéndole contra su pecho, mientras él procuraba, sin darse cuenta, sustraerse á la caricia que le permitía saborear una dulzura, despertando en su alma la sensación de paternidad que dormita en todos los hombres.

Con frecuencia el sacerdote le hablaba de Dios, de su Dios, paseando con ella por los atajos campesinos. La muchacha le atendía poco, mirando al cielo unas veces y otras á la tierra, como si compartiese con las hierbas, con las flores, la dicha de vivir que resplandecía en sus ojos. De cuando en cuando corría para dar alcance á un bicho volador, y exclamaba después de cogerle: «Mira, tío, mira qué precioso es: me dan tentaciones de besarle». Y

ese deseo de acariciarlo todo, bichos y flores, inquietaba, irritaba, indignaba mucho al sacerdote, que descubría en aquel detalle la indestructible ternura que germina en el corazón de las mujeres.

Y ocurrió un día que la mujer del sacristán, encargada por el señor cura del servicio doméstico de su casa, enteróle misteriosamente de que, por las noches, hablaba con un hombre la sobrina.

El sacerdote sintióse de pronto muy emocionado, y se quedó inmóvil, ahogándose, con la cara llena de jabón y la navaja de afeitar en la mano.

Cuando se repuso y reflexionó, dijo:

—No es verdad, Melania; ¡miente usted!

Pero la campesina, con la mano sobre su corazón, juraba:

—Que Nuestro Señor me condene si miento. Re-

pito que habla con él todas las noches en cuanto se acuesta su madre. Pasean por la orilla del río. De diez á doce podrá verlos.

Dejó de rascarse la barba; iba y venía bruscamente, dando paseos por su cuarto como acostumbraba en sus horas de grave meditación. Luego, al afeitarse por fin, cortóse tres veces desde la nariz á la oreja.

Todo el día estuvo silencioso, inflado por su cólera y su indignación. A su ira de sacerdote, ante las invencibles ansias de amor, se unía el disgusto de padre moral, de tutor, de consejero engañado, estafado, burlado por una muchacha, el sofoco egoísta de los padres, á quienes anuncia una hija que tiene ya hecha la elección de marido, sin consultársela ó contra su consejo.

Después de la comida quiso leer un rato, pero no lo pudo conseguir; exasperábase más y más. A las diez cogió el cayado, un formidable cayado de encina que siempre le acompañaba en sus paseos nocturnos hacia las casas de los enfermos. Y, sonriente, lo contempló haciéndolo girar entre sus dedos robustos de campesino, con molinetes amenazadores. Irguióse; castañeteaban sus dientes, y largó un estacazo á una silla, cuyo respaldo cayó deshecho al suelo.

Abrió la puerta para salir, pero se detuvo en el umbral, sorprendido por el espléndido claror de luna; jamás la vió lucir de tal modo.

Y como era su carácter propenso á exaltaciones, un carácter análogo al que debieron tener los Padres de la Iglesia—poetas soñadores—, sintióse de momento distraído, emocionado por la grandiosa y serena hermosura de la pálida noche.

En su jardín, bañado por suave claridad, los árboles frutales, alineados, proyectaban en los paseos la sombra de sus ramas frágiles, apenas revestidas por las nacientes hojas, mientras que la tupida madreselva trepaba por el muro de la casa, exhalando perfumes deliciosos y como azucarados, haciendo flotar en el aire tibio y transparente de la noche una especie de alma de aroma.

Respiró ampliamente, bebió el aire, como los borrachos beben el vino, y avanzó á pasos lentos, encantado, maravillado, sin pensar apenas en la sobrina.

En cuanto se halló en plena campiña detúvose para contemplar la llanura inundada por acariciadora claridad, sumergida en el suave y melancólico encanto de las noches serenas. A cada punto los sapos repetían su nota breve y chirriante, y lejanos ruiseñores lanzaban su música desgranada,

que hace delirar sin hacer discurrir, su música ligera y vibrante como un murmullo de besos.

El sacerdote avanzaba, languideciendo sin explicarse por qué. Sentíase débil, extenuado; sentía intenciones de sentarse, de permanecer quieto allí; de contemplar, de admirar á Dios en su obra.

En lontananza, siguiendo las ondulaciones del río, serpenteaba una fila de álamos. Una sutil y blanca niebla que los rayos de la luna plateaban y abrillantaban, flotante sobre las aguas del río, cubría el cauce tortuoso con una especie de borra ligera y transparente.

El sacerdote se detuvo, penetrado hasta lo más íntimo, por una ternura creciente, irresistible.

Y una duda, una inquietud vaga le invadió, sintiendo alzarse una de las preguntas que se hacía con frecuencia:

¿Para qué había hecho Dios aquello? Estando consagrada la noche á dormir, al descanso, al olvido de todo, á la inconsciencia, ¿por qué hay noches más agradables que los días, más dulces que los crepúsculos? ¿Por qué brilla en la noche un astro seductor y tranquilo, más poético y apacible que un sol esplendoroso y que parece destinado á iluminar delicadezas y misterios que no resisten la intensa claridad y se ofrecen á una luz difusa?

¿Por qué de noche vela el más hábil de los pájaros cantores, lanzando sus trinos en la penumbra turbadora?

¿Por qué se transparenta el velo que cubre al mundo? ¿Por qué se agita el corazón estremecido, el alma se emociona y la carne languidece?

¿Por qué derrama la noche sobre la tierra tantos atractivos que los mortales no advierten, dominados á esas horas por el sueño? ¿A quién está destinado aquel espectáculo sublime?

Y el sacerdote no hallaba respuesta.

Pero de pronto vió aparecer al extremo de la pradera, bajo las copas de los árboles empapadas en la bruma luminosa, dos contornos vagos que avanzaban unidos.

El hombre, mucho más alto, se apoyaba en el cuello de su amiga, y de vez en cuando la besaba en la frente. Animaron con su presencia el inmóvil paisaje, que los envolvía como un cuadro divino hecho expresamente para sus amores. Confundíanse los dos en un ser único: el ser á quien estaba destinada la noche tranquila y silenciosa; y se aproximaban al sacerdote como una respuesta viva, la respuesta que lanzaba el Señor á su pregunta.

Se detuvo, con el corazón palpitante, desconcertado, creyendo presenciar una escena bíblica, unos

amores como los de Ruth y de Booz, realizados para satisfacer la Divina Voluntad, en un pasaje como los que describe la Historia Sagrada. Zumbaban en su cabeza los versículos del Cantar de los Cantares, los gritos apasionados, las instigaciones de la carne, toda la poesía fascinadora y ardiente de aquel poema encendido por la ternura.

Y pensó: «Es creíble que Dios haya creado esas noches de luna para revestir los amores humanos con un velo de ideal».

Ocultóse para no entorpecer el camino de la pareja enlazada. Reconociendo á su sobrina, se contuvo, temeroso de contradecir los designios de Dios. ¿No protegía Dios aquellos amores, cuando los rodeaba de tanto esplendor?

Y huyó, frenético y casi avergonzado, como si hubiese invadido un templo donde no debiera entrar.

MAIRIE
UN GOLPE DE ESTADO
L.M

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

UN GOLPE DE ESTADO

Habían llegado á París noticias de la derrota de Sedán. Proclamábase la República. Toda Francia sentía el comienzo de la demencia que se prolongó hasta después de la *Commune*. Jugaban á los soldados en todo el territorio.

Algunos tenderos eran coroneles y desempeñaban cargos de generales; cuchillos y revólvers lucían sobre abultados y pacíficos vientres envueltos en ceñidores rojos; humildes burgueses, convertidos, por casualidad, en caudillos, al frente de sus batallones de voluntarios, renegaban como carreteros para darse importancia.

El solo hecho de verse con armas y manejar un fusil enloquecía de tal modo á la gente acostumbrada sólo hasta entonces á manejar las balanzas, que la hizo temible para cualquiera. Fusilaban á inocentes para cerciorarse de que sabían asesinar; tiroteaban, recorriendo las campiñas donde no habían pisado aún los prusianos, haciendo víctimas á los perros vagabundos, á las vacas pacíficas, á los caballos enfermos que pacían en los prados.

Cada cual se creía predestinado á un importante destino militar. Los cafés de los pueblos donde se reunían los comerciantes, de uniforme, parecían cuarteles ó ambulancias.

Los vecinos de Canneville ignoraban aún las desastrosas noticias del Ejército y de la capital; pero un continuo sobresalto los tenía inquietos desde un mes antes, poniendo frente á frente los partidos contrarios.

El alcalde, señor vizconde de Varnetot, un hombrecillo delgado, antiguo legitimista que para satisfacer ambiciones políticas afilióse al Imperio poco antes de la guerra, vió surgir un adversario decidido en el doctor Massarel, grandote y robusto, jefe del partido republicano en el distrito, *venerable* de la logia masónica de la capital, presidente de la Sociedad de Agricultura, del Cuerpo de Bomberos, y organizador de la milicia rural que debía defender aquella región.

En quince días halló manera de convencer á sesenta y tres hombres, casados y padres de familia, para que se alistasen de voluntarios y se comprometiesen á defender el territorio; eran todos ellos campesinos prudentes ó comerciantes reposados, y hacían el ejercicio, por las mañanas, en la plaza de la Villa.

Cuando iba el señor vizconde á su despacho de alcalde—y esto acontecía ya pocas veces—el comandante Massarel, luciendo sus pistolas y empuñando el sable, hacía vociferar á su tropa: «¡Viva la patria!» Y había creído notar que desconcertaban al menudo vizconde aquellas voces que le parecían tal vez amenazadoras, como un desafío, y le recordaban, sin duda, la para él odiosa Revolución.

El 5 de Septiembre, por la mañana, el doctor, muy engalanado y con el revólver sobre la mesa, oía en consulta las razones de un campesino—que teniendo várices de siete años atrás, aguardó á que su mujer estuviera enferma para ir á casa del médico los dos juntos—cuando el cartero le llevó el periódico.

Lo desdobló el señor Massarel, palideció, irguióse bruscamente y, alzando los brazos con un gesto

de repentina exaltación, comenzó á vociferar con toda la fuerza de sus pulmones, ante los dos campesinos atolondrados:

—¡Viva la República! ¡Viva la República! ¡Viva la República!

Luego se desplomó en una butaca, desfallecido por la sorpresa.

Y cuando el cliente se atrevió á proseguir, diciendo:

— ... Yo sentía como si me corriesen hormigas por las piernas...

El doctor Massarel interrumpióle:

—¡Déjenme ustedes en paz! ¡Ahora no puedo entretenerme con esas tonterías! La República está proclamada, el Emperador, prisionero, ¡se ha salvado el país! ¡Viva la República!

Y acercándose á la puerta, gritó:

—¡Celeste! ¡Pronto! ¡Celeste!

Asustóse la criada y fué corriendo. El doctor tartamudeaba, queriendo hablar de prisa:

—Mis botas, mi sable, mi cartuchera, mi puñal español, que dejé sobre la mesa de noche. ¡De prisa!

El obstinado campesino aprovechó un instante de silencio para insistir:

— ... Como si al andar, las faltriqueras me rozasen...

Pero el médico, exasperado, bramó:

—¡Déjeme usted en paz! Si tuviera la costumbre de lavarse los pies, no le pasaría eso!

Y agarrándole por la solapa le arrojó al rostro esta pregunta:

—¿No comprendes que ya tenemos República, pedazo de bruto?

Atendiendo al decoro profesional, calmóse de pronto, y mientras empujaba suavemente hacia la puerta de la calle á los campesinos atolondrados, repetía:

—Vuelvan mañana, vuelvan mañana; hoy no me queda tiempo, amigos; vuelvan mañana.

Equipándose de pies á cabeza, daba otra serie de órdenes urgentes á la criada:

—Corre á casa del teniente Picart y á casa del subteniente Pommel, y diles que los aguardo, que vengan pronto. Que venga también Torchebeuf con su tambor. ¡De prisa! ¡de prisa!

Y cuando Celeste hubo salido, meditando, se dispuso á resolver las dificultades que pudieran surgir.

Los tres hombres llegaron juntos, en traje de casa. El comandante, que se prometía verlos de uniforme, tuvo un momento de inquietud:

—¿Es que no sabéis nada todavía? ¿Qué, no estáis enterados aún? El Emperador, prisionero; la República, proclamada. Es preciso hacer algo. Mi situación es dificultosa; mejor dicho, comprometida.

Reflexionó algunos instantes viendo las caras de sorpresa que ponían los tres hombres, y luego prosiguió:

—Es preciso hacer algo; los minutos valen por horas en semejantes casos. Todo estriba en la presteza de las decisiones. Usted, Picart, avístese con el cura, obligándole á que mande tocar á rebato, para que se reúna toda la población, á la que debo prevenir. Usted, Torchebeuf, haga un llamamiento á redoble de tambor por todo el concejo, hasta en los caseríos de la Guerisaie y de Salmare, para que se reúnan los milicianos en la plaza. Usted, Pommel, vístase de uniforme inmediatamente; iremos á posesionarnos de la Alcaldía, para obligar al señor de Varnetot á que me haga entrega de todo. ¿Comprendido?

—Sí.

—Pues manos á la obra, con ligereza. Le acompañaré hasta su casa, Pommel, ya que ambos hacemos un solo servicio.

A los cinco minutos, el comandante y el subalterno, armados hasta los dientes, desembocaban en la plaza en el momento en que por otra calle acudía el mínimo vizconde de Varnetot, con polainas como si fuese á cazar, la escopeta lefaucheux al hombro, seguido por tres guardas con la blusa verde, con el cuchillo de monte colgante de la cintura y la carabina en bandolera.

Mientras el doctor se detuvo, estupefacto, los

otros penetraban en la Casa de la Villa, cuya puerta se cerró tras el último de los cuatro.

—Se han adelantado—murmuró el médico—. Es preciso aguardar á que vengan refuerzos. Nada es posible hacer durante quince minutos.

El teniente Picart, presentóse diciendo:

—El cura se ha negado á obedecer, encerrándose con el sacristán y el pertiguero en la iglesia.

Frente á la Casa de la Villa, impenetrable y blanca, erguíase la iglesia renegrida y silenciosa, con sus puertas de obscura y claveteada encina.

Curiosos los vecinos, asomaron las narices á las ventanas ó salieron á los umbrales de sus viviendas. Oyéronse redobles de tambor y apareció Torchebeuf, comenzando su llamamiento. A paso gimnástico atravesó la plaza y alejóse por el camino de las mieses.

El comandante desenvainó el sable, y colocándose á igual distancia de la Casa de la Villa y de la iglesia donde se habían encastillado sus enemigos, blandiendo el acero por encima de su cabeza, mugió con toda la energía de sus pulmones:

—¡Viva la República! ¡Mueran los traidores!

Y volvió á reunirse con sus oficiales.

El carnicero, el panadero y el boticario, temerosos, cerraron sus establecimientos. La droguería solamente se mantuvo abierta.

Poco á poco se presentaron los milicianos, vestidos cada cual á su manera, y por todo uniforme llevaban un quepis negro con galón rojo. Iban armados con viejas carabinas y escopetas oxidadas, que durante muchos años ninguno descolgó de un clavo de la cocina; más

que soldados, parecían todos guardas campestres.

Cuando contó unos treinta en torno suyo, el comandante hizo relación en pocas palabras de los acontecimientos, y después dijo á su estado mayor:

—Ya es hora de hacer algo.

Se reunían los vecinos, agrupábanse y charlaban.

El doctor dispuso al momento su plan de campaña:

—Teniente Picart, acérquese usted á la Casa de la Villa, y en nombre de la República, exíjale al señor Varnetot que resigne sus poderes en mí.

Pero el teniente —un albañil—se negó á obedecer, diciendo:

—Cualquiera va con el recado, para que me suelten un tiro. Gracias. Ya sabe usted que los cuatro tienen buena puntería. Vaya usted mismo á entenderse con ellos.

El comandante se acaloró, y dijo:

—Está usted sujeto á la disciplina; ¡obedezca mis órdenes!

Pero el teniente se mantuvo firme:

—¡Cualquier día voy á que me den un balazo!

Los personajes del pueblo, reunidos en un grupo, soltaron la risa. Y uno exclamó:

—Haces bien, Picart; no es oportuno.

El doctor murmuró:

—¡Cobardes!

Y, entregando á un ordenanza su sable y su revólver, avanzó con paso lento y con los ojos fijos en las ventanas, temiendo ver un cañón de carabina, que le apuntase.

Cuando se hallaba muy próximo al edificio, se abrieron las dos puertas laterales que abrían paso á las dos escuelas, y una muchedumbre de niños y de niñas invadió la plaza, corriendo y chillando como una manada de patos, en torno del doctor, el cual no conseguía en aquel tumulto hacerse oir.

Apenas hubieron salido los últimos, cerráronse de nuevo las dos puertas; dispersóse la chiquillería por todas las calles y volviendo á quedar solo, el doctor vociferó:

—¿El señor Varnetot?

Abrióse un balcón del primer piso; el señor Varnetot apareció asomado.

Y el comandante dijo:

—Señor: No ignora usted lo que sucede, y que ha cambiado la faz del Gobierno. El que usted representa ya no existe, y sube al poder el que represento yo. En estas circunstancias, dolorosas, pero decisivas, vengo á pedir, en representación de

la República proclamada, que resigne usted en mí su autoridad.

El señor de Varnetot, respondióle:

—Señor doctor, soy alcalde nombrado por una soberanía competente, y continuaré siendo alcalde mientras no sea revocado y reemplazado por un mandato de mis superiores. Como alcalde que soy, la Casa de la Villa es mi casa, y no saldré de aquí. Por lo demás, puede usted echarme cuando quiera... Inténtelo si le place.

Y cerró la ventana.

El comandante reunióse á su tropa. Y antes de arengar á los voluntarios, miró con desprecio al teniente Picart, y le dijo:

—¡Es usted un valiente! ¡Un hombre arriesgado!... El oprobio del Ejército. Le quito desde ahora los galones.

El teniente respondió:

—Me importa muy poco.

Y fué á reunirse al grupo donde se murmuraba.

Entonces el doctor vaciló. ¿Qué hacer? ¿Dar un asalto? Pero ¿su tropa le obedecería? Y además, ¿hallábase autorizado para ello?

Tuvo una idea luminosa. Corrió al telégrafo, situado en la misma plaza, y puso tres despachos:

El primero, á París, dirigido á los señores miembros del Gobierno republicano.

El segundo, á Ruen, para el señor prefecto republicano del Sena-Inferior.

Y el tercero, al subprefecto republicano de Dieppe.

Daba cuenta de su anómala situación, explicando los peligros que amenazaban al concejo si no dimitía el antiguo alcalde monárquico; y, ofreciéndose, pedía órdenes, acompañando su nombre—al firmar—de sus varios títulos.

Al reunirse de nuevo con la tropa, sacó del bolsillo diez francos, diciendo á su gente:

—Para vosotros, amigos míos; comed y echad un trago; pero que nunca falte aquí un destacamento de diez hombres para que nadie salga de la Alcaldía.

El ex teniente Picart, que hablaba con el reloje-

ro, enteróse de lo que decía el comandante, y añadió con zumba:

—Pues como no salgan ellos; por su gusto ¡cualquier día entran ustedes! ¡Cualquier día!

El doctor, despreciando aquellas palabras, fuese á almorzar.

Por la tarde puso centinelas en todo el perímetro del concejo, como si temiese una sorpresa.

Pasó varias veces ante las puertas de la Casa de la Villa y de la parroquia, sin advertir nada sospechoso, ni el ruido más insignificante, como si dentro de ambos edificios no hubiese nadie.

El panadero, el carnicero y el boticario abrieron otra vez sus establecimientos.

Se charlaba mucho en todas partes. Confirmándose la noticia del Emperador prisionero, no tardaría tampoco en decirse que hubo traición; de otro modo no era posible. Nadie sabía cuál de las Repúblicas triunfaba.

Se hizo de noche.

A eso de las nueve, solo y silenciosamente, llegóse á la Casa de la Villa el doctor, seguro de que su adversario habría ido á dormir á su casa; y cuando hizo intenciones de forzar la cerradura, una voz potente, la de un guarda, le preguntó de pronto:

—¿Quién va?

Y el señor Massarel escapó lo más de prisa posible.

Al amanecer seguía todo igual.

Formaban los voluntarios en un extremo de la plaza, y los demás vecinos del pueblo, agrupados en torno de la tropa, esperaban la solución. Los de las próximas aldeas iban llegando, atraídos por la curiosidad.

Comprendiendo el doctor que se jugaba en aquel trance toda su importancia política y social, decidióse á poner término al conflicto de alguna manera, y disponíase á tomar una resolución—enérgica seguramente—cuando la puerta del Telégrafo se abrió, dejando paso á la criadita de la directora, que llevaba dos papeles.

Acercóse al comandante y le dió uno de los telegramas; luego, atravesando la plaza desierta—intranquila porque todos los ojos la seguían, bajando la cabeza y adelantándose con pasos menudos y rápidos—llamó suavemente á la puerta de la Casa de la Villa, como si hubiera ignorado que allí se atrincheraba, dispuesto á defenderse, un partido en armas.

Entreabrieron el postigo, una mano de hombre cogió el telegrama, y la criadita se retiró sofocadí-

sima y á punto de llorar, al verse acosada por los ojos del pueblo entero.

El doctor dijo con acento vibrante:

—¡Un poco de silencio!

Y al ver á la muchedumbre callada y atenta, prosiguió, dándose importancia:

—Ved la comunicación que recibo del Gobierno.

Y sosteniendo en alto el telegrama, leyó:

Antiguo alcalde, revocado. Publique noticia. Recibirá instruccion es.

Por el subprefecto,

SAPIN, *concejal.*

Triunfaba. Su corazón latía violentamente de júbilo, y le temblaban las manos. Pero su antiguo subalterno Picart le gritó desde un grupo cercano:

—Eso está muy bien; pero si los otros se niegan á salir, el telegrama le servirá de mucho.

El doctor Massarel palideció. Si los otros no salían, era inevitable conquistar la fortaleza; ya no por derecho, sino por deber.

Y mirando con ansia la Casa de la Villa, esperaba que abriesen la puerta y se retirasen los adversarios.

Pero la puerta seguía cerrada. ¿Qué hacer? La

muchedumbre de curiosos aumentaba, envolviendo á la tropa. Los más reían.

Una reflexión torturaba principalmente al médico. Para dar el ataque se imponía que fuera él mismo al frente de sus hombres, y como en cuanto le matasen á él no había pretexto para seguir luchando, era seguro que los tres guardas y el señor de Varnetot dispararían contra él solamente. Y eran buenos cazadores; Picart acababa de repetírselo.

Pero tuvo una idea salvadora, y dirigiéndose á Pommel, dijo:

—Vaya usted corriendo á la botica y dígale al boticario que me preste una servilleta y un bastón.

El teniente fué corriendo.

En un instante confeccionaron una bandera blanca, y el médico supuso que aquella bandera tal vez alegrara el espíritu legitimista del antiguo alcalde.

Presentóse de nuevo Pommel con una servilleta y un mango de escoba. Sirvieron unos cordeles para fijar en el asta el trapo, y el señor Massarel, enarbolando su bandera, fuese decidido hacia la Casa de la Villa. Cuando estuvo á corta distancia de la puerta, gritó:

—¡Señor de Varnetot!

Abrióse la puerta de pronto, apareciendo el se-

ñor de Varnetot en el umbral, seguido por los tres guardas.

Retrocedió el doctor, impulsado por un movimiento instintivo; luego saludó cortésmente á su adversario, y ahogado por la emoción, dijo:

—Vengo, señor, á comunicarle instrucciones que acabo de recibir.

El vizconde, sin inclinar siquiera la cabeza, respondió:

—Me retiro; pero sepa usted que no es por miedo, ni por acatar órdenes del odioso Gobierno que usurpa el poder.

Y silabeando claramente las palabras, terminó:

—Es que no quiero servir á la República ni un solo día. Ya está usted enterado.

Al señor Massarel no se le ocurrió ninguna respuesta pertinente, y el señor de Varnetot, que tampoco hizo intención de aguardarla, desapareció por el otro extremo de la plaza entre su escolta.

Entonces el médico, radiante de orgullo, dirigióse hacia la multitud, y, al hallarse cerca, gritó:

—¡La República sigue su camino triunfal!

A nadie conmovieron aquellas palabras. El doctor continuó:

—El pueblo es libre; ya sois libres, independientes. ¡Podéis enorgulleceros!

Los campesinos, inertes, le miraban, sin que asomase á sus ojos el menor entusiasmo.

Él también los miró indignado al sentir tanta indiferencia; se preocupaba de lo que podría decir, de lo que podría intentar para enardecer los

ánimos, cumpliendo con su misión de iniciador.

Tuvo una idea feliz, y dirigiéndose á Pommel, ordenó:

—Teniente, vaya usted al salón de sesiones y traiga el busto del emperador y una silla.

Pronto compareció de nuevo el hombre con el busto en yeso de Bonaparte sobre el hombro derecho y con una silla de anea en la mano izquierda.

El señor Massarel, saliéndole al encuentro, cogió la silla de anea; puso en el asiento la efigie blanca, y, retrocediendo algunos pasos, clamó con voz sonora:

—¡Tirano, tirano, ya caíste; caíste de la peor manera: ¡en un lodazal! A tus pies gemía la patria expirante; pero el Destino te hiere, vengándonos. La derrota y la vergüenza van contigo, son tuyas; caes vencido, prisionero del prusiano; y sobre las ruinas de tu imperio, que se desploma, la joven y radiante República se alza, recogiendo tu espada rota...

Esperaba que le aplaudiesen; pero no hubo ni una exclamación, ni un aplauso. Los campesinos, absortos, callaban, y el busto de afilados y largos bigotes, bien peinado, como una muestra de peluquero, parecía dirigir al señor Massarel la sonrisa de sus labios de yeso, una sonrisa inefable y burlona.

Así estuvieron frente á frente; Napoleón III, sobre la silla; el doctor de pie, á tres pasos de distancia.

Le rebosaba la cólera; pero ¿qué hacer para galvanizar al pueblo y conquistarse definitivamente una victoria en la opinión?

Su diestra, indecisa, tropezó sobre su vientre con la culata del revólver, sujeto al cinto rojo.

Nada se le ocurría: ni una idea, ni una palabra; empuñando el revólver, avanzó, y disparó á boca de jarro sobre la cabeza de yeso del monarca.

La bala hizo en la frente un agujero redondo, como una pequeña mancha, que no produjo ningún efecto. El señor Massarel, volviendo á disparar, produjo una herida semejante á la primera. Hizo un tercer disparo, y, seguidamente, soltó los tres que le quedaban. La frente de Napoleón III voló en partículas blancas; pero los ojos, la nariz y las retorcidas puntas del bigote quedaron intactas.

Entonces, desesperado el doctor, derribó la silla de un puñetazo, y, poniendo el pie sobre la efigie imperial caída, en actitud de vencedor, volvióse hacia el público aturdido, exclamando:

—¡Perezcan así todos los traidores!

Pero como ningún entusiasmo se manifestaba en

la muchedumbre, como aquellas gentes parecían estúpidas, incapaces de toda exaltación, el comandante ordenó á su tropa:

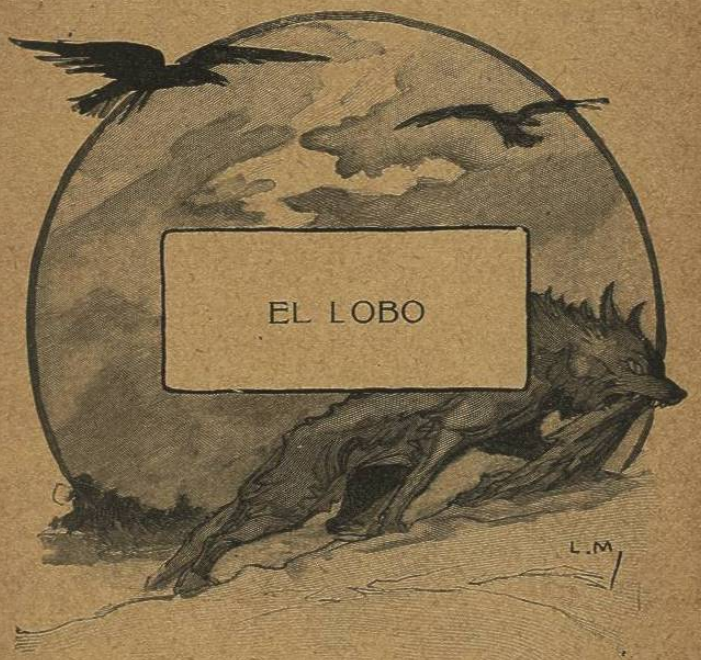
—¡Ya podéis iros adonde queráis!

Y también el comandante se retiró á su casa, muy de prisa, como si huyese.

La criada, en cuanto le vió, le dijo que unos enfermos le aguardaban en su despacho para consultarle, hacía más de tres horas. Entró en el despacho. Eran los campesinos de las varices, que habían vuelto al amanecer obstinados y pacientes.

Y en seguida el hombre insistió en sus explicaciones:

—Empecé sintiendo como si me corriesen hormigas por las piernas...



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

EL LOBO

Ved ahí lo que nos refirió el viejo marqués de Arville, á los postres de la comida con que inaugurábamos aquel año la época venatoria en la residencia del barón de Ravels.

Habíamos perseguido á un ciervo todo el día. El marqués era el único invitado que no tomó parte alguna en aquella batida, porque no cazaba jamás.

Durante la fastuosa comida, casi no se habló más que de matanzas de animales. Hasta las señoras oían con interés las narraciones sangrientas y, con frecuencia inverosímiles; los oradores acompañaban con el gesto la relación de los ataques y lu-

chas de hombres y bestias; levantaban los brazos, ahuecaban la voz.

Agradaba oir al señor de Arville, cuya poética fraseología resultaba un poco ampulosa, pero de buen efecto. En indudable que habría referido muchas veces, en otras ocasiones, la misma historia, porque ninguna frase le hizo dudar, teniéndolas todas ya estudiadas, muy seguro de producir la imagen que le convenía.

—Señores: yo no he cazado nunca; mi padre tampoco, ni mi abuelo, ni mi bisabuelo. Este último, era hijo de un hombre, que había cazado él solo más que todos ustedes juntos. Murió en 1764; y voy á decir de qué manera.

Se llamaba Juan, estaba casado, y era padre de una criatura, que fué mi bisabuelo; habitaba con su hermano menor, Francisco de Arville, nuestro castillo de Lorena, entre bosques.

Francisco de Arville había quedado soltero; su amor á la caza no le permitía otros amores.

Cazaban los dos todo el año sin tregua, sin descanso y sin rendirse á las fatigas. Era su mayor goce; no sabían divertirse de otro modo; no hablaban de otro asunto; sólo vivían para cazar.

Dominábales aquella pasión terrible, inexorable,

abrasándolos, poseyéndolos, no dejando espacio en su corazón para nada más.

Habían prohibido que por ninguna causa les interrumpieran en sus cacerías. Mi bisabuelo nació mientras perseguía su padre á un zorro, y sin abandonar su pista, Juan de Arville, murmuró:

—¡Recristo! Bien pudo esperar á nacer ese pícaro cuando yo termine.

Su hermano Francisco aún se apasionaba más en su afición. Lo primero que hacía en cuanto se levantaba era ver á los perros y á los caballos; luego, entreteníase disparando á los pájaros en torno del castillo hasta la hora de salir á caza mayor.

En la comarca llamábanles el señor marqués y el señor menor; entonces los aristócratas no establecían en los títulos—como ahora la nobleza improvisada quiere hacerlo—una jerarquía descendente; porque no es conde un hijo de marqués, ni barón un hijo de vizconde, como no es coronel de nacimiento el hijo de un general. Pero la vanidad mezquina de los actuales tiempos lo dispone así.

Vuelvo á mis ascendientes.

Parece ser que fueron agigantados, velludos, violentos y vigorosos; el joven aún más que su hermano mayor, y tenía una voz tan recia que, según

una opinión popular que le complacía, sus gritos agitaban toda la verdura del bosque.

Y al salir de caza, debieron ofrecer un espectáculo admirable aquellos dos gigantes, galopando en dos caballos de mucha talla y brío.

El invierno de 1764 fué muy crudo y los lobos rabiaron de hambre.

Atacaban á los campesinos rezagados, rondaban de noche alrededor de las viviendas, aullaban desde la puesta de sol hasta el amanecer, y asaltaban los establos.

Circuló un rumor terrible. Hablábase de un lobo colosal, de pelo gris, casi blanco; había devorado á dos niños y el brazo de una mujer; había matado á todos los mastines de la comarca, y saltando las tapias, olisqueaba sin temor alguno bajo las puertas. Ningún hombre dejó de sentirle resoplar; su resoplido hacía estremecer la llama de las luces. Invadió la provincia un pánico terrible. Nadie salía de casa de noche, ni al anochecer. La obscuridad parecía poblada en todas partes por la sombra de aquella bestia...

Los hermanos de Arville, resueltos á perseguir y matar al monstruo, dispusieron grandes cacerías, invitando á los nobles de la región.

Todo fué inútil; ni en los bosques ni entre las

malezas le hallaron jamás. Mataban muchos lobos; pero aquél no parecía. Y cada noche, al terminar la batida, como para vengarse, la bestia feroz causaba estragos mayores, atacando á un caminante ó devorando alguna res; pero siempre á distancia del sitio donde le buscaron aquel día.

Entró una de aquellas noches en la pocilga del castillo de Arville y devoró los dos mejores cerdos.

Juan y Francisco reventaban de cólera, suponiendo aquel ataque una provocación del monstruo, una injuria directa, un reto. Con sus más resistentes sabuesos, acostumbrados á perseguir temibles bestias, aprestáronse á la caza rebosando sus corazones odio y furor.

Desde el amanecer, hasta que descendía el sol arrebolado entre los troncos de los árboles desnudos, batieron inútilmente los matorrales.

Regresaban furiosos y descorazonados, llevando al paso las cabalgaduras por un camino abierto entre maleza, sorprendiéndose de que burlase un lobo toda su precaución y poseídos ya de una especie de recelo misterioso.

Juan decía:

—Esa bestia no es como las demás. Parece que piensa y calcula como un hombre.

Y contestaba Francisco:

—Acaso conviniera que nuestro primo el obispo bendijese una bala, ó que lo hiciese algún sacerdote de la región, rogándole nosotros que pronunciase las palabras oportunas.

Callaron, y después de un silencio, advirtió Juan:

—Mira el sol, qué rojo. La fiera no dejará de causar algún daño esta noche.

Apenas había terminado la frase, cuando su caballo se encabritó; el de Francisco giraba. Un matorral, cubierto de hojas marchitas, crujió, abriendo paso á una bestia enorme y gris, que, saliendo rápidamente de su escondrijo, internóse al punto en el bosque.

Los dos de Arville articularon una especie de rugido, que demostraba su fiera satisfacción, y encogiéndose, inclinados hacia delante, pegándose al cuello de sus briosos caballos, impulsándolos con todo su cuerpo, los lanzaron á la carrera, excitándolos, arrastrándolos, enloqueciéndolos de tal modo con las voces, con sus movimientos, con la espuela, que los hercúleos caballeros, como si un ímpetu gigantesco los condujera volando, parecían arrastrar entre las piernas á sus caballos, que iban á escape, tocando en el suelo con el vientre, haciendo crujir los matorrales y salvando las torrenteras, encaramándose por escarpadas pendientes y descendiendo por angostas gargantas. Los caballeros hacían resonar las trompas con toda la fuerza de sus pulmones, llamando á sus criados y á sus perros.

De pronto, en aquella furiosa y precipitada persecución, tropezó mi abuelo con la cabeza en una rama, que le abrió el cráneo, y cayó sin sentido, mientras el caballo continuaba su carrera loca, desapareciendo en la densa obscuridad que iba envolviendo al bosque.

Francisco de Arville paró en seco y se apeó, cogiendo en brazos á su hermano; vió que por la herida, entre la sangre, asomaba también el cerebro.

Entonces, apoyándolo sobre sus rodillas, contempló el rostro ensangrentado, las facciones rígidas, inertes del marqués. Poco á poco un miedo le invadió, un miedo extraño que no había sentido nunca. Temía la obscuridad, la soledad, el silencio del bosque; hasta llegó á temer que apareciera el fantástico lobo, que se vengaba de aquella persecución tenaz de los Arville haciendo morir al mayor de los hermanos.

Espesaban las tinieblas; el frío, agudo, hacía crujir los árboles. Francisco se incorporó, tembloroso, incapaz de permanecer allí más tiempo, sintiéndose casi desfallecer. No se oía nada; ni ladridos de perros, ni voces de trompa; todo estaba mudo en

el invisible horizonte, y aquel silencio taciturno de una helada noche tenía bastante de horroroso y extraño.

Alzó entre sus manos de coloso el cuerpo gigantesco de Juan, atravesándolo sobre la silla para llevarlo al castillo; montó y se puso en marcha, despacio, sintiendo una turbación semejante á la embriaguez, perseguido por espectros indefinibles y espantosos.

De pronto, una forma vaga cruzó el sendero que la nocturna obscuridad invadía. Era la bestia. Una sacudida brusca, un verdadero espanto agitó al cazador; algo frío, como una gota de agua, se deslizó sobre sus riñones; y, como un ermitaño que ahuyenta los demonios, el caballero hizo la señal de la cruz, desconcertado ante aquella temible aparición del espantoso vagabundo. Pero sus ojos refrescaron su memoria, presentándole á su hermano muerto; y de pronto, pasando en un instante del miedo al odio, rugió furiosamente y espoleando al caballo lanzóse tras el lobo.

Le siguió entre los matorrales, por las torrenteras y á través de bosques desconocidos. Galopaba, con la vista penetrante, clavada en la sombra que huía; tropezaban en los troncos y en las rocas la cabeza y los pies del muerto atravesado en la silla.

Le arrancaban el cabello las zarzas y salpicaba con sangre los árboles golpeándolos con la frente; las espuelas rechinaban y hacían saltar chispas de los pedruscos.

De pronto, la bestia y su perseguidor salieron

del bosque y se lanzaron á un valle cuando aparecía la luna en lo alto del monte; un valle pedregoso, cerrado por enormes rocas. No hallando fácil salida por aquella parte, la bestia retrocedió.

Francisco no pudo contener un alarido estruendoso de alegría que los ecos repitieron como repi-

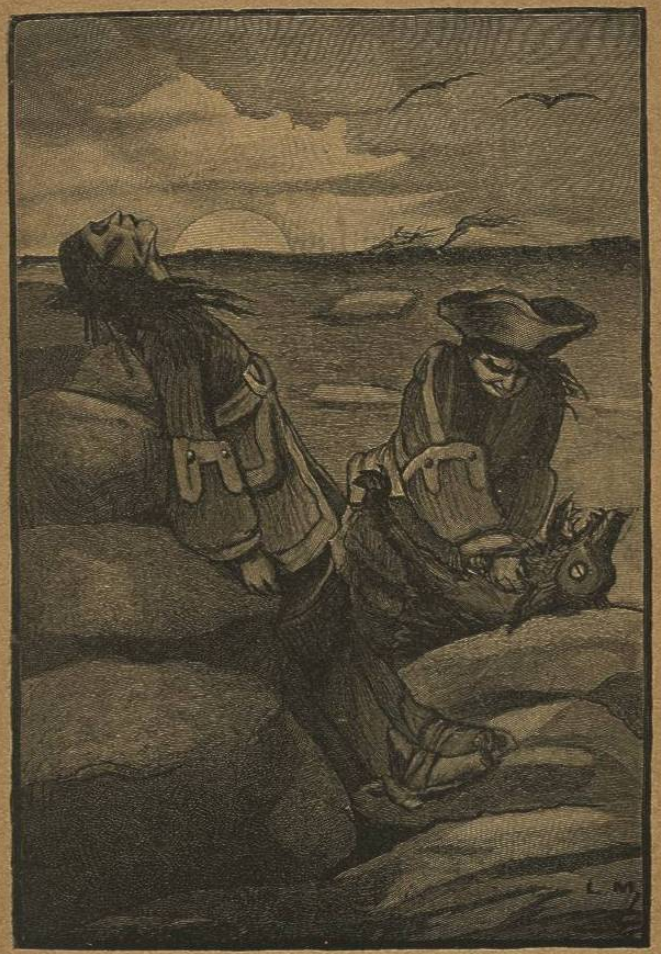
ten el rodar de un trueno, y saltó á tierra empuñando el cuchillo de monte.

La bestia, con los pelos erizados y arqueando el cuerpo, le aguardaba. Pero antes de comenzar el combate, cogiendo el cazador el cuerpo de su hermano lo apoyó entre unas rocas, y sosteniéndole con piedras la cabeza, que parecía una masa de sangre cuajada, le dijo á voces, como si hablara con un sordo:

—¡Mira, Juan! ¡mira eso!

Y se arrojó sobre la bestia. Sentíase bastante poderoso para levantar en vilo una montaña, para triturar pedernales entre sus dedos. La bestia quiso hacer presa en él, procurando arrimar su hocico al vientre del cazador; pero éste la tenía sujeta por el cuello y la estrangulaba tranquilamente con la mano sin acordarse del cuchillo, gozándose al sentir los ahogos de su garganta y las palpitaciones de su corazón. Reía, reía más, cuanto más apretaba; reía gritando: «¡Mira, Juan! ¡mira eso!» Ya no hallaba resistencia; el cuerpo del monstruo cedía con blandura. Estaba muerto.

Entonces Francisco lo alzó, y acercándose á su hermano con aquella carga inerte, dejó caer un cadáver á los pies de otro cadáver, diciendo conmovido y cariñoso:



—Toma, Juan, tómalo: ahí le tienes.

Después colocó en la silla los dos cuerpos, y se puso en marcha.

Entró en el castillo riendo y llorando, como Gargantúa cuanda el nacimiento de Pantagruel. Pregonaba la muerte de la bestia con exclamaciones de triunfador y gritos de gozo; refería la muerte de su hermano, gimiendo y arrancándose las barbas.

Y, pasado el tiempo, cuando hablaba de aquella noche fatal, decía con lágrimas en los ojos:

—¡Si al menos hubiese podido ver el pobre Juan, cómo estrangulé al otro, es posible que muriera satisfecho! ¡Estoy seguro!

La viuda educó á su hijo haciéndole odiar la caza, y ese odio se ha transmitido hasta mí de generación en generación.

El marqués de Arville había terminado. Alguien preguntó:

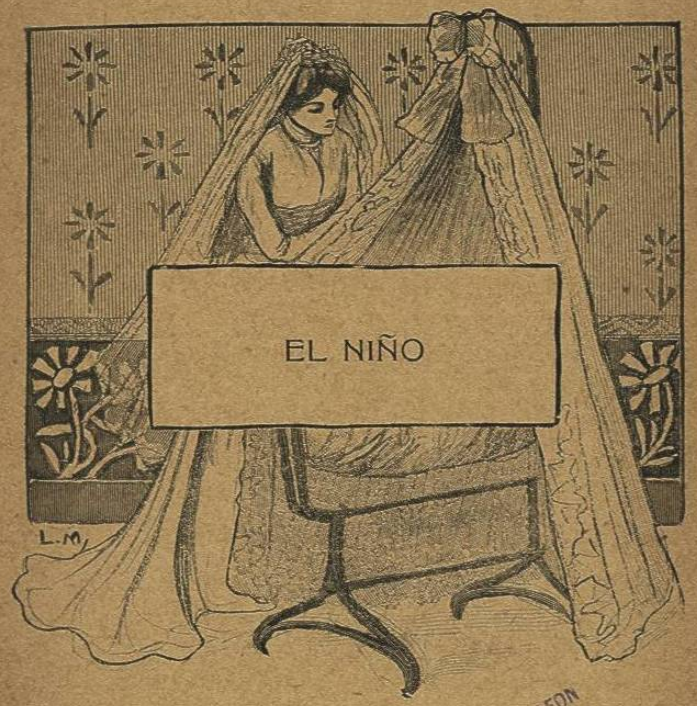
—Esa historia es una leyenda; ¿verdad?

Y el marqués respondió:

—Aseguro que todo es cierto, que todo ha ocurrido.

Y una señora dijo con dulzura:

—De cualquier modo, agrada oir contar que alguien se apasiona fieramente.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

EL NIÑO

Después de jurar mil veces que no se casaría nunca, Jaime Bourdillére, mudó repentinamente de parecer. Sufrió esa mudanza, de pronto, un verano, á la orilla del mar.

Hallándose una mañana recostado en la arena, entretenido en ver salir del agua á las mujeres, atrajo su atención un pie diminuto y lindo. Mirando más arriba, el resto de la persona le sedujo, á pesar de ver sólo unos tobillos y una cabeza, saliendo por abajo y por arriba de una capa de franela cuidadosamente cerrada.

Sensualote y mujeriego, sintióse al punto atraído

por la gracia de la forma; luego le cautivó la dulzura, el encanto de un alma inocente, fresca y ruborosa como las mejillas y los labios.

Presentado á la familia, fué bien recibido, y enamoróse como un loco. Al ver de lejos á Berta Lannís en la extensa playa de arenas doradas, estremecíase de pies á cabeza. Junto á ella, estaba mudo, no sabiendo qué decir, porque se trabucaban sus pensamientos y sentía en el corazón un barboteo, en las orejas un zumbido, en el alma un sobresalto, que no le dejaban punto de reposo. ¿Era el amor así?

Lo ignoraba, no pudo comprenderlo; y sin embargo, insistía. Insistía resuelto, en todo caso, á convertir aquella criatura en mujer propia.

Los padres dudaban, sin decidirse, preocupados por la fama de Jaime, quien—según referencias—tenía una querida, un empeño firme, un amorío tenaz, un lazo de los que se juzgan rotos y sujetan siempre; sin que hubiera evitado esto otras muchas relaciones, más ó menos durables, con todas las mujeres que se pusieron á su alcance.

Pero se formalizó, apartándose por completo de la que durante algunos años había sido su compañera. Encargóse un amigo de conseguirla una pensión, asegurando su existencia. Jaime pagó, pero no quiso ni oir hablar de su querida, proponiéndose olvidar hasta su nombre. No leía las cartas de aquella mujer, encolerizándose más y más cada vez que recibía una, rasgándolas en pedazos menudos, creyéndolas acusadoras y doloridas.

Como no estaba muy seguro de su perseverancia, prolongó hasta fines de invierno la prueba, y en Abril su petición fué acordada.

La boda tuvo lugar en París, á principios de Mayo.

Decidieron suprimir el clásico viaje de novios. Después de bailar un poco—hasta las once solamente; una fiesta de familia que no eternizase la ceremonia—los recién casados pasarían la primera noche de su matrimonio, en su casa; luego, á la mañana siguiente, irían solos á la playa donde se conocieron, donde se apasionaron.

Llegó la noche. En el salón bailaban los invitados. Habíanse recogido los novios en un gabinete japonés tapizado con sedas brillantes, donde un farol de colores apenas lucía, pendiente del techo, como un huevo colosal. Por la ventana entreabierta se deslizaba de cuando en cuando un soplo tenue y fresco, la caricia del aire perfumado, porque la noche sosegada esparcía efluvios de primavera.

Callaban, con las manos cogidas, oprimiéndose-

las fuertemente de cuando en cuando. Berta mostrábase con alguna turbación en los ojos, desconcertada por aquel absoluto cambio de su vida; pero sonriente, sensible, temerosa, desfallecida casi de placer, segura de que se transformaba todo en el mundo con lo que la sucedía, inquieta sin saber por qué, sintiendo su carne y su alma invadidas por una indefinible y deliciosa laxitud.

Jaime la contemplaba obstinadamente, sonriendo sin cesar. Quería decirle algo, y no sabiendo qué decirle, imprimía todo su arrobamiento en la presión de sus manos. A veces murmuraba: «¡Berta!»; y alzando los ojos ella le miraba con ternura; permanecían un momento así, fascinados y embebecidos, y al punto ella bajaba los ojos.

No hablaban. Los habían dejado solos; pero de cuando en cuando, al pasar una pareja, dirigíales una mirada furtiva, como si fuese testigo y confidente de un misterio.

Abrióse la puerta lateral y entró un criado con una carta *urgente* que acababa de llevar un mozo. Jaime la cogió, tembloroso, con un vago miedo; el miedo á las desgracias imprevistas.

Miró el sobre, cuya escritura desconocía, no atreviéndose á rasgarlo; deseaba romper la carta, no enterarse, metérsela en el bolsillo, diciéndose: «Mañana me enteraré. Mañana, lejos de aquí, ¡poco me importa!» Pero en una esquina vió dos palabras subrayadas: MUY URGENTE, que le desconcertaron. Y preguntando á la novia: «¿Me permites, hijita?», rasgó el sobre y leyó. Leyendo palidecía; lo abarcó primero con la vista, como si en una sola mirada quisiera enterarse de todo; luego, lentamente, parecía deletrearlo.

Cuando alzó la cabeza, su rostro estaba demudado, y masculló: «Hijita, es... de mi mejor amigo... y le amenaza una enorme desventura. Me necesita inmediatamente para un asunto apremiante, un asunto en que le va la vida. ¿Me permites que vaya? Son veinte minutos. Volveré pronto, muy pronto».

Berta balbuceó, temblorosa y turbada: «¡Vete... si has de ir», no atreviéndose aún á interrogarle para conocer los motivos.

Jaime desapareció y Berta quedóse arrinconada

y sola, oyendo cómo se divertían los invitados en el salón contiguo.

El marido se había encasquetado un sombrero cualquiera, se puso el primer sobretodo que se le vino á la mano, y bajó los escalones de cuatro en cuato. En el momento de salir á la calle se detuvo para releer de nuevo, á la luz de un farol, aquella carta, que decía:

«*Caballero: La señorita Ravet, su antigua querida, según parece, acaba de parir una criatura. La madre, agonizante, desea verle á usted; lo pide por caridad. Yo cumplo su encargo, rogándole que le conceda este último favor. Sin duda no se lo negará usted á la infeliz.*

Su afectísimo,

El doctor BONNARD.»

Cuando entró en la alcoba de la moribunda tuvo que hacer un esfuerzo para reconocerla; sus facciones habían cambiado. Asistíanla el médico y dos enfermeras. Había sobre los muebles algunas vasijas llenas de hielo y muchos trapos empapados en sangre.

El agua derramada inundaba el suelo, y lucían sobre un velador dos bujías. Detrás de la cama, en

una cuna de mimbre, se desgañitaba la criatura, y á cada uno de sus vagidos la madre, agonizante, quería inclinarse para ver á su hijo, temblorosa bajo las compresas heladas.

Ibase desangrando, herida ya de muerte, asesinada por el nuevo ser. Toda su sangre corría; y, á pesar del hielo, á pesar de los cuidados, no era posible contener la hemorragia.

Reconociendo á Jaime, quiso levantar los brazos; no pudo; ¡tan débil estaba! Pero sobre sus mejillas demacradas resbalaron dos gotas de llanto.

El se arrodilló junto á la cama, y cogiendo una mano de la enferma, besóla frenéticamente; luego acercóse, poco á poco, al descarnado semblante y estremecióse á su contacto. Una de las enfermeras, de pie, alumbraba con una bujía en la mano, y el médico los contemplaba desde un extremo del gabinete.

Con la voz desfallecida, jadeante, la enferma dijo:

—Voy á morir. Prométeme que no saldrás de aquí hasta que yo haya muerto. No me abandones ahora; no me abandones en los últimos instantes.

Besándola en la frente y en el cabello, el hombre murmuró:

—Tranquilízate: me quedo aquí.

Durante algunos minutos la fué imposible hablar, tan débil se hallaba. Luego prosiguió:

—El niño... es tuyo. Lo juro ante Dios; lo juro por la salvación de mi alma... en el momento de morir. No he querido á ningún hombre... sólo á ti... El niño es tuyo... Prométeme no abandonarlo.

Jaime quiso sostener entre sus brazos aquel pobre cuerpo que languidecía, que agonizaba: un cuerpo sin sangre. Y balbuceó, atenazado por el remordimiento y el dolor:

—Te lo juro. Le adoraré, le cuidaré; no se apartará nunca de mi lado.

Entonces ella quiso besar á Jaime. No pudiendo alzar la cabeza, ofreció sus labios descoloridos pidiendo un beso. El acercó su boca, para recoger aquella lamentable y abrumadora caricia.

Murmuró algo repuesta:

—Tráelo; cógele, para que yo vea que le quieres.

Jaime colocó suavemente sobre la cama, entre los dos, la criatura, que dejó entonces de llorar.

Ella murmuró:

—¡No te muevas!

Y Jaime no se movió, fijo allí, teniendo en su mano ardiente la mano agónica, estrechándola, como estrechaba poco antes la otra mano crispada por ansias de amor.

De cuando en cuando miraba la hora disimuladamente. Y el reloj señalaba las doce; luego, la una; luego, las dos.

El médico se había retirado. Las enfermeras, después de ir y venir de un lado para otro, dormitaban cada una en su silla. El niño dormía, y la madre, con los ojos cerrados, parecía dormir también.

De pronto, cuando los primeros albores matinales se filtraban ya entre las cortinas cerradas, ella tendió los brazos con tanta brusquedad, que poco faltó para que hiciera caer al niño. Escapóse de su garganta un estertor, y quedó inmóvil, muerta.

Las enfermeras, al acercarse, dijeron:

—¡Ya no existe!

Jaime contempló el cadáver de aquella mujer que había sido suya; luego miró al reloj: eran las cuatro; fuese como escapado, á cuerpo, sin recoger el sobretodo, con el niño en brazos.

Habiéndose quedado sola, Berta le aguardó—al principio bastante resignada—en el gabinete japonés. Como tardaba tanto en volver, decidióse á entrar en el salón, indiferente y tranquila en apariencia, pero con una inquietud horrible. Sólo su madre lo había notado, y la preguntó por su marido.

Berta respondió:

—Está en su cuarto; pronto vendrá.

Pero como al cabo de una hora todos la interrogaban, confesó lo de la carta, el rostro descompuesto de Jaime y sus temores de una desdicha.

Seguían aguardándole; y al fin, desfilaban ya invitados. A media noche quedaban sólo parientes próximos y los padres. Acostaron á la novia, que lloraba sin consuelo. Su madre y sus dos tías, en torno de la cama, oían á la infeliz sorber sollozos reprimidos y desolados... El padre salió, para informarse de lo que podía ocurrir, en la delegación de policía.

Las cinco eran ya cuando se oyeron pasos; una puerta se abrió y se cerró suavemente; luego vióse turbado el silencio de la estancia por una voz semejante á un maullido.

La madre y las dos tías, que se habían sentado, se pusieron de pie. Berta saltó de la cama envuelta en un peinador. Jaime, lívido, palpitante, aparecía con una criatura entre los brazos.

Las cuatro mujeres le miraron aterradas, preguntándole:

—¿Qué sucede? ¿Qué significa esto?

El estaba loco, y respondió tartamudeando:

—Sucede... que tengo un hijo... que acaba de nacer, y cuya madre acaba de morir.

Y presentaba en sus manos inhábiles á la criatura que seguía maullando.

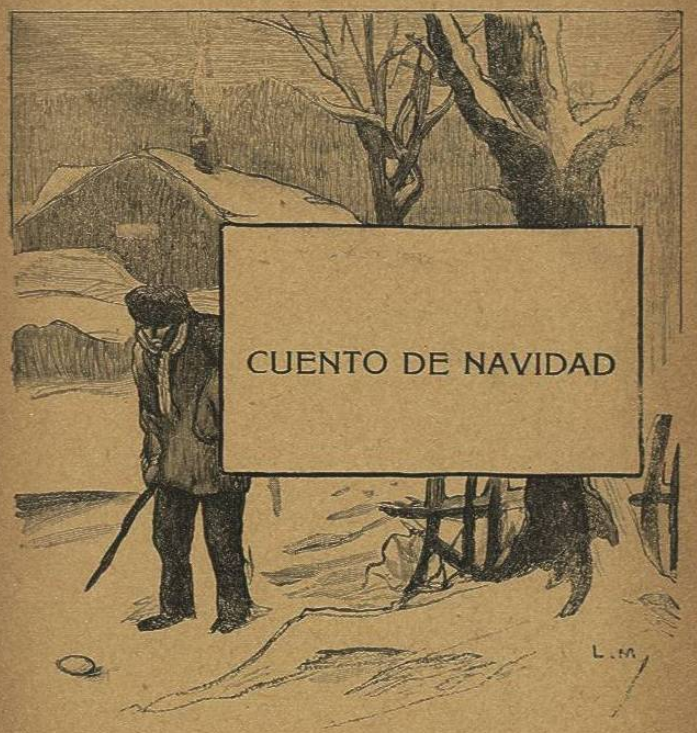
Berta, sin decir ni una sola palabra, cogió al niño, lo besó, y estrechándolo contra su pecho, dijo á Jaime, con los ojos llenos de lágrimas:

—Pero... ¿es verdad que no tiene madre?

—Acaba de morir. Desde que te conozco no la veía. El médico me ha llamado; yo lo ignoraba todo...

Y Berta murmuró:

—Está bien. Dejámelo. Ya tiene madre.



CUENTO DE NAVIDAD

El doctor Bonenfant esforzaba su memoria murmurando:

—¿Un recuerdo de Navidad?... ¿Un recuerdo de Navidad?...

Y de pronto exclamó:

—Sí, tengo uno, y por cierto muy extraño. Es una historia fantástica, ¡un milagro! Sí, señoras, un milagro de Nochebuena.

Comprendo que admire oir hablar así á un incrédulo como yo. ¡Y es indudable que presencié un milagro! Lo he visto, lo que se llama verlo, con mis propios ojos.

¿Que si me sorprendió mucho? No; porque sin

profesar creencias religiosas, creo que la fe lo puede todo, que la fe levanta las montañas. Pudiera citar muchos ejemplos, y no lo hago para no indignar á la concurrencia, por no disminuir el efecto de mi extraña historia.

Confesaré, por de pronto, que si lo que voy á contaros no fué bastante para convertirme, fué suficiente para emocionarme; procuraré narrar el suceso con la mayor sencillez posible, aparentando la credulidad propia de un campesino.

Entonces era yo médico rural y habitaba en plena Normandía, en un pueblecillo que se llama Rolleville.

Aquel invierno fué terrible. Después de continuas heladas comenzó á nevar á fines de Noviembre. Amontonábanse al Norte densas nubes, y caían blandamente los copos de nieve tenue y blanca.

En una sola noche se cubrió toda la llanura.

Las masías, aisladas, parecían dormir en sus corralones cuadrados como en un lecho, entre sábanas de ligera y tenaz espuma, y los árboles gigantescos del fondo, también revestidos, parecían cortinajes blancos.

Ningún ruido turbaba la campiña inmóvil. Solamente los cuervos, á bandadas, describían largos

festones en el cielo, buscando la subsistencia, sin encontrarla, lanzándose todos á la vez sobre los campos lívidos, y picoteando la nieve.

Sólo se oía el roce ténue y vago al caer de los copos incesantes.

Nevó continuamente durante ocho días; luego, de pronto, aclaró. La tierra se cubría con una capa blanca de cinco pies de grueso.

Y durante cerca de un mes el cielo estuvo, de día, claro como un cristal azul, y por la noche, tan estrellado como si le cubriera una escarcha luminosa. Helaba de tal modo, que la sábana de nieve, compacta y fría, parecía un espejo.

La llanura, los cercados, las hileras de olmos, todo parecía muerto de frío. Ni hombres ni animales asomaban; solamente las chimeneas de las chozas en camisa, daban indicios de la vida interior, oculta, con las delgadas columnas de humo que se remontaban en el aire glacial.

De cuando en cuando se oían crujir los árboles, como si el hielo hiciera quebradizas las ramas, y á veces desgajábase una, cayendo como un brazo cortado á cercén.

Las viviendas campesinas parecían mucho más alejadas unas de otras. Vivíase malamente; cada uno en su encierro. Sólo yo salía para visitar á mis clien-

tes más próximos, y expuesto á morir enterrado en la nieve de una hondonada.

Comprendí al punto que un pánico terrible se cernía sobre la comarca. Semejante azote parecía sobrenatural. Algunos creyeron oir de noche silbidos agudos, voces pasajeras.

Aquellas voces y aquellos silbidos los daban, sin duda, las aves emigradoras, que viajaban al anochecer y que huían sin cesar hacia el Sur. Pero es imposible que razonen gentes desesperadas. El espanto invadía las conciencias, y se aguardaban sucesos extraordinarios.

La fragua de Vatinel hallábase á un extremo del caserío de Epivent, junto á la carretera, intransitada y desaparecida. Como carecían de pan, el herrero decidió ir á buscarlo. Entretúvose algunas horas hablando con los vecinos de las seis casas que forman el núcleo principal del caserío; recogió el pan, varias noticias, algo del temor esparcido por la comarca, y se puso en camino antes de que anocheciera.

De pronto, bordeando un seto, creyó ver un huevo sobre la nieve; un huevo muy blanco. Inclinóse para cerciorarse; no cabía duda: era un huevo. ¿Cómo se hallaba en tan apartado lugar? ¿Qué gallina salió de su corral para ponerlo allí? El herrero,

absorto, no se lo explicaba; pero cogió el huevo para llevárselo á su mujer.

—Toma ese huevo encontrado en el camino.

La mujer bajó la cabeza, recelosa:

—¿Un huevo en el camino con el tiempo que hace? ¿No te has emborrachado?

—No, mujer, no; te aseguro que no he bebido. Y el huevo estaba junto á un seto, caliente aún. Ahí lo tienes; me lo metí en el pecho para que no se enfriase. Cómetelo esta noche.

Lo echaron en la cazuela donde se hacía la sopa, y el herrero comenzó á referir lo que se decía en la comarca.

La mujer escuchaba palideciendo.

—Es cierto; yo también oí silbidos la pasada noche, y entraban por la chimenea.

Sentáronse y tomaron la sopa; luego, mientras el marido untaba un pedazo de pan con manteca, la mujer cogió el huevo, examinándolo con desconfianza.

—¿Si tuviese algún maleficio?

—¿Qué maleficio puede tener?

—¡Toma! ¡Si yo lo supiera!

—¡Vaya! Cómetelo y no digas bestialidades.

La mujer abrió el huevo; era como todos, y se puso á tomárselo con prevención, cogiéndolo, de-

jándolo, volviendo á cogerlo. El hombre decía:

—¿Qué haces? ¿No te gusta? ¿No es bueno?

Ella, sin responder, acabó de tragárselo. Y de pronto, fijó en su marido los ojos, feroces, inquietos, levantó los brazos, y—convulsa de pies á cabeza—cayó al suelo, retorciéndose, dando gritos horribles.

Toda la noche tuvo convulsiones violentas y un temblor espantoso la sacudía, la transformaba. El herrero, falto de fuerza para contenerla, tuvo que atarla.

Y la mujer, sin reposo, vociferaba:

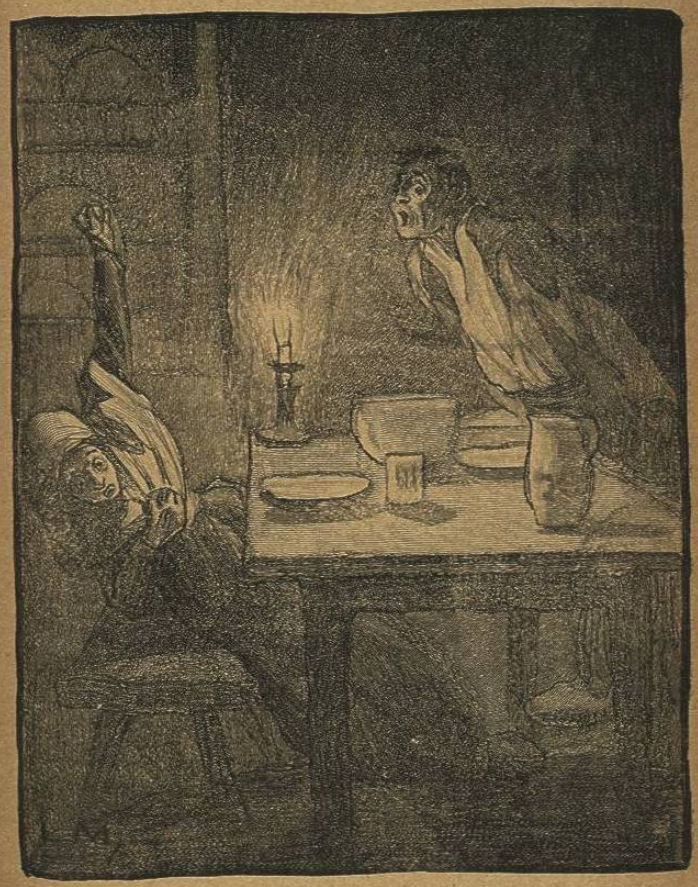
—¡Se me ha metido en el cuerpo! ¡Se me ha metido en el cuerpo!

Por la mañana me avisaron. Apliqué todos los calmantes conocidos; ninguno me dió resultado. Estaba loca.

Y, con una increíble rapidez, á pesar del obstáculo que ofrecían á las comunicaciones las altas nieves heladas, la noticia corrió de masía en masía.

«La mujer de la fragua, tiene los diablos en el cuerpo.»

Acudían los curiosos de todas partes; pero sin atreverse á entrar en la casa, oían desde fuera los horribles gritos, lanzados por una voz tan potente, que no parecían propios de un ser humano.



Advirtieron al cura. Era un viejo incauto. Acudió con sobrepelliz, como si se tratara de auxiliar á un moribundo, y pronunció las fórmulas del exorcismo, extendiendo las manos, rociando con el hisopo á la mujer, que se retorcía soltando espumarajos, mal sujeta por cuatro mocetones..

Los diablos no quisieron salir.

Y llegaba la Nochebuena, sin mejorar el tiempo.

La víspera, por la mañana, el cura fué á visitarme:

—Deseo—me dijo—que asista la infeliz á la misa de Gallo. Tal vez Nuestro Señor Jesucristo la salve, á la hora en que nació de una mujer.

Yo respondí:

—Me parece bien, señor cura. Es posible que se impresione con la ceremonia (muy á propósito para conmover), y que sin otra medicina pueda salvarse.

El viejo cura insinuó:

—Usted es un incrédulo, doctor, y sin embargo confío mucho en su ayuda. ¿Quiere usted encargarse de que la lleven á la iglesia?

Prometí hacer para servirle cuanto estuviese á mi alcance.

De noche, comenzó á repicar la campana, lanzando sus quejumbrosas vibraciones á través de la sombría llanura, sobre la superficie tersa y blanca de la nieve.

Bultos negros llegaban agrupados lentamente, sumisos á la voz de bronce del campanario. La luna llena iluminaba con su tibia claridad todo el horizonte, haciendo más notoria la pálida desolación de los campos.

Fuí á la fragua con cuatro mocetones robustos.

La endemoniada seguía rugiendo y aullando, sujeta con sogas á la cama. La vistieron, venciendo con dificultad su resistencia, y la llevaron.

A pesar de hallarse ya la iglesia llena de gente y encendidas todas las luces, hacía frío; los cantores aturdían con sus voces monótonas; roncaba el serpentón; la campanilla del monaguillo advertía con su agudo tintineo á los devotos los cambios de postura.

Detuve á la mujer y á sus cuatro portadores en la cocina de la casa parroquial, aguardando el instante oportuno. Juzgué que lo sería el que sigue á la comunión.

Todos los campesinos, hombres y mujeres, habían comulgado, pidiendo á Dios que les perdonase. Un silencio profundo invadía la iglesia, mientras el cura terminaba el Misterio Divino.

Obedeciéndome, los cuatro mozos abrieron la puerta y acercaron á la endemoniada.

Cuando ella vió las luces, los fieles de rodillas y

el tabernáculo resplandeciente, hizo esfuerzos tan vigorosos para soltarse, que á duras penas conseguimos retenerla; sus agudos clamores trocaron de pronto en dolorosa inquietud la tran-

quilidad y el recogimiento de la muchedumbre; algunos huyeron.

Crispada, retorcida, con las facciones descompuestas y los ojos encendidos, apenas parecía una mujer.

La llevaron á las gradas del presbiterio, sosteniéndola fuertemente, agazapada.

Cuando el cura la vió allí, sujeta, cogiendo la Custodia, entre cuyas irradiaciones de oro aparecía una hostia blanca, se acercó, y alzando por encima

de su cabeza la Sagrada Forma, la presentó con toda solemnidad á la vista de la endemoniada.

La mujer seguía vociferando y aullando, con los ojos fijos en aquel objeto brillante.

Y el cura estaba inquieto, inmóvil, hasta el punto de parecer una estatua.

La mujer mostrábase temerosa, fascinada, contemplando fijamente la Custodia, presa de terribles angustias, vociferaba todavía; pero sus voces eran menos desgarradoras.

Aquello duró bastante.

Hubiérase dicho que su voluntad era impotente para separar la vista de la Hostia; gemía, sollozaba; su cuerpo, abatido, perdía la rigidez, recobraba su blandura.

La muchedumbre se había prosternado, con las frentes en el suelo.

Y la endemoniada, parpadeando, como si no pudiera resistir la presencia de Dios ni sustraerse á contemplarlo, callaba. Luego advertí que se habían cerrado sus ojos definitivamente.

Dormía el sueño del sonámbulo, hipnotizada... ¡no, no!, vencida por la contemplación de las fulgurantes irradiaciones de la Custodia de oro; humillada por Cristo Nuestro Señor triunfante.

Se la llevaron, inerte, y el cura volvió al altar.

La muchedumbre, desconcertada, entonó un *Te Deum*.

Y la mujer del herrero durmió cuarenta y ocho horas seguidas. Al despertar, no conservaba ni la más insignificante memoria de la posesión ni del exorcismo.

Ahí tienen, señoras, el milagro que yo presencié.

Hubo un corto silencio, y luego añadió:

—No pude negarme á dar mi testimonio por escrito.

LA REINA HORTENSIA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LA REINA HORTENSIA

En Argenteuil solían llamarla todos *la reina Hortensia*. Nadie supo nunca por qué. ¿Sería porque hablaba con el aplomo de un jefe al dar voces de mando? ¿Acaso por su estatura, por su desarrollo, por su gesto imperante? ¿O tal vez porque gobernaba un pueblo de animales domésticos, gallinas, perros, gatos, canarios y loros, animales que suelen usufructuar el cariño inútil de las solteronas? Pero ella no prodigaba entre los animales domésticos ni caricias ni dulces frases, ni esas pueriles ternuras que los femeniles y marchitos labios dejan fluir sobre la piel aterciopelada y brillante del gato que ronronea. Presidía su congreso de animales con autoridad; reinaba.

Era, efectivamente, una solterona de las que tienen la voz cascada, el gesto displicente, y, á juzgar por las apariencias, el alma dura. No admitía jamás contradicción, ni réplica, ni vacilaciones, ni descuidos, ni pereza, ni fatiga. Nunca se la oyó lamentarse, ni sentir lo pasado, ni desear nada. Fatalmente segura repetía: «Cada uno lo que le toca.» No tenía el menor trato con los curas, ni entraba en la iglesia, ni creía casi en Dios, llamando á las ceremonias religiosas «tráfico de llorones».

Hacía treinta y tantos años que habitaba su casita—separada de la calle por un jardincito—sin modificar ninguna de sus costumbres. Tenía criadas jóvenes, despidiéndolas implacablemente así que cumplían veintiún años.

Al morir alguno de sus perros, de sus gatos, de sus canarios, lo enterraba en el jardín, haciendo ella misma un hoyo y apisonando luego la tierra con los pies; lo substituía por otro, sin emocionarse nada.

Tenía en el pueblo algunas amistades con familias cuyos hombres, empleados en París, iban diariamente á sus despachos. A veces la invitaban alguna tarde á tomar te, y en esas visitas dormíase irremisiblemente, hasta el punto de tener que despertarla para que volviese á su domicilio.

No consintió jamás que fuesen acompañándola, porque no tenía miedo, ni de noche.

Al parecer, no la divertían los niños.

Entretenía sus ocios con labores hombrunas; carpinteaba, cuidaba el jardín, hacía de aserrador y de albañil para echar de cuando en cuando un remiendo á su ruinosa vivienda.

Tenía dos hermanas; la una casó con un herbolario, y la otra con un modesto rentista. Los primeros, de apellido Cimme, no tenían hijos, y los otros, que se llamaban Colombel, tenían tres: Enrique, de veinte años; Paulina, de diez y siete, y José, de tres años, el cual presentóse á deshora, cuando todos creían á su madre libre de tales cuidados.

Una y otra familia sólo iban á verla dos veces al año, y ella no les demostraba mucho cariño.

En la primavera de 1882 enfermó la *reina Hortensia* repentinamente. Los vecinos llevaron á la casa un médico y no quiso recibirle. Presentóse luego un cura, y ella se levantó en camisa para echarle de allí.

La criada, llorosa, preparó algunos cocimientos.

Al tercer día la enferma se agravó tanto, que un tonelero vecino, por indicaciones del médico—impuesto al cabo—encargóse de avisar á los dos matrimonios.

Llegaron á las diez de la mañana, en el mismo tren. Los Colombel llevaban al menor de sus hijos, á José.

Apenas entrados en el jardín, vieron á la criada, sentada en una silla, junto á la pared, llorando.

El perro dormía, tumbado al sol, en la esterilla de la puerta principal; dos gatos, que parecían muertos, con las patas y la cola muy estiradas, hallábanse también dormidos en las dos ventanas.

Una gallina llueca paseaba un batallón de pollue-

los, revestidos apenas con su primer plumón amarillo, y una jaula grande, pendiente de la pared, contenía una porción de canarios, que se desgañitaban cantando al brillante y cálido sol de primavera.

Dos inseparables, en otra jaula pequeña, estaban muy tranquilos y muy juntos, con las patitas agarradas en el mismo travesaño.

El señor Cimme, asmático y obeso—que siempre se colaba el primero en todas partes, empujando á los demás cuando era preciso, ya fueran hombres ó mujeres—al entrar, preguntó á la criada:

—¿Qué ocurre? ¿Cómo está?

La moza dijo sollozando:

—Está en las últimas. Ya no me reconoce.

Los cuatro parientes miráronse los unos á los otros, y luego, la señora Cimme y la señora Colombel se abrazaron sin decirse ni una palabra. Eran

muy semejantes, llevando siempre igual peinado y parecidos chales rojos de cachemiras francesas, refulgentes como brasas.

Cimme se dirigió á su cuñado, un hombrecillo paliducho, flaco y amarillento, consumido por una dolencia del estómago —y que además padecía una cojera horrible—diciéndole con la mayor naturalidad:

—¡Caramba! Ya era tiempo.

Ninguno se resolvió á entrar el primero en la alcoba de la moribunda, situada en el piso bajo. Hasta el propio Cimme absteníase de pasar delante. Al fin Colombel pasó balanceándose como un mástil de buque, haciendo resonar las baldosas la contera de su bastón.

Las dos hermanas le siguieron y Cimme entró el último.

El niño se había quedado fuera contemplando al perro.

Un rayo de sol proyectábase á través de la cama, cayendo precisamente sobre las manos de la enferma, que se abrían y se cerraban continuamente. Removíanse los dedos como si quisieran expresar algo, animados por una idea, obedientes á una intención. Todas las demás partes del cuerpo estaban inmóviles bajo la sábana. En el semblante anguloso

no se notaba ni el menor estremecimiento, y tenía los ojos cerrados.

La familia, desplegada en semicírculo, quedóse observando silenciosamente la respiración dificultosa de la *reina Hortensia*, cuya criada, lloriqueando, entró también.

Cimme preguntó:

—Pero, ¿qué ha dicho el médico?

La moza respondióle:

—Dice que la dejemos tranquila, que por ahora él no puede hacer nada.

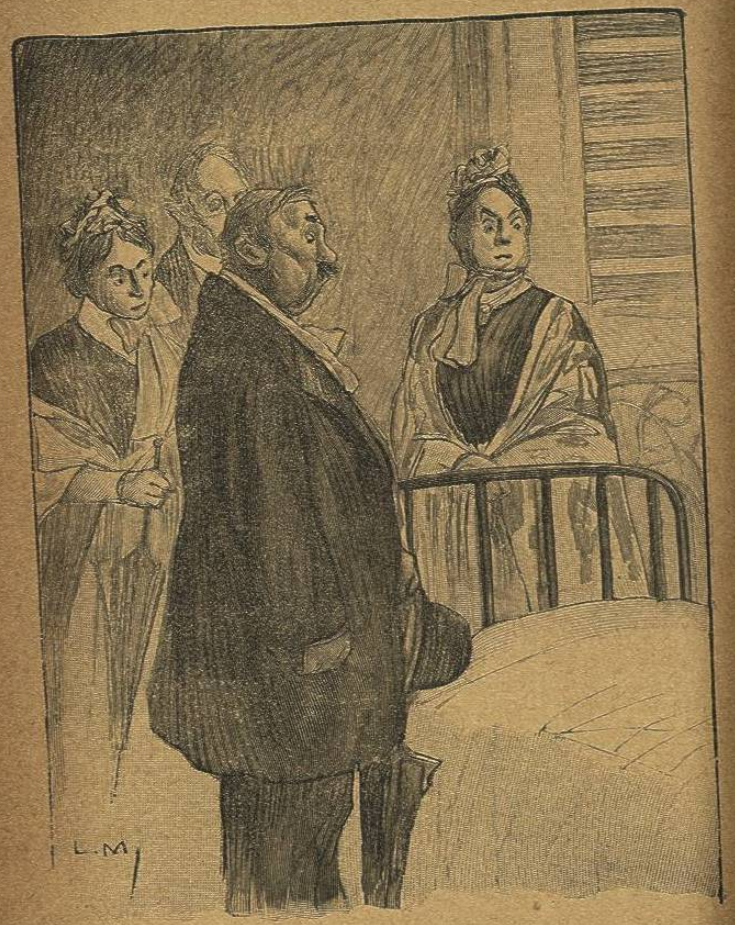
De pronto, agitáronse los labios de la solterona. Parecían articular palabras, frases ocultas en el cerebro agonizante; sus manos removíanse con rapidez mayor.

Y habló, al fin, con una vocecita débil, que ninguno hubiera reconocido; una vocecita lejana como si arrancase de lo más profundo en aquella naturaleza de sentimientos desconocidos por todos.

Cimme se retiró de puntillas, no queriendo emocionarse con aquel espectáculo. Colombel, cuya pierna inútil se fatigaba, sentóse.

Las dos mujeres permanecieron de pie.

La *reina Hortensia* parloteaba cada vez más de prisa, pronunciando confusamente, sin dejarse



comprender; hubiérase dicho que llamaba con afecto á personas imaginarias.

Y así era su delirio, ya ininteligible:

—«Ven aquí, Felipe; dame un beso, un beso á mamá. ¿Quieres mucho á mamá? Rosa: cuida bien de tu hermana mientras yo esté fuera. Sobre todo, no la dejes ni un momento sola. Ya sabes. Y no tocar las cerillas.»

Callóse unos instantes; luego, llamó: «¡Enriqueta!» «Dile á papá que necesito hablarle antes de que se vaya.» Y después de un breve silencio: «Me siento malucha hoy. Prométeme que no tardarás en volver. Di en la oficina que me has dejado enferma. No me gusta ver solos á los niños mientras yo estoy en la cama. Tendremos para postres arroz con leche. A los pequeños les gusta mucho. Sobre todo, á Clara.»

Reía de un modo juvenil y bullicioso, como no había reído jamás: «¡Mírale cómo se ha embadurnado la cara con dulce nuestro Juanito; mírale qué gracioso es nuestro nene!»

Colombel, que á cada instante cambiaba de posición la pierna inutilizada, murmuró:

—Un delirio natural: que tiene hijos y esposo. Agoniza.

Las dos hermanas continuaron inmóviles, atontadas y sorprendidas.

La criada preguntó:

—¿Quieren quitarse las señoras el sombrero y el abrigo? ¿Quieren pasar al gabinete?

Salieron, sin contestar siquiera. Colombel siguió-las, cojeando, y otra vez quedó la moribunda enteramente sola.

Ya libres de los arreos de viaje, sentáronse al fin las dos mujeres. Uno de los gatos abandonó la ventana, saltando al suelo y subiéndose después sobre las rodillas de la señora Cimme que le acarició.

Se oían las voces de la *reina Hortensia*, que realizaba quizás en su delirio el ensueño de toda su vida, creyéndose casada y madre de una prole numerosa, en sus últimas horas.

Cimme, jugaba en el jardín con el niño y con el perro; divirtiéndose mucho, con la satisfacción que producen á un hombre gordo el aire libre y la verdura del campo, sin acordarse ya de la enferma.

Pero de pronto, entró y dijo á la criada:

—Oye, tendrás que disponer almuerzo.

Y dirigiéndose á su esposa y á su cuñada, prosiguió:

—¿Qué os parece mejor?

Y acordaron que una tortilla, un pedazo de solomillo con patatitas nuevas, un poco de queso y una taza de café.

La señora Colombel se hurgaba en los bolsillos á caza del portamonedas, y Cimme la contuvo preguntando á la moza:

—¿Tú debes tener dinero?

—Sí, señor—dijo la criada.

—¿Cuánto?

—Quince francos.

—Hay suficiente. Apresúrate, porque ya empiezo á tener hambre.

La señora Cimme, contemplando los rosales trepadores, bañados por el sol, y una pareja de palomas que se arrullaban sobre un tejado, con voz lastimosa exclamó:

—¡Vaya un día que podíamos pasar aquí, si no fuera doloroso el motivo que nos trae!

Su hermana suspiró sin responder, y Colombel, aterrado tal vez por la idea de una caminata, murmuró:

—Esta cochina pierna, me desazona.

El niño y el perro hacían un ruido infernal con sus alegres voces el uno, y el otro ladrando sin cesar; jugaban al escondite, persiguiéndose y tropezándose en torno de los macizos del jardín, corriendo como locos.

La moribunda continuaba llamando á sus hijos, hablaba con todos ellos imaginándose que los ves-

tía, que los acariciaba, y haciéndoles deletrear: «Vaya, Simón, repite: A, B, C, D. No pronuncias bien; se dice D, D, D. ¿Comprendes? Ahora tú... ¡D!

Cimme insinuó:

—¡Es curioso lo que dice ahora!

La señora de Colombel, adujo:

—Tal vez sería conveniente que volviéramos á su lado.

Pero Cimme la disuadió en seguida:

—¿Para qué? ¿Remediaríamos algo? Aqui estamos bien.

Y ninguno insistió. La señora de Cimme, contemplaba los dos pajaritos verdes llamados «inseparables», pronunciando algunas frases apologéticas referentes á tan admirable fidelidad, censuró al hombre, que no imita la conducta de aquellos animalitos.

Cimme, oyendo á su mujer, sonreía y canturreaba:

—Tra-la-la, tra-la-ra-la...

Dejando entrever sus opiniones acerca de la fidelidad conyugal.

Colombel, sintiendo calambres en el estómago, golpeaba las baldosas con el bastón.

El otro gato, entró con la cola erguida.

Sentáronse á comer, á la una.

En cuanto hubo probado el vino, Colombel, á quien el médico aconsejaba que sólo bebiera burdeos muy bueno, llamó á la criada para decirle:

—¿No tenéis aquí otro vino mejor?

—Tenemos del que sirve la señora cuando vienen ustedes á comer el día de su santo.

—Anda: sube tres botellas.

En efecto; lo juzgaron excelente, no porque su elaboración fuera esmeradísima, sino porque llevaba quince años en la bodega.

Cimme indicó:

—Es un verdadero vino para enfermos.

Colombel, dominado por el ansia de acaparar aquel burdeos, insistió preguntando á la moza:

—¿Queda bastante aún, muchacha?

—¡Oh! Casi todo. La señora no lo bebe nunca.

Entonces Colombel, inclinándose hacia su cuñado, le dijo:

—Si no te opones, Cimme, yo me quedaré con toda la partida, y en cambio, tú eliges algo que sea de tu gusto. Este vino me conviene; mi estómago lo recibe como una bendición.

La llueca entró con su manada de polluelos, y á las dos señoras les hizo mucha gracia y se divertían echándoles miguitas de pan.

Otra vez mandaron á jugar en el jardín al niño y al perro, que habían comido ya bastante.

La *reina Hortensia* proseguía su delirio incesante, pero habiéndosele apagado mucho la voz, sus palabras no eran comprensibles.

Después de tomar café, volvieron á entrar todos en la alcoba y les pareció que la enferma descansaba.

Salieron al jardín, sentándose para facilitar una buena digestión.

De pronto, el perro comenzó á dar vueltas en torno de las sillas, con toda la rapidez de que sus patas eran capaces, llevando un objeto en la boca. El niño esforzábase por alcanzar al perro. Entraron uno tras otro en la casa.

Cimme se había dormido al sol.

La moribunda levantaba nuevamente la voz. Luego dió un grito agudo.

Las dos hermanas y Colombel acudieron para enterarse de lo que sucedía. Cimme despertóse pero no se movió; le desagradaban ciertas escenas.

La moribunda se había incorporado y miraba con fiereza. El perro, perseguido, había subido á la cama, y fijando en el niño sus ojos resplandecientes, disponíase á saltar y proseguir el agradable

juego. Llevaba en la boca una zapatilla de la *reina Hortensia*, destrozada por sus dientes.

El niño, asustado por aquella mujer que se alzaba como un espectro, quedóse petrificado.

La llueca, sorprendida por el clamor de la moribunda, encaramada en una silla comenzó á cacarear, llamando á sus pequeñuelos que piaban desesperados y miedosos.

La *reina Hortensia*, repetía con voces desgarradoras:

—¡No quiero morir! ¡No quiero morir! ¡No quiero! ¡No quiero! ¡Mis pobres hijos! ¿quién los cuidará? ¿quién los educará? ¿quién los querrá? ¡No quiero morir! No... no...

Desplomóse. Había muerto.

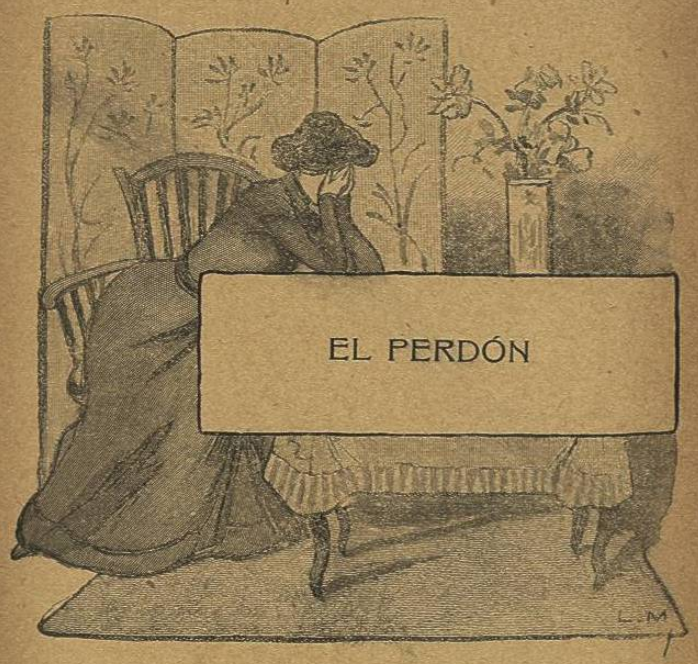
El perro, muy excitado, huyó, pisoteándola.

Colombel acercóse á la ventana, y dijo á su cuñado:

—Sube; corre. Me parece que todo acabó.

Y Cimme, levantándose al fin, balbuceó cuando estuvo convencido:

—No ha sido pesada. Eso fué más breve de lo que yo me temía.



EL PERDÓN

EL PERDON

HABÍA sido educada en una familia de las que viven absolutamente retraídas, aislándose por completo de todo. Ignoran los acontecimientos políticos, aun cuando los comenten de sobremesa. Juzgan los cambios de Gobierno como si ocurrieran á distancia en lo pasado; para ellos la palpitante actualidad se confunde con la historia, y no diferencian lo que acaba de ocurrir, de sucesos lejanos, como la muerte de Luis XVI ó el desembarco de Napoleón I.

Las costumbres se modifican, las modas cambian y se suceden, pero apenas lo repara la familia que se aferra en los usos tradicionales de sus ante-

pasados. Y si algún hecho escabroso acontece que alborote su vecindad, el escándalo acaba en el umbral de aquella mansión pacífica. Sólo el padre y la madre, una noche cambian sus impresiones acerca del asunto, pero á media voz, porque las paredes oyen.

El padre dice discretamente:

—¿Llegó á tus oídos lo que se cuenta de los Rivoil? ¡Es horrible!

Y la madre contesta:

—¿Es posible que resulte verdad? ¡Sería espantoso!

Los hijos nada sospechan, y llegan con los ojos vendados á la edad en que se lanzan á la vida las gentes, desconociendo lo engañoso del trato social, sin advertir que se piensa de un modo y se habla de otro—á veces contrario—, que se dice una cosa y se hace otra, generalmente opuesta; ignorando que vivimos en lucha con todos, ó en una paz armada; sin sospechar que á los inocentes los engañan, á los sinceros los burlan y á los buenos los maltratan.

Algunos conservan hasta la muerte su ceguera de honradez, lealtad, honor, tan obstinadamente íntegros que nada les abre los ojos.

Otros, desengañados, pero no bastante advertidos, tropiezan frenéticos, luchan desesperados y mueren juzgándose víctimas de una fatalidad, seguros de que su mala fortuna les puso en el camino circunstancias funestas y hombres perversos.

***

Los Lavignol casaron á su hija Berta, cuando tenía diez y ocho años, con un joven parisiense—Jorge Baron—que negociaba en Bolsa. Era un guapo mozo, hablaba decorosamente y ofrecía todas las apariencias de probidad necesarias; pero en el fondo le hacían reir los padres de su mujer, á quienes entre amigos y en confianza solía llamar «estimables fósiles».

Berta llevó una buena dote; su marido era un hombre de calidad, bien relacionado. Resolviéronse á vivir en París.

Ella se convirtió en una de las abundantes «provincianas de París». Ignoraba las costumbres, las elegancias, los goces parisienses, como ignoraba también las perfidias y los misterios de la vida.

Encerrada en su hogar, apenas conocía otras calles que la suya, y cuando tenía precisión de ir algo lejos, regresaba, como de un largo viaje á una ciudad lejana y extranjera, diciendo por la noche:

—Hoy he atravesado los bulevares.

Dos ó tres veces al año, su marido la llevaba al teatro. Eran festejos cuya inextinguible memoria motivaba conversaciones incesantes.

Algunas veces, mientras comían, poníase de pronto á reir, y exclamaba:

—¿Recuerdas aquel actor con traje de general que imitaba el canto del gallo?

Y lo vió tres meses atrás.

Limitábanse sus amistades á dos familias emparentadas con ellos y que para Berta eran la representación de toda la humanidad: los Martinet y los Michelin.

Su marido vivía muy á sus anchas, trasnochando—á veces hasta el amanecer—, pretextando negocios que le permitieran ausentarse, no conteniéndose poco ni mucho, en la certeza de que su mujer, alma cándida, nunca sospecharía.

En esto, Berta recibió un anónimo.

Quedóse consternada; su inocencia no le permitía comprender la infamia de las delaciones ni despreciar los avisos del canalla que se decía inspirado por lo mucho que le interesaban las dichas y el porvenir de Berta, por el odio que le inspiraba el mal y por amor á la verdad.

Advertíale que su marido estaba en relaciones amorosas con una mujer viuda y joven, la señora

de Rosset, un *pasatiempo* que duraba ya dos años.

Berta no supo fingir, ni disimular, ni observar, ni engañar. A la hora del almuerzo arrojó el anónimo sobre la mesa, y ahogada en lágrimas, retiróse á su gabinete.

Jorge pudo hacerse cargo de todo, y habiendo meditado su excusa, presentóse ante su mujer, la cual ni levantaba los ojos del suelo. Sonriente, sentóse, y atrayéndola sobre sus rodillas, con voz suave y algo burlona, dijo:

—Nena mía: efectivamente, soy amigo de la señora Rosset; la conozco hace más de diez años, y la quiero mucho. Además, tengo muchísimas relaciones amistosas, de las cuales nunca te hablé siquiera, seguro de que no te agrada el trato social y que sería un sacrificio para ti hacer lo que á otros les divierte. No quiero exigirte que trates á todas las familias que yo trato; pero conviene, para que te convenzas de lo que valen esas infamias anónimas, que visitemos, hoy mismo, después de almorzar, á la señora Rosset que, sin duda, será en cuanto la conozcas, tu mejor amiga.

Berta se arrojó en los brazos de su Jorge. Impulsada por la implacable curiosidad femenina, resolvióse á seguir el consejo de su marido, el cual se quedó algo confuso al oirla. Instintivamente, sa-

bía la mujer que un riesgo conocido está casi evitado.

Vivía la señora de Rosset en un cuartito muy lindamente amueblado, lleno de chucherías preciosas, en el cuarto piso de una hermosa casa.

Cinco minutos aguardó el matrimonio en una salita obscurecida por sendos cortinajes, colocados con muy buen gusto, hasta que, abriéndose una puerta, presentóse una señora joven, morenota, regordeta, sorprendida y sonriente.

Jorge hizo la presentación.

La viuda se adelantó, satisfecha, tendiendo ambas manos. Dijo que no esperaba recibir tan agradable sorpresa, enterada por Jorge del retraído carácter de su esposa. Y por esto era más de agradecer aquella

distinción. ¡Estimaba tanto á Jorge (le llamaba Jorge á secas, y siempre con una confianza fraternal), que tenía vivos deseos de conocer á la compañera encantadora y amante de su amigo!

Al cabo de un mes, las dos eran inseparables. Veíanse á diario, y dos veces algunos días; comían todas las noches juntas, ya en una casa, ya en la otra. Jorge salía poco, no hablaba de asuntos que le obligasen á largas ni breves ausencias, y era feliz, arrinconado en su hogar, según decía.

La señora Baron supo que se desalquilaba un piso en la casa donde vivía la señora Rosset, y suplicó á Jorge que lo tomase, para verse aún con más frecuencia y tratarse con mayor intimidad.

Durante dos años, no se presentó en aquel horizonte ni una sola nube; su amistad era entrañable y completa: una delicia. Berta no hablaba sin referirse á Julia Rosset, á la cual tenía por modelo de todas las perfecciones, realizando con su amistad una dicha completa, suave y tranquila.

Por desgracia, la señora Rosset enfermó. Berta la cuidaba cariñosamente, velándola todas las noches, desconsolándose; y su marido también estaba triste.

Una noche, el médico advirtió á Jorge y á Berta que su amiga se hallaba muy grave.

Aterrados por aquella noticia, cuando hubieron

acompañado al médico hasta la escalera, sentáronse los dos en la sala, y se pusieron á llorar. Velaron juntos aquella noche; á cada momento, Berta besaba con ternura el rostro de su amiga, mientras Jorge la contemplaba silencioso, desde los pies de la cama.

Iba de mal en peor; pero al anochecer del día siguiente, hallándose algo animada, la enferma rogó á sus amigos que fuesen á comer.

Bajaron á su casa, pero apenas comieron; estaban tristes y pensativos. La doncella entregó á Jorge una carta, cuya lectura le hizo palidecer, y levantándose, dijo á Berta, extrañamente desconcertado:

—Aguárdame aquí. Salgo, pero volveré pronto. No te muevas de casa. Espérame. No te muevas de casa.

Y fué á buscar el sombrero.

Berta le aguardó, torturada por una inquietud nueva. Pero, siempre dócil, resolvióse á no subir á casa de su amiga, mientras Jorge no volviese.

Como no volvía, ocurriósele de pronto ver si había cogido los guantes.

Los vió sobre la mesa, y, junto á ellos, un papel machucado. Era la carta que Jorge acababa de recibir.

Y por vez primera en su vida, sintió ardientes deseos de saber, de averiguar y descubrir. Su conciencia la contenía, y una comezón de curiosidad la fustigaba; cogiendo el papel reconoció la letra de Julia: trazos temblorosos y escritos con lápiz. Leyó:

«Ven á besarme por última vez; quiero verte á solas antes de morir.»

De pronto no comprendió aquello, quedando como estúpida, obsesionada por la idea de la muerte. Pero su amiga tuteaba en aquellas frases á Jorge, y esto fué una revelación para Berta como un relámpago, que alumbró en un momento los últimos años de su dichosa vida, revelándole toda la verdad infame, traidora y pérfida. Comprendió la miserable astucia de los amantes, la burla que hicieron de su inocencia. Los veía por las noches, á la luz del quinqué, leyendo en el mismo libro, consultándose con los ojos al acabar cada página.

Y su corazón, indignado, herido, se hundió en un desconsuelo espantoso.

Al oir que alguien se acercaba, encerróse, llorando, en su alcoba.

Su marido llamó á la puerta, diciéndole:

—Corre; la señora Rosset agoniza.

Y Berta respondióle con voz temblorosa:

—Vuelve á su lado; yo no debo estar allí.

Aturdido por el dolor de su desgracia, Jorge insistió:

—De prisa, de prisa; que se muere.

Y Berta dijo:

—¡Lástima que no sea yo quien se muera!

Entonces el marido se retiró confuso y volvió á casa de la señora Rosset, acompañándola en sus horas de agonía.

Lloró su muerte sin disimulo, sin pudor, sin preocuparse de las angustias de Berta, que ni le miraba, ni le hablaba, y vivía sola, sin otro consuelo para su desesperación que sus constantes oraciones.

Vivían juntos, comían juntos en silencio, desesperados.

El se iba tranquilizando, pero ella no le perdonó.

Y su existencia continuaba fatigosa para el uno y para el otro.

Durante un año no hablaron ni se miraron, y casi llegaron á desconocerse. Berta estuvo en riesgo de volverse loca.

Una mañana salió muy temprano y volvió con un magnífico ramo de rosas, de rosas blancas, muy blancas.

Y advirtió á su marido, valiéndose de la doncella, que deseaba tener con él una entrevista.

Jorge acudió inquieto y sobresaltado. Berta le dijo:

—Saldremos juntos. Lleva tú esas flores. Pesan demasiado para mí.

Cogiendo el ramo, siguió á su mujer. Un coche los aguardaba en la puerta, y, en cuanto hubieron subido, se puso en marcha.

Se detuvo ante la verja del cementerio. Y la esposa, con los ojos llenos de lágrimas, dijo al esposo:

—Guíame hasta su tumba.

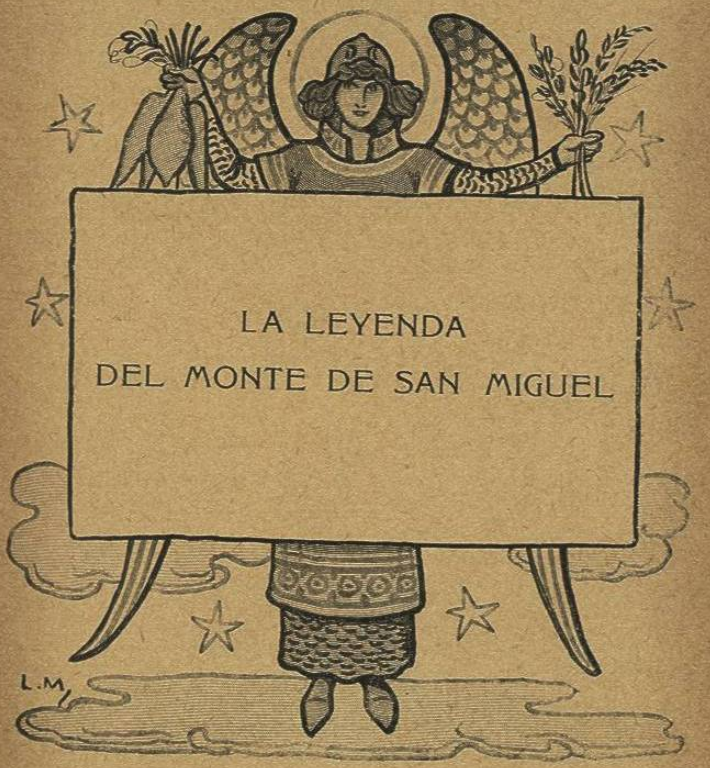
Jorge temblaba, sin comprender aún lo que ocurría, y avanzó en silencio con el ramo de rosas blancas en la mano. Se detuvo al fin ante una sepultura, sin despegar siquiera los labios.

Ella cogió las flores, y arrodillándose, dejólas muy suavemente sobre la blanca lápida mientras rezaba una oración.

De pie, á su espalda, Jorge, torturado por los recuerdos, lloraba.

Levantóse Berta, y ofreciéndole sus manos, murmuró:

—Si tú quieres, en adelante seremos amigos.



LA LEYENDA DEL MONTE DE SAN MIGUEL

DESDE Cancale había visto aquel castillo de hadas, erguido sobre el mar; le vi confusamente como una sombra gris que se alzara en el fondo del cielo encapotado.

Volví á verle desde Avranches á la puesta del sol. La inmensa extensión de arena estaba roja, rojo el horizonte, y la bahía inmensurable roja también; sólo el monasterio, que se alzaba en un risco, á distancia, y aislado como un castillo roquero, asombroso como un palacio soñado, raro y bello de un

modo inverosímil, ofrecíase casi negro, entre las púrpuras del día moribundo.

Dirigíme al amanecer, atravesando el arenal, con la vista fija en aquella monstruosa joya, grande como una montaña, cincelada como un camafeo, vaporosa como un tul. A medida que me acercaba, sentía crecer mi admiración, pues no es posible que haya en el mundo nada más asombroso ni más perfecto.

Vagaba sorprendido como si hubiese descubierto la morada de un dios, á través de salones donde se alzaban columnas ligeras ó pesadas, por galerías abiertas á la luz; alzando mis ojos maravillados sobre los campanarios que parecen flechas dirigidas al cielo, y sobre la increíble mezcla de torres, de gárgolas, de ornamentación esbelta y preciosa; fuegos artificiales de piedra, encajes de granito, obra maestra de arquitectura delicada y colosal.

Un campesino se acercó á mí, explicándome la historia de la ruda contienda que sostuvo San Miguel con el Diablo.

Un escéptico genial, ha dicho: «Dios hizo al hombre á su imagen, y cada hombre imagina sus dioses á su modo».

Encierra esta frase una verdad eterna; y sería muy curioso hacer en cada continente la historia de su

divinidad especial y en cada provincia la de su santo patrón. El negro tiene ídolos feroces que devoran hombres; el mahometano, polígamo, puebla de mujeres su paraíso; y los griegos, como gente práctica, habían divinizado todas las pasiones.

Cada pueblo de Francia tiene su patrono, un santo cuyas virtudes modifican sus patrocinados con arreglo á sus gustos.

San Miguel es el patrono de la Baja Normandía; San Miguel, ángel radiante, victorioso, héroe del cielo, vencedor de Satán. Pero he aquí de qué modo el normando, astuto, cauteloso, cazurro y quisquilloso, comprende y explica la lucha del Angel con el Diablo.

Para librarse de las ruindades del Diablo, su vecino San Miguel construyó, por sí mismo, en pleno mar, aquella mansión digna de su rango divino; y verdaderamente, sólo un ángel podía construir tan hermosa residencia.

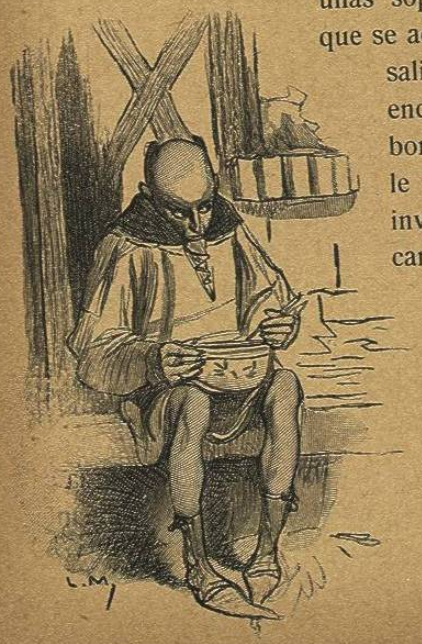
Pero, temiendo aún los ataques del Enemigo, rodeó su dominio de arenas movedizas, más pérfidas que las olas.

El Diablo habitaba una humilde cabaña en la costa, pero poseía los prados regados por el agua salada, las tierras productivas que dan abundantes cosechas, los ricos valles y las riberas fecundas de

todo el país; mientras el Angel reinaba sólo en las arenas; de modo que Satanás era rico y San Miguel pobre como una rata.

Después de unos años de ayuno, el Angel, aburrido de aquella situación, decidióse á tratar con el Diablo; pero no era fácil, porque Satanás estimaba en mucho sus cosechas.

El Angel reflexionó durante seis meses, y por fin, una mañana, se dirigió á la tierra. El Diablo estaba sentado á la puerta de su cabaña comiendo unas sopas, cuando vió que se acercaba el Angel; salió al punto á su encuentro, besó el borde de su manga, le hizo entrar y le invitó á que descansara.



Después de beber un cuenco de leche, San Miguel tomó la palabra y dijo:

—Vengo á proponerte un buen negocio.

El diablo, cándido y sin desconfianza, contestó:

—Me gusta.

—Oye: necesito qué me cedas todas tus campos.

Satanás, inquieto, quiso hablar:

—Pero...

El Angel añadió:

—Aguarda un poco. Me cederás todos tus campos. Yo me encargaré de su cultivo, labrándolos y sembrándolos; después repartiremos la cosecha por igual. ¿Estás conforme?

El Diablo, naturalmente perezoso, aceptó, pidiendo solamente, además, algunos de los sabrosos múgoles que se pescan alrededor del monte solitario, y San Miguel accedió á su pretensión.

Diéronse las manos, escupieron por el colmillo, en señal de haber cerrado el trato, y el Angel repuso:

—No quiero que puedas quejarte de mí. ¿Qué prefieres? ¿Los frutos que se crían sobre la tierra, ó los que se produzcan bajo tierra?

Satanás exclamó:

—Elijo para mí los que se crían sobre la tierra.

—Conformes—dijo el Angel; y se fué.

A los seis meses, en la inmensa propiedad del Diablo sólo crecían zanahorias, nabos, cebollas, achicorias, todas las plantas cuyas raíces carnosas

son alimenticias y agradables al paladar, y cuya hoja inútil sirve, á lo sumo, para alimento de las bestias.

Satanás no tuvo cosecha y quiso romper el contrato hecho con San Miguel, tratándole de maligno.

Pero el Angel, habiéndose aficionado á las faenas agrícolas volvió á buscar al Diablo, y le dijo:

—Te aseguro que no tengo la culpa; lo hice sin pensar, sin mala intención; y para indemnizarte te ofrezco para este año todo lo que se produzca sobre la tierra.

—Me conviene—dijo Satanás.

En la primavera siguiente, todas las tierras del Diablo hallábanse cubiertas de frondosos trigos, avenas altas como torres, lino, berzas magníficas, guisantes, coles, alcachofas: todo cuanto se abre al sol en granos ó frutos.

Satanás tampoco tuvo cosecha; enfadóse, hízose nuevamente cargo de sus tierras y no quiso escuchar otras proposiciones de su vecino.

Pasó un año. Desde lo alto de su aislada mansión, miraba San Miguel la tierra lejana y fecunda. Viendo al Diablo dirigir sus labores, recoger las cosechas, trillar los granos, rabiaba desesperándose por su impotencia. No pudiendo ya engañar á Satán, resolvió vengarse, y le invitó á comer para el siguiente lunes.

—No has estado muy afortunado en tus negocios conmigo—le dijo—; pero no quiero que haya entre nosotros rencor, y te invito á comer en mi casa. Te daré sabrosos manjares.

Satanás, tan glotón como perezoso, aceptó en seguida. El día convenido vistióse con sus mejores ropas y encaminóse al Monte.

San Miguel le hizo sentar á una mesa magnífica, y al punto les sirvieron un pastel de crestas y menudillos de gallina; luego, dos magníficos mújoles á la crema, un pavo relleno de castañas confitadas en vino, una pierna de carnero tierna como un hojaldre y, por fin, legumbres que se deshacían en la boca y buenas tortas calientes, que olían á manteca. Bebieron sidra pura, espumosa y dulce, vino tinto y fuerte, y al final de cada plato, echaron un trago de añejo aguardiente de manzanas.

El diablo comió y bebió, embaulando todo lo que le servían, hasta sentirse ahito y flatulento, de tal manera, que no pudo contener un desahogo.

Levantóse indignado San Miguel, rugiendo con voz atronadora:

—¡En mi presencia te atreves! ¡Canalla! ¡En mi presencia!...

Satanás, asustado, echó á correr, y el Angel, cogiendo un bastón, le persiguió.

Los dos corrieron por las salas bajas, alrededor de las columnas, y subieron por las escaleras aéreas; galoparon á lo largo de las cornisas, saltando de gárgola en gárgola. El pobre Diablo, dolorido por los retorcijones de tripas, iba emporcando la mansión del Angel. Así llegó á la última terraza, en lo más alto, desde donde se descubre la bahía inmensa con sus pueblecitos lejanos, sus arenales y sus

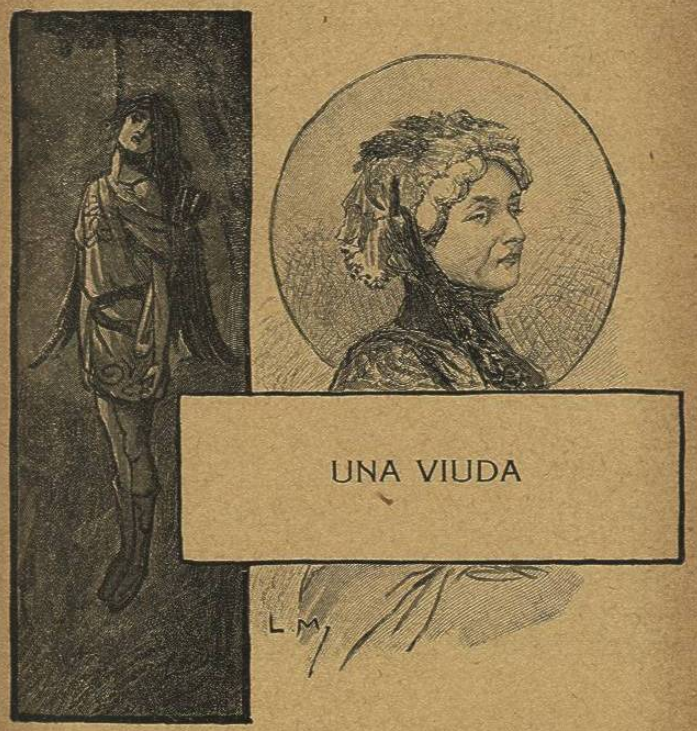
praderas. No pudo ya seguir corriendo, y el Angel, dándole un furioso puntapié, le hizo cruzar el espacio como uno bala.

El Diablo cayó violentamente junto al pueblo de Mortain. Sus cuernos y las uñas de sus garras penetraron en la roca, donde se conservan imborrables huellas de la caída de Satán.

Levantóse cojeando, lisiado hasta el fin de los siglos, y viendo en la lejanía el Monte fatal, erguido en la cumbre, arrebolado por la puesta de sol, comprendió que siempre saldría vencido en aquella lucha. Y arrastrando la pierna, se fué hacia países lejanos, abandonando á su enemigo, campos, riberas, valles y prados.

Así fué cómo San Miguel, patrón de los normandos, venció al Diablo.

Otro pueblo habrá imaginado esta batalla de otra manera.



UNA VIUDA

UNA VIUDA

Ocurrió el suceso, durante la época de caza, en el castillo de Banneville. El otoño era lluvioso y triste; las hojas secas, en vez de crujir bajo los pies, pudríanse en las rodadas de los caminos empapadas por los aguaceros.

Casi desnudo ya de hojas, el bosque desprendía humedad como una sala de baños. Al penetrar en él, sentíase bajo los añosos árboles azotados por los chubascos, un tufo mohoso, un vaho de agua pantanosa, de hierbas humedecidas, de tierra mojada; y los cazadores, abrumados por aquella inundación continua; los perros, macilentos, con el rabo entre las patas y el pelo pegado sobre los

lomos, y las jóvenes cazadoras con los vestidos calados por la lluvia, regresaban todas las tardes fatigados de cuerpo y alma.

Después de comer, en el gran salón jugaban á la lotería, displicentes y sin animación, mientras el viento empujaba con violencia los postigos y hacía girar las veletas como un trompo. Quisieron entretenerse narrando cuentos, como dicen las novelas que se hace; pero á ninguno se le ocurría nada que distrajera. Los cazadores explicaban aventuras á escopetazos, matanzas de conejos; y las mujeres se quebraban la cabeza sin hallar algo semejante á la imaginación de Scheherazade.

Disponíanse á buscar otra diversión, cuando una muchacha, jugando distraídamente con la mano de una tía suya, vieja solterona, tropezó en una sortija hecha con cabellos rubios, que había visto ya otras veces sin que fijara su atención, y haciéndola girar en el dedo, preguntó: «Dime, tía, ¿qué significa esto? parece pelo de niño.»

La señorita se ruborizó, luego palideció y dijo al fin con voz temblorosa: «Es una historia tan triste, tan triste, que jamás quiero referirla, porque originó la desgracia de toda mi vida. Entonces era yo muy joven, pero me ha quedado un recuerdo tan doloroso, que aún me hace llorar».

Todos quisieron conocer la historia, pero la solterona se negaba á explicarla; por fin, tanto y tanto la rogaron, que la explicó.

—Ustedes me han oído hablar muchas veces de la familia Santèze, ya extinguida. Yo he conocido á los tres últimos hombres de la casa; los tres murieron de igual manera; este pelo es del último, que á los trece años se mató por mí. Les parece á ustedes raro, ¿verdad?

¡Oh!, era una raza original, raza de locos acaso, pero de una locura encantadora: eran locos de amor. Todos, de padres á hijos, tenían pasiones violentas, ímpetus que los lanzaban á las más extraordinarias empresas, á fanáticos sacrificios, á criminales intentos. El amor era en su familia tan exaltado como la piedad lo es en ciertas almas. Los trapenses no tienen la misma naturaleza que los trasnochadores.

Entre los parientes se decía: «Enamorado como un Santèze.» Su aspecto los delataba; tenían el pelo ondulado, sobre la frente, la barba rizada, rasgados los ojos, y sus penetrantes miradas eran perturbadoras.

El abuelo del último, cuyo recuerdo conservo, después de muchas aventuras, raptos y desafíos, á los sesenta y cinco años enamoróse perdidamente

de la hija de su colono. He conocido á los dos. Ella era rubia, pálida, fina; hablaba lentamente con voz suave, y su mirada era dulce, tan dulce como la de una Virgen. El anciano se la llevó consigo, y sintióse tan cautivado por la moza, que no podía estar un minuto sin ella. Su hija y su nuera, viviendo en el castillo, encontraban aquello muy corriente; hasta ese punto era el amor tradicional en la familia. Tratándose de apasionamientos nada podía sorprenderlas, y si se hablaba en su presencia de inclinaciones contrariadas, de amantes desunidos, y hasta de venganzas que siguieron á traiciones amorosas, decían las dos con el mismo tono compasivo: «¡Ah! ¡cuánto habrá sufrido para llegar á ese extremo!» Y nada más. Los dramas del corazón las emocionaban, pero no las indignaba nunca, aun cuando fuesen verdaderos crímenes.

Un otoño, el joven señor de Gradelle, que había sido invitado á cazar, llevóse á la moza.

El señor de Santèze pareció quedar tranquilo, como si nada hubiese pasado; pero á los pocos días, encontráronle ahorcado en una cuadra.

Su hijo murió de igual modo, en un hotel de París, durante un viaje que hizo en 1841, después de haber sido burlado por una cantante de la Opera. Dejó un hijo de doce años y una viuda, hermana de mi madre. Los dos fueron á vivir á casa, en nuestras posesiones de Bertillón. Entonces tenía yo diez y siete años.

No pueden ustedes figurarse la precocidad asombrosa de aquel niño. Parecía que toda la ternura, toda la exaltación de su raza se habían condensado en aquel último vástago. Deliraba siempre y se paseaba solo, durante horas y horas, por una calle de olmos, del castillo al bosque. Yo le contemplaba desde mi balcón andar lentamente, con las manos á la espalda, la cabeza inclinada y deteniéndose de trecho en trecho para levantar los ojos, cual si percibiera, comprendiera y sintiera emociones impropias de su edad.

Muchas veces, después de comer, en las noches claras, me decía: «Prima, vamos á soñar...» y salíamos juntos al parque. Deteníase bruscamente al llegar á una plazoleta, donde flotaba como neblina ligera y blanca el claror de la luna, y me decía oprimiéndome las manos: «Mira, mira. Pero tú no me comprendes; lo adivino; si me comprendieras seríamos felices. Es necesario amar para comprender.» Yo reía y besaba tiernamente al niño, amante hasta morir.

Con frecuencia, durante la velada sentábase sobre las rodillas de mi madre, diciéndole: «Vamos,

tía, cuéntanos historias de amor.» Mi madre, para entretenerle, referíale todas las leyendas de su familia, todas las apasionadas aventuras de sus ante-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS
MONTERREY, MEXICO

cesores, pues eran muchas las que se contaban, verdaderas y falsas. Fué su misma fama lo que perdió á todos los Santèze; exaltábanse, y enorgullecíanse de no desmentir el renombre de su casa.

El niño se entusiasmaba con los relatos amorosos ó terribles, y aplaudía, exclamando: «¡Yo también, yo también sé amar, y aún mejor que todos ellos!»

Luego comenzó á galantearme; un galanteo tímido y tierno, del que nos reíamos los demás encontrándolo muy gracioso. Todas las mañanas tenía yo flores, cogidas por él, y todas las noches, antes de retirarse á su habitación, me besaba la mano murmurando: «¡Te adoro!»

Fuí culpable, muy culpable; lloro sin cesar por ello, y por ello toda mi vida hice penitencia, quedando soltera, ó mejor dicho, novia y viuda: su viuda. Me divertía con aquella pueril ternura, hasta la excitaba; fuí coqueta, seductora, como si se tratase de un hombre; fuí pérfida y atractiva. Enloquecí al pobre niño. Era un juego para mí y una distracción alegre para nuestras madres. ¡Figúrense ustedes: tenía doce años! ¡quién habría tomado en serio aquella pasión infantil! A su ruego, yo le besaba y escribía para él cartas amorosas que leían nuestras madres; me contestaba en cartas ardientes que aún conservo. El desgraciado creía secreta nuestra intimidad amorosa, juzgándose un hombre. ¡Todos habíamos olvidado que era un Santèze!

Aquello duró casi un año. Una noche en el par-

que, arrodillándose ante mí y besando la fimbria de mi vestido en un arranque furioso, repetía: «¡Te adoro! ¡Te adoro! ¡Te adoraré hasta la muerte! Si algún día me burlas, óyelo bien, si me abandonas por otro, haré como mi padre...» Y añadió con voz firme que hacía estremecer: «Ya sabes lo que hizo.»

Viendo mi sorpresa, se levantó, y alzándose sobre las puntas de los pies, para llegar hasta mi oído —pues no era tan alto como yo—, moduló mi nombre: «¡Genoveva»! con voz tan suave, tan amorosa, que me hizo temblar de pies á cabeza.

Yo murmuré: «Retirémonos, retirémonos». El me siguió en silencio; pero al llegar junto á la escalinata, me detuvo para decirme: «Ya sabes que si me abandonas, me mato.»

Entonces comprendí que había llegado muy lejos y procuré mostrarme reservada. Un día en que me reprochó mi conducta le dije: «Eres ya poco niño para jugar así con una mujer, y poco hombre para enamorarla. Esperemos.»

En otoño le pusieron interno en un colegio. Cuando volvió en el verano próximo yo tenía novio. El lo comprendió al punto, y durante ocho días le vi tan reflexivo que me tuvo inquieta.

Al día noveno, cuando desperté, vi un papel echado por debajo de la puerta. Lo cogí, lo abrí, le-

yendo lo siguiente: «Me has abandonado y ya sabes lo que te dije. Has decretado mi muerte. Como quiero que seas tú quien me encuentre, baja al parque, acércate al mismo lugar donde el año pasado te dije que te adoraba, y mira hacia arriba.»

Creí volverme loca. Vestíme de prisa y corrí sin deternerme, al lugar indicado. Su gorrita de colegial estaba en el suelo, en el barro, porque durante la noche había llovido. Levanté los ojos y distinguí algo que se mecía entre las ramas al impulso del viento.

No sé lo que hice luego. Debí gritar, desvanecerme, desplomarme ó correr al castillo. Cuando recobré los sentidos, estaba en mi cama, con mi madre á la cabecera.

Creí que todo aquello lo habría soñado en un delirio horroroso, y pregunté: «¿Y él?... ¿Y él?» No me contestaron. ¡Era verdad!

No me atreví á verle otra vez, pero pedí un mechón de sus cabellos. Esto... esto...

Y la vieja señorita, con ademán desesperado, alargaba su mano temblorosa.

Luego se sonó repetidas veces, limpióse los ojos y añadió: «Sin decir la causa, renuncié al matrimonio, decidiendo ser para siempre... la... la viuda de aquel niño de trece años.»

Después, inclinó la cabeza sobre su pecho y lloró largo rato.

Cuando se retiraban todos á sus habitaciones para dormir, un grueso cazador, cuya tranquilidad habitual habíase perturbado con aquella historia, murmuró al oído de su vecino:

—¿No es una desdicha ser sentimental hasta ese punto?

LA "TUNA,,
L.M.

LA 'TUNA,,

Ya íbamos á salir del manicomio, cuando, en un rincón del patio, vi á un hombre larquirucho que hacía obstinadamente ademán de llamar á un perro imaginario. Decía con voz suave y cariñosa: «¡Tuna, ven; Tuna, ven aquí!», golpeándose un muslo, como se acostumbra para llamar á las bestias.

Pregunté al médico:

—Y ese, ¿qué hace?

Me contestó:

—¡No es un caso que pueda interesar; un cochero, que se llama Francisco, y se ha vuelto loco después de ahogar á su perra.

Yo insistí:

—Cuénteme su historia. Lo más insignificante, lo más humilde, muchas veces conmueve nuestro corazón.

Y el médico me refirió lo siguiente, que había sabido por un mozo de cuadra compañero del loco:

—En las afueras de París vivía una familia de ricos burgueses, en una quinta rodeada de árboles, junto al Sena. Servíales de cochero este Francisco, mozo campesino algo zopenco, de buen corazón, simple y fácil de engañar.

Al dirigirse una noche á la casa de sus amos, una perra le siguió. No se fijaba en ello al principio, hasta que la obstinación del animal en seguirle, pisándole los talones, le hizo volverse á mirar si lo conocía.

No lo había visto jamás.

Era una perra espantosamente flaca, y le colgaban muy lacias las tetas. Corría tras el hombre con aspecto lamentable de hambrienta, con el rabo entre las patas, las orejas gachas, deteniéndose cuando él se detenía y corriendo cuando él andaba.

Quiso alejar de sí aquel esqueleto, y gritó: «¡Largo! ¡Vete! ¡vete! ¡Largo de ahí!» La perra se apartaba un poco; sentábase aguardando, y en cuanto el cochero andaba, le seguía de nuevo. Entonces hizo

ademán de coger una piedra. El animalito huyó algo más lejos, zarandeando sus tetas; pero acercóse otra vez en cuanto el hombre hubo vuelto la espalda.

Por fin el cochero, compadecido, la llamó. La perra se acercó tímidamente, con el lomo encorvado; se marcaban sus costillas bajo la piel. Francisco acarició aquellos huesos pelados, y conmovido por la miseria del pobre animal, dijo: «Vamos; ¡ven!» La perra movió el rabo alegremente, sintiéndose acogida, prohijada, y en vez de seguir á su nuevo dueño, comenzó á correr delante de él. Francisco la hizo entrar en la pajera de la cuadra, y luego fué á la cocina en busca de pan; cuando hubo saciado su hambre la perra, se durmió tranquilamente.

Al día siguiente los señores, enterados por el cochero de lo que había ocurrido, le permitieron tener la perra en casa. Era un animal dócil, inteligente, cariñoso y fiel.

Pero pronto se le notó un terrible defecto. Sentíase inflamada de amor durante todo el año. En poco tiempo había contraído amistad con todos los perros del barrio, que la rondaban de día y de noche, y les concedía sus favores con indiferencia de prostituta; pareciéndole todos bien, y no desdeñando

á ninguno, llevaba en torno siempre una verdadera jauría, compuesta de los más distintos modelos de la raza ladradora, unos del tamaño de un puño, otros grandes como asnos. Los paseaba por los caminos en interminables correrías y, cuando se detenía para descansar, formando círculo á su alrededor los perros la contemplaban sacando la lengua.

Los habitantes de aquellos contornos jamás habían visto nada semejante y el propio veterinario no acertó á comprenderlo.

Al regresar la perra por la noche á su cuadra, la muchedumbre perruna sitiaba la finca. Introduciéndose por todos los resquicios del seto vivo que rodeaba el parque, pisoteaban el césped, arrancaban las flores y escarbaban en los macizos de plantas, haciendo desesperar al jardinero. Aullaban toda la noche alrededor del edificio donde se alojaba su amiga, sin que nada lograse ahuyentarlos.

De día penetraban hasta dentro de la casa. Era una invasión, una plaga, un desastre. Los amos encontraban á cada momento en la escalera y hasta en sus mismas habitaciones, gozquecillos de rabo erguido, galgos, *bul-dogs*, perros vagabundos y enormes terranovas que asustaban á los niños.

Entonces aparecieron allí perros desconocidos en diez leguas á la redonda, llegados no se sabía de

dónde, que vivían sin saber cómo y se marchaban para no volver.

Francisco se había encariñado mucho con su perra. La llamaba Tuna *sin malicia, por más que mereciese tal nombre,* y repetía sin cesar: «Mi perra es una persona; sólo que no habla».

Le compró un collar magnífico de cuero rojo, mandando ponerle una chapa de cobre con esta inscripción: TUNA, *del cochero Francisco.*

La perra engordó atrozmente. Antes era en extremo delgada, y fué gorda en demasía, con el vientre hinchado, en el cual se columpiaban, como siempre, las tetas lacias. Había engordado de repente, y andaba con trabajo, despatarrada, igual que las personas obesas, con la boca siempre abierta para respirar, y fatigándose mucho en cuanto corría un poco.

También era singularmente fecunda y, apenas paría, estaba de nuevo preñada; cuatro veces al año, solía desembuchar una sarta de cachorros pertenecientes á todas las variedades de la raza canina. Francisco elegía uno para que, mamando algunos días, evitara dolores á su madre; y cogiendo todos los demás en su delantal de cuadra, sin compasión arrojábalos al río.

Pero la cocinera unió muy pronto sus quejas á

las del jardinero, pues encontraba perros hasta debajo de la hornilla, en la despensa, en la carbonera, comiéndose cuanto encontraban.

El señor mandó al cochero que se desprendiese de la Tuna. Francisco, desconsolado, procuró regalarla; pero como nadie la quiso, resolvió encargarle á un carretero que se la llevase y la soltara en el campo, al otro extremo de París.

La misma tarde, había vuelto la perra.

Fué preciso tomar una resolución decisiva. Mediante cinco francos, un conductor del ferrocarril se la llevaría, soltándola en el Havre.

A los tres días, la Tuna volvió á su cuadra, rendida, flacucha, miserable, deshecha.

El señor, compadecido, consintió que se quedase.

Pero al punto volvieron los machos, más numerosos y atrevidos que nunca. Una noche, habiendo invitados á comer en la casa, un alano vagabundo se apoderó de un capón trufado, en las mismas narices de la cocinera, la cual no se atrevió á disputárselo.

El señor ya no pudo contenerse, y llamando á Francisco le dijo con sequedad: «Si mañana, por la mañana, no tiras al río la perra, te despido. ¡Ya lo sabes!»

El cochero quedóse aterrado y subió á su habi-

tación para coger su baúl, prefiriendo renunciar á la casa que á la perra. Pero luego reflexionó que no podría entrar en ninguna parte llevando consigo aquel animalucho intolerable. Reflexionó que allí estaba satisfecho, bien comido y pagado con largueza; dedujo que una perra no merecía tal sacrificio, procuró animarse, atendiendo á su propio interés, y, por fin, resolvióse á tirar al agua su Tuna, en cuanto amaneciese.

Aquella noche durmió inquieto. Levantóse con el alba y, provisto de una cuerda resistente, fué á buscar la perra. La Tuna incorporóse despacio, sacudióse, desentumeció sus miembros y acarició á su amo.

Entonces á Francisco le faltó valor y quedóse indeciso, cogiendo cariñosamente á su perra, besándola, prodigándola cuantas palabras afectuosas conocía.

Pero en un reloj vecino dieron las seis. No era posible dejarse vencer; abrió la puerta y gritó «¡Vamos!». La Tuna movió el rabo, comprendiendo que iban á salir.

Llegaron á la orilla del río; el cochero buscó un remanso profundo. Ató un extremo de la cuerda al collar, y, cogiendo una piedra enorme, la sujetó bien al otro extremo. Luego, abrazándose á su

Tuna, la besaba furiosamente, como á una persona en una triste despedida. La estrechaba contra su pecho, la mecía, llamándola: «Hermosa Tuna, Tuna mía», y ella roncaba satisfecha.

Dos veces fué á echarla, pero le faltó ánimo.

Por fin, bruscamente se decidió, y la tiró con toda su fuerza, lo más lejos posible. La perra quiso nadar, como lo hacía cuando la bañaban; pero su cabeza, con el peso de la piedra, sumergíase poco á poco. Y el pobre animal fijaba en su dueño sus ojos aterrados y suplicantes, que parecían los de una persona que se ahoga.

Durante cinco minutos, algunas burbujas de aire conmovieron la superficie del agua, como si el río hirviese, y Francisco, atontado, enloquecido, con el corazón palpitante, creía ver á la Tuna retorciéndose. Una idea obsesionaba su inocente sencillez campesina: «¿Qué habrá pensado la perra de mí, en sus últimos instantes?»

Quedóse desde aquel día como idiota; estuvo un mes enfermo, y soñaba todas las noches con su perra, sintiendo que le lamía las manos y oyéndola ladrar. Fué preciso que le viese un médico. Por fin mejoró, y sus amos, á últimos de Junio, para que se repusiese, le hicieron ir á su cortijo de Biessard, cerca de Rouen.

Como el cortijo estaba también á la orilla del Sena, Francisco decidióse á tomar baños. Iba todas las mañanas con el mozo de cuadra, y atravesaban el río á nado.

Un día, mientras se divertían chapoteando en el agua, el cochero gritó de repente á su amigo:

—¡Mira lo que se acerca! Voy á obsequiarte con un buen bocado.

Era una carroña enorme, hinchada, pelada, que avanzaba con las patas al aire, arrastrada por la corriente.

Francisco se acercó braceando, siguiendo con sus chistes.

—¡Demonio! ¡Qué hallazgo! Muy fresca no estará, pero tampoco está flaca.

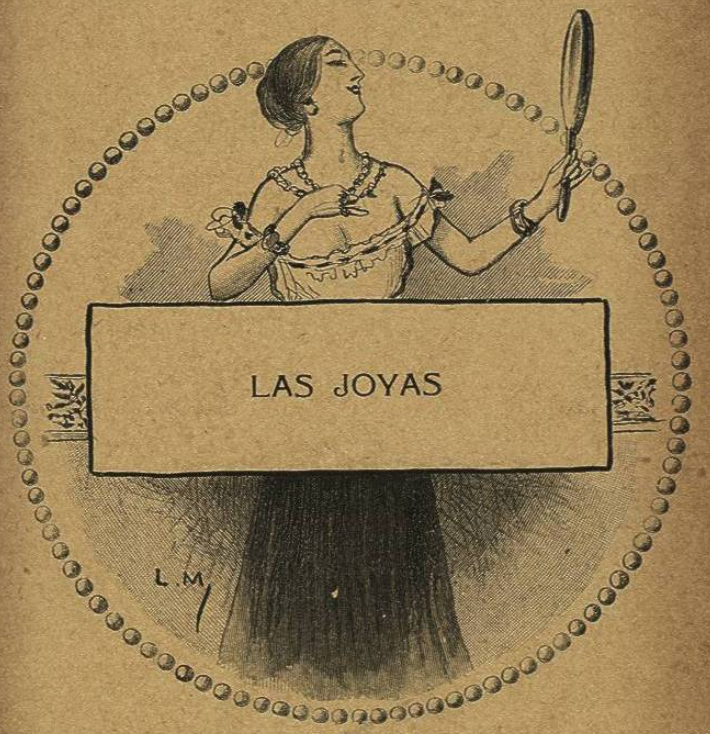
Iba dando vueltas alrededor de la carroña, manteniéndose á distancia para no sentir su podredumbre.

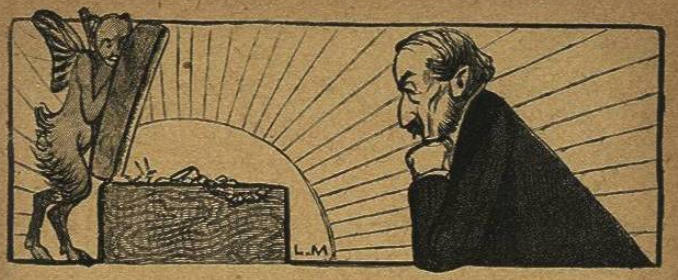
De repente callóse, mirándola con singular atención; luego se acercó, hasta casi tocarla; examinaba fijamente el collar, y, por último, alargó el brazo, agarróse al cuello, y haciendo girar la carroña, leyó en el cobre enmohecido que seguía clavado al collar: TUNA, *del cochero Francisco*.

¡La perra muerta encontraba á su amo á sesenta leguas de su casa!

Francisco lanzó un grito espantoso, volviendo á nado, precipitadamente, hacia la orilla; daba horribles voces y, al llegar á tierra, huyó á través del campo, completamente desnudo.

¡Se había vuelto loco!


LAS JOYAS
L.M



LAS JOYAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

La conoció el señor Lantin en una reunión que hubo en casa del subjefe de su oficina, y el amor envolvióle como una red.

Era hija de un recaudador de contribuciones de provincia, muerto años atrás, y había ido á París con su madre, la cual frecuentaba el trato de algunas familias burguesas de su barrio, con la esperanza de casarla.

Dos mujeres pobres y honradas, amables y tranquilas. La muchacha, modelo de mujer honesta, como la soñaría un joven prudente para confiarle su porvenir. Su hermosura plácida ofrecía un encanto

angelical de pudor, y la imperceptible sonrisa que no se borraba de sus labios, parecía un reflejo de su alma.

Todo el mundo cantaba sus alabanzas; cuantos la conocieron repetían sin cesar: «Dichoso el que se la lleve; no podría encontrar cosa mejor.»

Lantin, entonces oficial primero de negociado en el ministerio del Interior, con tres mil quinientos francos anuales, la pidió por esposa y se casó con ella.

Fué verdaderamente feliz. Su mujer administraba la casa con tan oportuna economía, que aparentaban vivir hasta con lujo. Ella prodigó á su marido todo género de atenciones, delicadezas y mimos; era tan grande su encanto, que, á los seis años de haberla conocido, la quería más aún que al principio.

Solamente le desagradaba que se aficionase con exceso al teatro y á las joyas falsas.

Sus amigas, algunas mujeres de modestos empleados, la regalaban con frecuencia localidades para ver obras aplaudidas y hasta para algún estreno, y ella compartía esas diversiones con su marido, al cual fatigaban horriblemente, después de un día de trabajo. Por fin, para librarse de trasnochar, la rogó que fuera con alguna señora conocida, que pudiese acompañarla cuando acabase la función. Ella

tardó mucho en ceder, juzgando inconveniente la proposición de su marido; pero al cabo decidióse á complacerle, y él se alegró muchísimo

Su afición al teatro, despertó bien pronto en ella el deseo de adornarse. Su tocado era siempre muy sencillo, de buen gusto y modesto; su gracia encantadora, su gracia irresistible, suave, sonriente, adquiría mayor atractivo con la sencillez de sus trajes; pero tomó la costumbre de prender en sus orejas dos trozos de vidrio tallados como brillantes, y llevaba también collares de perlas falsas, pulseras de similor, y peinetas adornadas con cristales de colores que imitaban piedras finas.

Disgustado por aquella inconveniente afición á la quincalla, le decía con frecuencia su marido: «Hijita, la que no puede comprar joyas verdaderas, no debe lucir más adornos que la belleza y la gracia, que son las mejores joyas.

Pero ella, sonriendo dulcemente, contestaba: «¿Qué quieres?, me gusta, es un vicio; ya sé que tienes razón; pero no puedo contenerme, no puedo; ¡me gustan mucho las alhajas!»

Y hacía rodar entre sus dedos los collares de perlas, hacía brillar, deslumbradores, los cristales tallados, mientras repetía: «Observa qué bien hechos están; parecen finos.»

El sonreía, diciendo: «Tienes gustos de gitana.»

Algunas veces, por la noche, mientras estaban solos junto á la chimenea, sobre la mesita donde tomaban el te, colocaba ella la caja de tafilete donde guardaba la «quincalla», según expresión de Lantin, y examinaba las joyas con atención, apasionándose como si gozase un placer secreto y profundo; se obstinaba en poner un collar á su marido para echarse á reir, exclamando: «¡Qué mono estás!» Luego, arrojándose á sus brazos, le besaba locamente.

Una noche de invierno, al salir de la Opera, sintió un estremecimiento de frío. Por la mañana tuvo tos, y ocho días más tarde, murió de una pulmonía.

Lantin afectóse de tal modo, que á poco más también le entierran. Su desesperación fué tan grande, que sus cabellos encanecieron por completo en un mes. Lloraba día y noche, con el alma desgarrada por un dolor intolerable, acosado por los recuerdos, por la voz, por la sonrisa, por el perdido encanto de su muerta.

El tiempo no calmaba su amargura. Muchas veces, en las horas de oficina, mientras sus compañeros se agrupaban para comentar los sucesos del día, se le hinchaban de pronto los carrillos, se le arru-

gaba la nariz, se le llenaban de agua los ojos, y, haciendo una mueca triste, comenzaba á sollozar.

Había guardado intacta la habitación de su compañera, y encerrábase allí, diariamente, para pensar en la que fué su delicia; todos los muebles, y hasta sus trajes, continuaban en el mismo lugar, como ella los dejó.

Pero la vida se le hizo dificultosa. El sueldo, que manejado por su mujer, bastó para todas las necesidades de la casa, era insuficiente para él solo, y preguntábase con estupor, cómo se arreglaba ella para darle vinos excelentes y manjares delicados que ya no era posible adquirir con sus modestos recursos.

Contrajo algunas deudas, y, al fin, una mañana, ocho días antes de acabar el mes, faltándole dinero para todo, pensó vender algo, y acaso por ser lo que le había producido algún disgusto, resolvió desprenderse de la «quincalla», guardándole aún cierto rencor, porque su vista le amargaba un poco el recuerdo suave de su muerta.

Rebuscó entre las muchas alhajas de su esposa—la cual hasta los últimos días de su vida estuvo comprando, adquiriendo casi cada tarde una joya nueva—, y por fin se decidió por un hermoso collar de perlas que podía valer muy bien—á juicio de

Lantin—diez y seis ó diez y siete francos, pues era muy primoroso, á pesar de ser falso.

Se lo metió en el bolsillo, y de camino para el Ministerio, siguiendo los bulevares, buscó una joyería cualquiera.

Entró en una, bastante avergonzado de mostrar así su miseria yendo á vender una cosa de tan poco precio.

—Caballero—dijo al comerciante—, quisiera saber lo que puede valer esto.

El joyero tomó el collar, lo examinó, le dió vueltas, lo tanteó, cogió una lupa, llamó al dependiente, le hizo algunas indicaciones en voz baja, puso la joya sobre el mostrador y la miró de lejos para observar el efecto.

Lantin, molestado por aquellas prevenciones, disponíase á exclamar: «¡Oh!, ya sé que no vale nada», cuando el comerciante dijo:

—Caballero, esto vale de doce á quince mil francos; pero no puedo adquirirlo sin conocer su procedencia.

El viudo abrió unos ojos enormes, y quedóse con la boca abierta. Por fin balbuceó:

—¿Está usted seguro?...

El otro, atribuyendo á otra causa la sorpresa, añadió secamente:

—Puede ver si alguien se lo paga más; para mí vale sólo quince mil francos.

Lantin, completamente idiota, recogió el collar y se fué, obedeciendo á un deseo confuso de reflexionar á solas.

Pero en cuanto se vió en la calle, á poco suelta

la risa, pensando: «¡Imbécil! ¡Imbécil! Si le hubiese cogido la palabra... ¡Vaya un joyero, que no sabe distinguir lo bueno de lo falso!

Y entró en otra joyería de la calle de la Paz. En cuanto vió la joya el comerciante, dijo:

—¡Ah!, caramba; conozco muy bien este collar; ha salido de mi casa.

Lantin, desconcertado, preguntó:

—¿Cuánto vale?

—Caballero: yo lo vendí por veinticinco mil francos, y se lo tomaré á usted por diez y ocho mil, cuando me indique, para cumplir las prescripciones legales, cómo ha llegado á su poder.

Esta vez el pobre hombre tuvo que sentarse, anonadado por la sorpresa, insistiendo:

—Examínelo..: examínelo usted detenidamente; ¿no es falso?

El joyero añadió:

—¿Quiere usted darme su nombre, caballero?

—Sí, señor; me llamo Lantin; estoy empleado en el Ministerio del Interior, y vivo en la calle de los Mártires, 16.

El comerciante abrió sus libros, buscó y dijo:

—Este collar fué enviado, en efecto, á la señora de Lantin, calle de los Mártires, 16, en Julio de 1878.

Los dos hombres se miraron fijamente; el empleado estúpido por la sorpresa; el joyero creyendo habérselas con un ladrón.

El comerciante dijo:

—¿Accede á depositar esta joya en mi casa durante veinticuatro horas nada más, y mediante recibo?

Lantin balbuceó:

—Sí, sí; ya lo creo.

Y salió doblando el papel, que guardó en un bolsillo.

Luego cruzó la calle; anduvo hasta notar que había equivocado su camino, volvió hacia las Tullerías, pasó el Sena, vió que se equivocaba de nuevo, y retrocedió hasta los Campos Elíseos, sin ninguna idea clara. Esforzábase, queriendo razonar, comprender. Su esposa no pudo adquirir un objeto de tanto valor... De ningún modo... Luego ¡era un regalo! ¡Un regalo! Y, ¿de quién?¿Por qué?

Se detuvo y quedó inmóvil en medio del paseo. La horrible duda le asaltó... ¿Ella?... ¡Y todas las demás joyas también serían regalos! Parecióle que la tierra temblaba, que un árbol se le venía encima, y, tendiendo los brazos, desplomóse.

Recobró el sentido en una farmacia donde los transeuntes que le recogieron le llevaron. Hízose acompañar á su casa y no quiso ver á nadie.

Hasta la noche lloró desesperadamente, mordiendo el pañuelo para no gritar. Luego se fué á la cama rendido por la fatiga y la tristeza, y durmió con sueño pesado.

Despertóle un rayo de sol, y se levantó, vistiéndose despacio para ir á la oficina. Era muy duro

trabajar después de semejantes emociones. Reflexionó que podía excusarse con su jefe, y le puso una carta. Luego pensó que debía ir á la joyería y le ruborizó la vergüenza. Quedóse largo rato meditabundo; no era posible que se quedara el collar sin recoger. Vistióse y salió.

Hacía buen tiempo; el cielo azul, alegrando la ciudad, parecía sonreir. Dos transeuntes ociosos, andaban sin rumbo, lentamente, con las manos en los bolsillos.

Lantin pensó, al verlos: «Dichoso el que tiene una fortuna. Con el dinero pueden sacudirse todas las tristezas; uno va donde quiere, viaja, se distrae!... ¡Oh! ¡Si yo fuese rico!»

Sintió hambre, no habiendo comido desde la antevíspera. Pero no llevaba dinero, y volvió á preocuparse del collar. ¡Diez y ocho mil francos! ¡Diez y ocho mil francos!... ¡Era un buen pico!

Llegó á la calle de la Paz y comenzó á pasearse arriba y abajo, por la acera, frente á la joyería. ¡Diez y ocho mil francos! Veinte veces fué á entrar, siempre se detuvo avergonzado.

Pero tenía hambre, un hambre atroz, y ningún dinero. Por fin se decidió bruscamente, atravesó la calle, y corriendo, para no darse tiempo de reflexionar, se precipitó en la joyería.

El dueño apresuróse á ofrecerle una silla, sonriendo con finura. Los dependientes miraban á Lantin de reojo procurando contener la risa que les retozaba en el cuerpo.

El joyero dijo:

—Caballero, me informé ya, y si usted acepta mi proposición, puedo entregarle ahora mismo el precio de la joya.

El empleado balbuceó:

—Sí, sí; eso.

El comerciante sacó de un cajón diez y ocho billetes de mil francos y los entregó á Lantin, que firmó un recibo y se los guardó en el bolsillo con mano temblorosa.

Cuando se iba ya, volvióse hacia el joyero, que sonreía, y le dijo, bajando los ojos:

—Tengo... aún... otras joyas que han llegado hasta mí por el mismo conducto. ¿Le convendría comprármelas?

El comerciante respondió:

—Sin duda, caballero.

Uno de los dependientes vióse obligado á salir de la tienda para soltar la carcajada; otro se sonó con fuerza, pero Lantin, impasible, colorado y grave, prosiguió:

—Voy á traérselas á usted.

Y tomó un coche para ir á buscar las joyas.

Al volver á la joyería, una hora después, no se había desayunado aún. Comenzaron á examinar los objetos, pieza por pieza, tasándolos uno á uno. Casi todos eran de la misma casa.

Lantin discutía ya los precios, aferrándose, y exigía que le mostraran los comprobantes de las facturas, hablando cada vez más recio, á medida que la suma aumentaba.

Los dos solitarios de las orejas valían veinticinco mil francos; los broches, sortijas y medallones, diez y seis mil; un aderezo de esmeraldas y zafiros, catorce mil; las pulseras, treinta y cinco mil; un solitario, colgante de una cadena de oro, cuarenta mil; y ascendía todo á ciento noventa y seis mil francos.

El comerciante dijo con sorna:

—Esto es de alguien que debió emplear sus economías en joyas.

El empleado repuso gravemente:

—Cada cual emplea sus ahorros á su gusto.

Y se fué, habiendo convenido con el joyero que, al día siguiente, comprobarían la tasación.

Cuando estuvo en la calle, miró la columna Vendome, y sintió deseos de gatear en ella como si le pareciese un mástil de cucaña. Sentíase ligero, con

ánimos para saltar por encima de la estatua del Emperador, puesta en lo alto.

Almorzó en el restaurant más lujoso y bebió vino de á veinte francos botella.

Después tomó un coche para que le llevase al

paseo, y miraba despreciativamente á los transeuntes, con ganas de gritar: «¡Soy rico! ¡Tengo doscientos mil francos!»

Acordóse de su oficina, y se hizo conducir al Ministerio. Entró en el despacho de su jefe, y le dijo con desenvoltura:

—Vengo á presentar mi dimisión, porque acabo

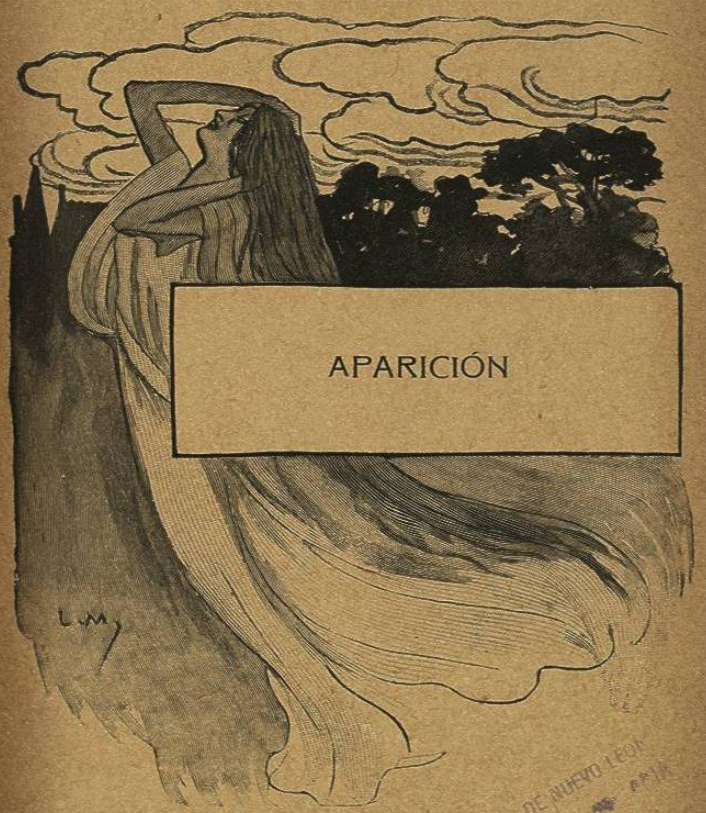
de tener una herencia de trescientos mil francos.

Luego fué á estrechar la mano de sus compañeros, y les dió cuenta de sus nuevos planes de vida. Por la noche comió en el café Inglés, lo más caro.

Viendo junto á él á un caballero, que le pareció distinguido, no pudo resistir la tentación de referirle, con mucha complacencia, que acababa de here dar cuatrocientos mil francos.

Por primera vez en su vida no se aburrió en el teatro, y pasó la noche con una moza.

Se volvió á casar al medio año. La segunda mujer—verdaderamente honrada—tenía un carácter insoportable, y le hizo sufrir lo indecible.



APARICIÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS
Av. Alfonso Reyes 4800
MONTERREY, MEXICO

APARICION

A última hora de la velada, en una residencia suntuosa y antigua de la calle de Grenelle, hablóse de secuestros con motivo de un reciente pròceso, y cada cual refería una historia que aseguraba ser verdadera.

El marqués de la Tour-Samuel, anciano de ochenta y dos años, levantóse, y reclinándose, con un codo apoyado en la chimenea, dijo alzando la voz, algo temblona:

—Yo sé también un episodio raro, tan raro que ha sido la obsesión de toda mi vida. Cincuenta y seis años hace ya que me ocurrió semejante aven-

tura, y no pasa un mes desde tan larga fecha, sin que se me reproduzca en sueños. Me ha dejado una impresión, un vestigio de miedo imborrable. Me obsesionó durante diez minutos un espanto indecible y desde aquél día siento constante zozobra. Los ruidos inesperados me hacen estremecer; los objetos que se me ofrecen borrosos en la sombra del crepúsculo, me inspiran frenéticas ansias de huir; en una palabra: me asusta la obscuridad.

¡Oh! No habría confesado esto antes de llegar á la vejez: ahora ya no me avergüenza decirlo; no es deshonroso, á los ochenta y dos años, temer peligros imaginarios; ante los peligros reales no he retrocedido nunca, señoras, nunca.

Esa historia, trastornó mi espíritu de tal modo, dejó en todo mi ser una turbación tan grande, tan misteriosa y terrible, que no he querido referirla jamás. La tuve oculta en el rincón donde guardamos los secretos tristes ó vergonzosos, todas las debilidades que padecimos en nuestra existencia.

Voy á contarles mi aventura tal como sucedió, sin tratar de razonarla. Y bien pudiera, pues no creo haber padecido una hora de locura; no estaba loco, y se lo probaré á ustedes. Juzguen como les plazca. Me limito á referir sencillamente los hechos.

En Julio de 1827, yo estaba de guarnición en Rouen.

Paseando una mañana por el muelle, creí reconocer á un hombre que pasaba, sin recordar fijamente quién era. Por un impulso instintivo, me detuve, y aquel hombre se arrojó en mis brazos.

Era un amigo de la juventud á quien yo quería mucho. No le había visto en cinco años, durante los cuales él envejeció medio siglo. Tenía los cabellos completamente blancos, iba encorvado, con apariencias de caduco y enfermo. Al notar mi sorpresa, me refirió su vida. Le había herido una terrible desgracia.

Enamorado locamente de una señorita, se había casado con ella, en un éxtasis de felicidad. Y al año de una dicha inextinguible, de pasión incesante, su mujer había muerto repentinamente, del corazón, asesinada, sin duda, por sus amores.

El mismo dia del entierro abandonó la residencia campestre donde fué tan dichoso, trasladándose á su casa de Rouen, y allí vivía solo, desesperado, roído por el dolor: tan triste, que pensaba en el suicidio á cada instante.

—Ya que nos encontramos inesperadamente—me dijo—voy á rogarte que me hagas el favor de ir á

donde fuí tan dichoso con ella, y recoger unos papeles que necesito. No puedo encargárselo á nadie más que á ti, porque la comisión es delicada: sólo se puede confiar á un verdadero amigo. Yo por nada en el mundo pisaré jamás aquellos lugares.

Llevarás las llaves de mi alcoba y de mi escritorio, que yo mismo cerré, y una carta para el jardinero que tiene las otras llaves. Almorzarás mañana conmigo y hablaremos del asunto.

Yo le prometí hacerle un servicio que al fin y al cabo se reducía para mí á un paseo á caballo. La residencia campestre de mi amigo, distaba sólo unas cinco leguas de Rouen.

Al día siguiente, á las diez, fuí á verle. Almorzamos juntos, pero él no pronunció ni veinte palabras. Me rogó que le dispensase, porque la idea de mi visita de registro á las habitaciones donde yacía su felicidad, le trastornaba. Estaba muy preocupado, inquieto, como si en su alma librase un misterioso combate.

Por último, explicó exactamente lo que yo había de hacer; y era bien sencillo: buscar dos paquetes de cartas y un rollo de papeles guardados en el primer cajón de la derecha del mueble, cuya llave me dió, añadiendo:

—Creo inútil rogarte que no leas nada.

Me sentí mortificado por aquel ruego, y se lo manifesté con viveza, pero él balbuceó:

—Perdona; ¡sufro espantosamente!

Y se puso á llorar.

A la una le dejé para cumplir su encargo.

Hacía un tiempo espléndido; al trote largo, atravesaba los prados, oyendo el canto de las alondras y el rítmico chocar de mi sable contra mi bota. Ya en el bosque, puse mi caballo al paso. Algunas ramas de los árboles me acariciaban el rostro, y apresaba entre los dientes una hoja que mordía con avidez, agitado por esas alegrías de vivir que nos envuelven, sin motivo, en una felicidad inmensa, incomprensible: una especie de borrachera vital.

Próximo á llegar, saqué del bolsillo la carta que me dió para el jardinero, y, con sorpresa, la vi cerrada. Me irritó de tal modo, que á punto estuve de volverme sin cumplir el encargo; pero luego pensé que revelaría una susceptibilidad de mal gusto con un verdadero amigo, que pudo muy bien cerrar el sobre inadvertidamente, anonadado como estaba.

Parecían gravitar sobre la casa veinte años de abandono. El portillo, abierto y apolillado; la hierba cubría los paseos; el césped, los mazizos, confundíanse, formando todo una masa verde.

Al ruido que hice dando puntapiés en una per-

siana del piso bajo, asomó un viejo, muy sorprendido al verme. Cuando me hube apeado, le dí la carta. El hombre la leyó, la releyó, se la pasó va-

rias veces de una mano á otra, me observó de pies á cabeza, y al fin, guardándosela en un bolsillo, preguntóme:

—¿Qué desea usted?

Yo contesté bruscamente:

—Ya lo sabe, puesto que recibe órdenes de su amo en ese papel. Necesito entrar en la casa.

El viejo pareció aterrarse, y dijo:

—¿De modo... que usted desea... entrar en la casa?

Impacientándome ya, respondí:

—¡Demonio! ¿Acaso pretende usted interrogarme?

—No, no señor—balbuceó—; pero es que... desde... aquella desgracia horrible, no se han abierto las habitaciones del señor. Si usted quiere aguardar cinco minutos iré... á ver si...

—Pero ¿usted se burla?—exclamé lleno de cólera—; ¿cómo podría usted entrar mientras yo no le diera la llave que traigo?

El hombre no supo qué responder.

—En ese caso, indicaré al señor el camino.

—Acompáñeme sólo hasta la escalera y retírese. Ya sabré orientarme.

—Pero... caballero... si...

Entonces me indigné de veras.

—Cállese, déjeme, obedezca ¡ó se lo diré de otro modo!

Le dí un empujón, atravesé la cocina y dos pequeñas habitaciones que ocupaban el jardinero y su mujer; luego un espacioso vestíbulo; subí la escalera, reconociendo al punto la puerta indicada por mi amigo.

Abrila fácilmente y entré.

El aposento estaba tan obscuro, que de pronto no advertí nada. Me detuve sobrecogido por el tufo

que desprenden las habitaciones abandonadas y cerradas. Luego, poco á poco, mis ojos fueron acostumbrándose á la obscuridad, y descubrí claramente un espacioso aposento desordenado, con un lecho sin sábanas que, en una de sus almohadas permitía ver la profunda huella de una cabeza ó de un brazo, como si alguien acabara de apoyarse.

Las sillas estaban en desorden, y observé que un postigo, de un armario tal vez, había quedado entreabierto.

Dirigíme á la ventana con idea de abrirla para tener más luz; pero los herrajes de los postigos hallábanse tan oxidados, que no pude moverlos. Probé de rajar la madera con el sable, pero todo fué inútil. Cansado ya de hacer esfuerzos, y acostumbrándome á la obscuridad, renunciando á ver más claro, me dirigí al escritorio.

Sentéme en un sillón, bajé la tapa y abrí el cajón indicado. Estaba completamente lleno; yo debía coger sólo tres paquetes, y sabiendo ya cómo distinguirlos, comencé á buscar.

Abría desmesuradamente los ojos para descifrar las inscripciones, cuando, de pronto, creí oir, ó más bien sentir, un roce á mi espalda. No puse gran atención en ello, creyendo que una corriente de aire habría hecho mover alguna cortina; pero al poco

rato sentí otro roce, imperceptible casi, que me produjo un ligero estremecimiento desagradable. Me parecía tan estúpido recelar, que ni quise volverme. Acababa de apartar el segundo paquete y veía ya el tercero, cuando un triste y profundo suspiro, resonando en el aposento, me hizo dar un salto, para retroceder. En mi turbación, puse la mano en el puño de mi sable; si no hubiese llevado armas, habría huído como un cobarde.

Una mujer esbelta, vestida de blanco, de pie, junto al sillón donde yo estuve sentado, me miraba.

Sentí en todo mi cuerpo tal sacudida, que poco me faltó para caer de espal-

das. ¡Oh! Nadie puede comprender, sin haberlos padecido, esos terrores horribles y estúpidos. El alma desfallece, no palpita el corazón, el cuerpo se ablanda como una esponja, se desquicia todo nuestro ser.

Yo no creo en los fantasmas y, sin embargo, me sentí poseído por un miedo terrible á los muertos, y padecí en unos instantes más que en todo el resto de mi vida, en la irresistible congoja de aquel sobrenatural espanto.

¡Si aquella mujer no hubiese hablado, yo tal vez habría muerto! Pero habló; habló con voz dulce y dolorosa que hacía vibrar los nervios. No me atrevo á decir que llegué á sentirme dueño de mí, oyéndola, y á recobrar la razón por completo, no; estaba desconcertado, aturdido, sin saber lo que hacía; pero mi arrogancia y el orgullo propio de mi carrera, me permitieron mostrarme digno; lo estuve sin duda para ella, fuese lo que fuese, mujer ó espectro. Me dí cuenta de todo mucho después, porque aseguro á ustedes que ante la inexplicable aparición, yo no reflexionaba: tenía miedo.

Ella me dijo:

—Caballero; ¡puede usted hacerme un favor muy grande!

Quise responder, pero no pude articular una palabra.

Ella prosiguió:

—¿Quiere usted servirme? Usted puede salvarme, puede remediarme! ¡Padezco atrozmente!

Sentóse, y seguía mirándome:

—¿Quiere usted servirme?

Yo dije que «sí» con la cabeza, pues aún tenía la voz paralizada.

Entonces ella me presentó un peine, murmurando:

—Péineme usted ¡oh! ¡péineme! así me aliviará. Necesito que me peinen. Mire usted mi cabeza... ¡Cuánto sufro! ¡Cuánto daño me hacen los cabellos!

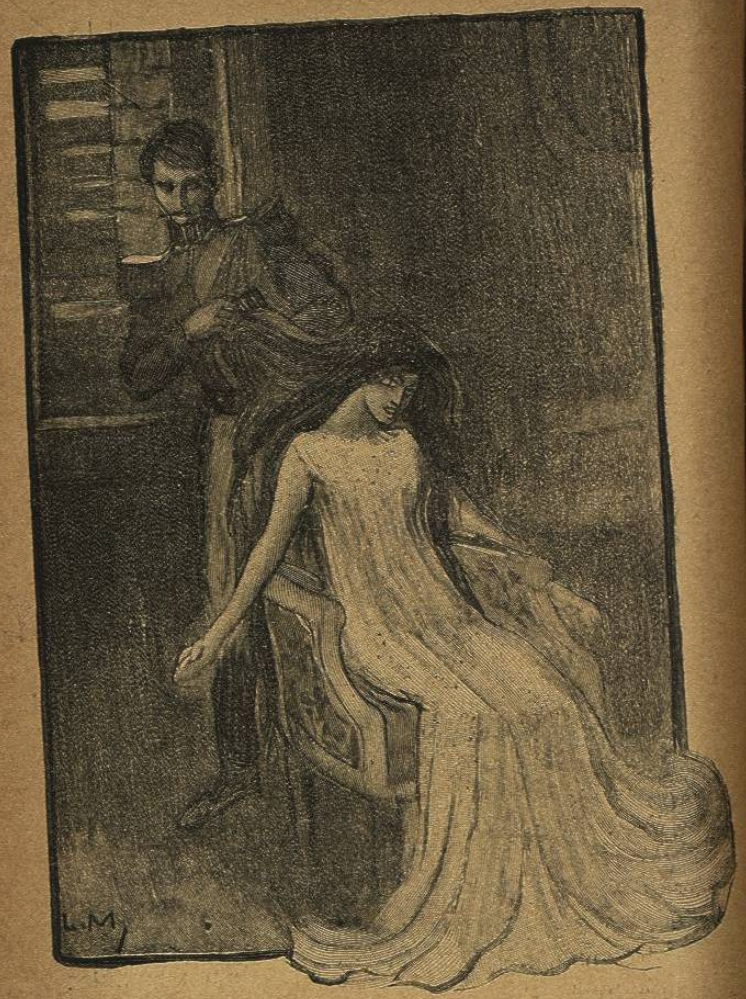
Y su cabellera larga, negra, cayó desprendida tras el respaldo del sillón, hasta el suelo.

¿Por qué tomé aquel peine temblando? ¿Por qué oprimí sus larguísimos cabellos, que me producían una terrible sensación de frío, como si hubiera empuñado un manojo de serpientes? Lo ignoro.

Aquella sensación quedó impresa de tal modo en mis dedos, que tiemblo aún al pensarlo.

La peiné, manejé no sé cómo, su cabellera de hielo, sujetándola, soltándola, retorciéndola, trenzándola como se trenzan las crines de un caballo. La mujer suspiraba, inclinando la cabeza; parecía dichosa.

De repente dijo: «Gracias», arrebató el peine de entre mis manos y huyó por el postigo que antes vi entreabierto.



Quedé solo. Durante un momento, sentí la confusa turbación que sentimos al despertar de una pesadilla. Luego, serenándome, acerquéme á la ventana y abrí las maderas, haciendo saltar los herrajes de un tirón furioso.

Entró una ola de luz; acerquéme al postigo por donde había desaparecido la mujer, y no cedió.

Sobrecogióme un ansia de huir, un pánico espantoso, el verdadero pánico de las derrotas. Cogí bruscamente los paquetes que habían quedado en el escritorio, crucé como un loco el aposento, salté los escalones de cuatro en cuatro, halléme fuera sin saber por dónde había salido; viendo mi caballo, monté de un brinco y partí al galope.

No paré hasta Ruen, frente á mi casa. Cogió la brida mi asistente y subí, encerrándome para reflexionar.

Durante una hora me pregunté ansiosamente si habría sido juguete de una triste alucinación. Seguramente había sufrido un incomprensible trastorno de los nervios, una de esas agitaciones cerebrales que hacen creíbles los milagros y á los que debe su poderío lo Sobrenatural.

Resolvíame á suponerlo todo alucinación, engaño de mis sentidos, cuando me acerqué á la ventana y, por casualidad, bajé los ojos hacia el pecho. ¡Mi dol-

mán estaba lleno de largos cabellos de mujer que se habían enredado en los botones! Cogílos uno á uno y los eché fuera, con los dedos temblorosos.

Luego llamé á mi asistente. Me sentía con exceso angustiado y turbado para ir de pronto á casa de mi amigo. Además quise reflexionar con mucha calma lo que le diría.

Envié los paquetes de las cartas, rogándole que diera recibo al soldado. Preguntó por mí, y al decirle que me hallaba indipuesto, porque había cogido una insolación, pareció inquietarse.

A la mañana siguiente fuí á su casa, resuelto á decirle toda la verdad, pero había salido la víspera y no había regresedo aún. Volví más tarde, y tampoco le hallé. Pasé una semana sin verle. No apareció más. Di parte al juzgado. Todas las investigaciones fueron inútiles. No aparecía, ni rastro siquiera.

Se hizo un minucioso registro en su residencia campestre abandonada; ningun indicio reveló que allí hubiesen escondido á una mujer.

No consiguiéndose resultado, se dieron por terminadas las diligencias.

Y después de cincuenta y seis años, como el primer día, no he podido averiguar nada.»

LA PUERTA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

¡Oh!—exclamó Carlos Massouligny—verdaderamente resulta complicado el asunto de los maridos complacientes. Yo los he conocido de todas clases y, sin embargo, no podría formar juicio de ninguno. Muchas veces he intentado saber si son ciegos, débiles ó perspicaces, y creo que los hay de las tres maneras.

Pasemos por alto á los ciegos; éstos, en rigor, no son complacientes, puesto que lo ignoran; son, á lo sumo, unos pobres borregos, que no ven más allá de sus narices.

Resulta muy curiosa y digna de notarse, la facilidad con que los hombres, y también las mujeres, se dejan engañar. Caemos en todos los la-

zos que nos ponen cuantos nos rodean, nuestros hijos, nuestros amigos, nuestra servidumbre. La humanidad es crédula; no nos preocupamos gran cosa de recelar, adivinar y descubrir los pensamientos de los demás, la solapada intención de las delicadezas, que nosotros mismos empleamos cuando queremos engañar á otro.

Los maridos perspicaces pueden subdividirse á su vez en tres categorías: Los interesados—por satisfacciones de dinero, de ambición, ó de cualquier otra clase—en que su mujer tenga uno ó varios amantes. Estos procuran sólo cubrir las apariencias y viven contentos.

Los que rabian. Podría escribirse acerca de los tales una interesantísima novela.

Y por último, los débiles, temerosos de un escándalo, de ir en lenguas.

Los hay también impotentes ó, mejor dicho, fatigados, que huyen de los goces conyugales por miedo á la ataxia ó á la apoplejía, y se resignan á ver cómo un amigo arrostra semejantes riesgos.

Yo conocí á un marido—ejemplar bastante raro—que se libraba del accidente común de una manera delicada y original.

Vivía en París un matrimonio elegante, distinguido, y muy bien relacionado. La mujer, frívola,

esbelta, delgada, pero de buenas formas, tenía fama de haber corrido algunas aventuras. Me agradó por su gracia y su agudeza, y creí que yo no le disgustaba. La distinguí mucho, con galanterías de buen género, que pagó ella con evidentes provocaciones. Pronto llegamos á las miradas ardientes, á los apretones de manos, á todas las complacencias que preceden al ataque decisivo.

Yo, sin embargo, dudaba. Opino, que la mayoría de las aventuras amorosas, no merecen las zozobras que nos cuentan y los compromisos que pueden acarrearnos. Comparaba yo, mentalmente, los gustos y los disgustos que podía esperar ó temer, cuando advertí los recelos del marido.

Una noche de baile, mientras me divertía requebrando á la señora, en un saloncito próximo á los salones donde bailaban, vi de

pronto, reflejado en un espejo, un rostro que nos observaba. Era él. Nuestras miradas se cruzaron. Le vi luego, en la imagen también, que volvía la cabeza para irse.

Y dije á la señora:

—Su esposo nos acecha.

Pareció asombrarse:

—¿Mi esposo?

—Nos mira sin cesar; con disimulo.

—Se lo ha parecido á usted.

—No; es de veras.

—Lo extraño, porque suele mostrarse muy afectuoso con mis amigos.

—Tal vez adivina que la quiero á usted.

—Aunque lo adivine. Otros me galantean, y él no hace caso. Todas las mujeres que frecuentan la sociedad tienen un ejército de admiradores.

—Pero no las quieren como yo la quiero á usted, apasionadamente.

—Aunque así sea, ¿usted supone que un marido adivina jamás?

—¿De manera que no es celoso?

—No..., no...

Y después de meditar unos instantes, añadió:

—Nunca he notado que fuese celoso.

—¿No desconfía de usted nunca... nunca?

—No... Ya le dije que se muestra muy afectuoso con mis amigos.

Desde aquel día la pretendí, asediándola constantemente; no porque la mujer me agradase más; lo que me decidía era la sospecha del marido, sus celos.

En cuanto á ella, la juzgaba fríamente y sin pasión. Tenía cierto encanto mundano; alegre, amable, animada, pero sin ninguna seducción real y profunda. Como he dicho antes, era frívola, completamente superficial, con una elegancia tumultuosa. No sé cómo decirlo: era... un decorado, no un hogar.

Un día que comí en su casa, me dijo el esposo al despedirme:

—Amigo (ya me daba ese nombre de tiempo atrás): pronto nos iremos al campo, donde nos agrada recibir á las personas que distinguimos. ¿Quiere usted honrarnos siendo nuestro huésped una temporada? Se lo agradeceremos infinito.

Asombróme su proposición, pero acepté.

A los pocos días, reuníme con ellos en sus posesiones de Vertcresson, en Turena.

Salieron á recibirme á la estación, que dista seis kilómetros de la finca. Eran tres: ella, el marido y otro caballero, el conde de Morterade, á quien me

presentaron, y que pareció muy satisfecho de conocerme. Las ideas más extrañas cruzaron mi cerebro mientras avanzaba el coche al trote largo de los caballos, por un precioso camino entre dos márgenes de verdura. Yo iba diciéndome: ¿Qué significará esto? Hay aquí un marido que indudablemente conoce mis amoríos con su mujer, y me invita, me recibe, me agasaja, y parece decir: «Vamos, compañero, ¡adelante!» Luego me presentan un caballero, todo un caballero, buen mozo, á fe mía, instalado ya en la casa y... que busca tal vez un pretexto para largarse, por lo cual festeja mucho mi llegada. ¿Es acaso un antecesor que desea el retiro? Puede muy bien suponerse; pero... ¿Estarán de acuerdo, tácitamente, los dos hombres, por uno de los ignominiosos pactos de conveniencia mutua, tan corrientes en sociedad? Y procuran, sin advertírmelo, soltar sobre mis hombros la carga, cederme sus oficios. Me tienden las manos, me tienden los brazos, me abren todas las puertas y todos los corazones. ¿Ella? Un enigma; no debe, no puede ignorar nada. ¿Sin embargo?... ¿sin embargo?... En fin, ¡que no lo comprendo!

La comida fué muy alegre y cordial. Después, el marido y el otro quedáronse jugando á los naipes, mientras yo salí á contemplar la luna desde la escalinata, con la señora. La cual parecía emocionada por la Naturaleza, y juzgué próximo el momento de mi felicidad. Aquella noche, verdaderamente, mi amiga estaba encantadora. En el campo me pareció más dulce, ó acaso más lánguida; su esbeltez lucía sobre la escalinata de mármol, junto á un jarrón monumental donde tendía su ramaje un arbusto. Y sentí deseos de conducirla bajo los árboles, y arrojarme á sus pies murmurando palabras amorosas.

Oyóse la voz de su marido que llamaba:

—¡Luisa!

—¿Qué quieres?

—No te olvides del te.

—Voy al punto.

Entramos, y Luisa nos sirvió el te.

Los dos hombres, acabando su partida, no acertaban á disimular el sueño; fué preciso retirarse á los dormitorios. Yo tardé mucho en dormirme y dormí mal.

Al día siguiente proyectamos una excursión para después de almorzar, y salimos en coche descubierto para ver unas ruinas.

Ella y yo íbamos en el testero, y frente por frente, iban sentados el marido y el otro.

Hablábamos con vivacidad, con simpatía y con-

fianza. No tengo padres ni hermanos, y me pareció que había encontrado á mi verdadera familia.

De pronto, habiendo avanzado ella el pie entre las piernas de su marido, éste le dijo en son de reproche:

—Luisa: te ruego que no vuelvas á ponerte unos zapatos como esos. Debes presentarte con la misma pulcritud y no establecer tales diferencias entre París y el campo.

Bajé los ojos. Llevaba, efectivamente, unos zapatos viejos y de tacones torcidos; vi además sus medias algo arrugadas.

Ella se ruborizó, escondiendo el pie bajo la falda. El amigo contemplaba el paisaje lejano, indiferente á todo.

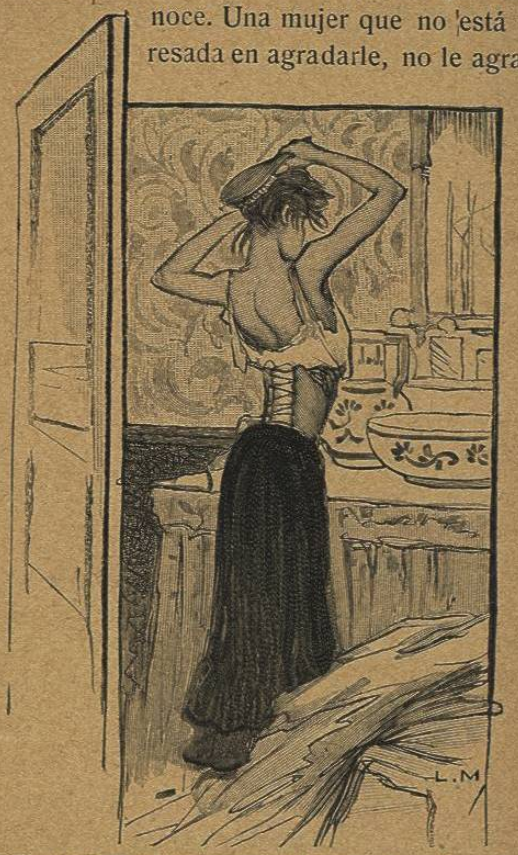
El marido me ofreció un cigarrillo y lo acepté.

Durante muchos días me fué imposible estar ni dos minutos á solas con ella, pues él nos acompañaba constantemente á todas partes, mostrándose muy afectuoso conmigo.

Una mañana que subió á mi cuarto para invitarme á dar un paseo, antes de almorzar, hablamos de matrimonio. Yo hice algunas frases acerca de la soledad, y otras acerca de la existencia compartida, endulzada por la ternura de una mujer.

El me interrumpió bruscamente, para decirme:

— Amigo mío, no hable usted de lo que desconoce. Una mujer que no está interesada en agradarle, no le agradará



largo tiempo. Todas las artes de seducción á recurren mientras nos conquistan, se desvanecen

por completo en cuanto ellas logran lo que se proponen. Además, las mujeres honradas..., las mujeres propias..., nuestras mujeres... no son..., es decir, son..., les falta... En fin, desconocen los recursos de su oficio amoroso... Eso es... Yo me entiendo.

No dijo más, y no pude comprender claramente su idea.

Dos días después de aquella entrevista, me hizo ir á su gabinete, por la mañana, para enseñarme una colección de grabados.

Sentado en una butaca, frente á la puerta que separaba sus habitaciones de las de su mujer, percibía yo rumores de faldas, pasos, movimientos, y, sin preocuparme de los grabados, murmuraba:

—¡Precioso!, ¡magnífico!, ¡magnífico!

De pronto, él exclamó:

—¡Ah! Tengo una verdadera maravilla. Voy á buscarla.

Y precipitándose hacia la puerta, empujó, abriendo las dos hojas de par en par, como si buscara un efecto escénico.

En su habitación desordenada, entre vestidos, blusas y peinadores tirados por el suelo, enjuta, despeinada, en corsé, con una rota y descolorida enagua de seda pendiente de su talle desmedrado,

la vi frente á un espejo cepillando su cabello rubio, pobre y lacio.

Sus brazos formaban dos ángulos agudos, y como se volvió hacia la puerta sorprendida y asustada, pude contar á través de la camisa ordinaria, los huesos de un armazón que se cubría de algodones para fingir las formas en público.

El marido retrocedió al punto, cerrando la puerta de prisa y diciendo, con el semblante afligido:

—¡Qué torpe soy! ¡Qué imbécil! Nunca me perdonará mi mujer ese descuido imprudente.

Yo estuve á punto de manifestarle mi agradecimiento.

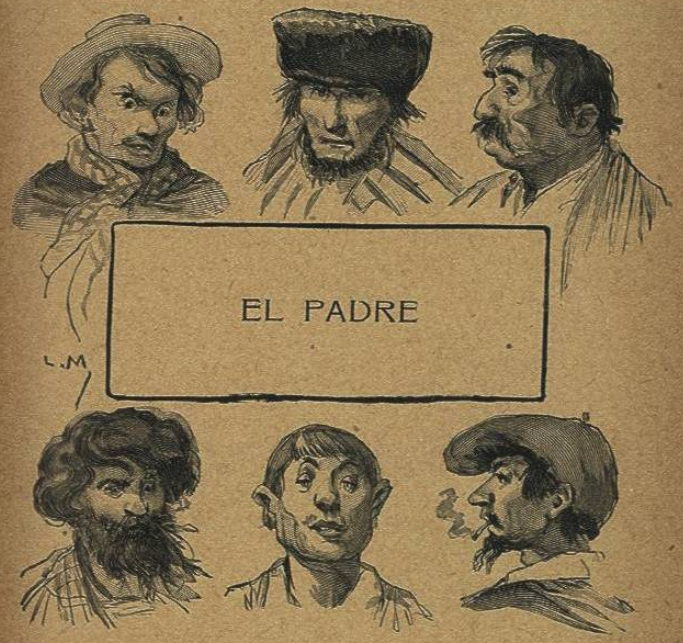
A los tres días, me fuí, dando un fuerte apretón á los dos hombres, y besando la mano de la señora, que me despidió con frialdad.

. . . . . .

Carlos Massouligny había concluído; pero alguien le preguntó:

—Y el caballero acompañante, ¿qué representaba?

—Lo ignoro... Sin embargo..., sin embargo, me pareció que le desolaba mi huída...



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

EL PADRE

JUAN de Valnoix es un amigo á quien voy á ver de cuando en cuando. Habita una pequeña finca de su propiedad, á la orilla de un río, en un bosque, á donde se retiró después de vivir en París locamente durante quince años. De pronto se cansó de las diversiones, de los banquetes, de los hombres, de las mujeres, del juego, de todo; y se fué á vegetar en aquella finca, en la cual había nacido.

Somos tres ó cuatro los que solemos ir, de cuando en cuando, á pasar quince días ó tres semanas con él. Nos recibe alegremente, por el gusto de volver á vernos, y nos despide con alegría, por el placer de quedarse de nuevo solo.

Pues bien, la semana última fuí á su casa y me recibió con los brazos abiertos. Pasábamos las horas ya juntos, ya separados. Por lo regular, él estaba el día leyendo, yo trabajando; y hablábamos desde la hora de comer hasta media noche.

El martes último, después de una tarde calurosa y asfixiante, nos hallábamos los dos, á las nueve de la noche, á la orilla del río, viendo correr el agu junto á nuestros pies y cambiando superficiales impresiones referentes á las estrellas, que se bañaban en la corriente como si nadaran á nuestra vista. Yo me conmovía contemplando la moribunda estrella de la Osa Mayor, que aparece sólo en las noches muy claras, por su extremada palidez, desapareciendo cuando el cielo está brumoso. Pensábamos en los seres que pueblan esos mundos, en sus formas inconcebibles, en sus facultades no imaginadas, en sus organimos ignorados, en animales, en vegetales en todas las especies, en todos los reinos, en toda las esencias, en todos los elementos que la imaginación del hombre no alcanza ni á entrever.

Oímos de pronto una voz lejana que decía:

—¡Señor! ¡señor!

Juan contestó:

—¡Aquí estamos! ¡Bautista!

Llegó el criado, y dijo:

—Es la gitana del señor.

Mi amigo se puso á reir con toda su alma, cosa en él poco frecuente, y preguntó:

—¿De modo que ya estamos á 19 de Julio?

—Sí, señor.

—Bueno; dile que me aguarde y dadla de cenar. Dentro de diez minutos iremos allá.

Cuando el criado se fué, mi amigo se colgó á mi brazo y dijo:

—Andemos despacio y te contaré una historia:

«El año de llegada, y hace ya siete que vivo aquí, salí una noche á dar un paseo por el bosque. Hacía un tiempo hermoso, como ahora; yo andaba lentamente bajo los frondosos árboles, contemplando las estrellas á través del follaje, respirando y absorbiendo con fruición el aire fresco y la tranquilidad nocturna.

Acababa de ausentarme de París para siempre. Hallábame todo lo cansado, todo lo hastiado que puede hallarse un hombre, de las estupideces, de las torpezas, de las obscenidades que había visto y en las que había tomado parte durante quince años.

Me alejaba mucho, mucho, atravesando la espesura del bosque por el hondo camino de Crowville, pueblo situado á doce kilómetros de mi finca.

De repente, mi perro, un terranova enorme que

no se aparta nunca de mí, se detuvo y comenzó á rezongar. Creyendo que olisqueaba un zorro, un lobo, un jabalí, avancé despacio, de puntillas, para no hacer ningún ruido; pero de pronto, llegaron á mi oído ecos de voces humanas, gritos lastimeros, ahogados y desgarradores. Seguramente se cometía un asesinato entre las malezas y acudí corriendo, empuñando fuertemente un grueso garrote de encina que me servía de apoyo, una verdadera maza.

Siguiendo la dirección que me indicaban los gemidos, los oía más cerca, pero extrañamente apagados. Habríase dicho que salían de una casa, tal vez de la choza de un carbonero. El terranova iba delante de mí, corriendo, parándose, volviendo á correr, excitadísimo, gruñendo sin cesar. De pronto, un perrazo negro con los ojos encendidos, nos cerró el paso, y distinguí claramente sus colmillos blancos, como si brillasen dentro de su boca.

Fuí hacia él enarbolando el garrote; pero mi terranova le acometió sin darme tiempo de llegar, y las dos bestias rodaron por tierra luchando furiosamente. Tropecé con un caballo tumbado en el camino y al detenerme, sorprendido, para examinar al animal, vi ante mí un coche ó más bien una casa con ruedas, como los usan los titiriteros y

los mercaderes ambulantes que recorren los pueblos, de feria en feria.

De allí salían los gritos, horrorosos, insistentes. La puerta estaba del otro lado, en la trasera del coche; pasé y subí de un salto el estribo triple de madera, dispuesto á lanzarme contra el malhechor.

Lo que vi, parecióme tan extraño, que de pronto no pude comprenderlo. Vi á un hombre de rodillas, como si rezara, y en el camastro embutido en aquel cajón, vi algo confuso, movible, como un cuerpo humano, medio desnudo, encogido, arrollado, con el rostro cubierto, revolviéndose, agitándose, chillando.

Era una mujer con dolores de parto.

Cuando comprendí qué género de accidente producía lamentaciones tales, hice notar mi presencia, y el hombre, con aspecto de marsellés, aturdido, me rogó que la salvara, que la salvara, prometiéndome con una lluvia de frases, un agradecimiento inverosímil. En mi vida había presenciado un parto; jamás ayudé á hembra ninguna, mujer, perra ó gata en esos trances, y así lo dije, mientras contemplaba con asombro á la infeliz que seguía desgañitándose y retorciéndose como una endemoniada en su camastro.

Cuando hube recobrado mi serenidad, pregunté

al hombre aturdido, por qué no seguían hasta el próximo pueblo. El caballo, cayendo en un bache, debió romperse una pata, pues no podía levantarse.

—Vaya, hombre —le dije—; ahora entre los dos podemos arrastrar el coche hasta mi casa.

Pero los aullidos de los perros nos obligaron á salir, y fué preciso separarlos á garrotazos.

Luego se me ocurrió engancharlos á las varas para que nos ayudasen también, uno á la derecha y otro á la izquierda.

En diez minutos quedó todo arreglado, y el coche se puso en marcha lentamente, y cada tumbo que dábamos en las rodadas profundas, era un martirio para la pobre mujer dolorida.

¡Qué jornada! Ibamos jadeantes, hipando, sudando, resbalando, tropezando y cayendo á veces, mientras los pobres perros fatigados, resoplaban, como dos fuelles de fragua, entre nuestras piernas.

Necesitamos tres horas para llegar á la finca. Cuando llegábamos á la puerta, ya no se oían lamentos en el coche. La madre y la criatura se hallaban perfectamente.

Los acostaron en una buena cama; luego dispuse que salieran á buscar un médico, mientras el marsellés, tranquilo, satisfecho, triunfante, comía

bárbaramente, hasta reventar, emborrachándose para celebrar el fausto acontecimiento.

Había nacido una niña.

Los tuve tres días en mi casa. La madre, se llamaba Edelmira, y era una sonámbula extralúcida, que me auguró una existencia interminable y dichas á porrillo.

Al cumplirse un año, día por día, mientras yo fumaba tranquilamente un cigarro, después de comer, entró mi criado y me dijo:

—Ahí está la gitana, que viene á dar las gracias al señor.

Mandé que la dejasen pasar y quedéme asombrado viéndola en compañía de un mocetón alto y rubio, un tipo del Norte que, después de saludarme, tomó la palabra como jefe de la pandilla.

Hallábase al tanto de lo que yo hice por Edelmira, y no quiso que pasara el aniversario sin ir á saludarme y ofrecerme un testimonio de su agradecimiento.

Mandé que les dieran de cenar en la cocina y durmieron en mi casa aquella noche; al día siguiente se marcharon. Pero la pobre mujer, vuelve todos los años en la misma fecha, con su hija, una criatura encantadora, y cada vez trae un... compañero distinto.

Sólo un auvernés, que me dió las gracias, como todos, presentóse dos años consecutivos. La niña llama papá, sucesivamente, á todos.»

Llegábamos ya, y distinguimos, vagamente, de pie, junto á la escalera, tres sombras que nos aguardaban.

La sombra mayor, adelantándose cuatro pasos, y después de hacer una profunda reverencia, dijo:

—Señor conde; venimos en esta fecha para ofrecerle un testimonio de nuestro agradecimiento...

¡Era un belga!

Después habló la pequeña, con el tonillo estudiado que las criaturas emplean para recitar una felicitación.

Yo, como si no hubiese advertido nada, estuve hablando un poco á Edelmira, y acabé preguntándola:

—¿Es el padre de la niña?

—¡Oh! no, señor.

—El padre, ¿ha muerto?

—No, señor; vive y nos vemos alguna vez que otra. Es gendarme.

– ¡Ah! ¡Vaya! ¿De modo que no es el marsellés, el primero que yo conocí?

—No, señor. Aquél era un granuja que me robó todo el dinero.

—Y el gendarme, ¿conoce á su hija?

—¡Oh! Sí, señor; y la quiere muchísimo; pero no puede ocuparse de la niña porque tiene otros hijos con su mujer.

EL CRIMEN DEL MAESTRO

CONTINUABAN hablando aún de Pranzini, de sus fechorías, y el señor Maloureau, que había sido fiscal del Supremo, en tiempo de Napoleón III, dijo:

—Yo intervine, hace ya muchos años, en un proceso interesante y curioso por muchos conceptos, como verán ustedes.

Era yo fiscal de Audiencia territorial, y muy bien quisto, gracias á la posición de mi padre, presidente de Audiencia en París, cuando tuve que intervenir en un proceso que se hizo famoso: lo llamaban *El crimen del maestro*.

El señor Moirón, maestro elemental, hallábase

muy bien reputado en toda la comarca. Hombre inteligente, reflexivo, muy religioso y algo taciturno, se había casado en el pueblo de Boislinot, donde tenía su escuela. Fué padre de tres hijos y los tres murieron sucesivamente de la misma enfermedad: la tisis. Aquella desgracia le hizo consagrar á la chiquillería que le fué confiada, toda la ternura de su corazón. De su dinero particular compraba juguetes para sus discípulos más aplicados, para los más juiciosos, para los más lindos; les daba de merendar, atracándolos de golosinas, pasteles y dulces.

Todas las familias ensalzaban la generosidad y la ternura del maestro, cuando, uno tras otro, cinco de sus discípulos murieron de un modo extraño. Atribuyóse á las malas condiciones del agua de los pozos, corrompidos por una duradera sequía; indagáronse otras causas, pero ninguna satisfactoria ni convincente; los niños presentaban síntomas cada vez más raros. Languidecían, perdiendo el apetito, quejándose de dolores en el vientre; pasaban así algún tiempo, y al fin morían desesperados por sufrimientos horribles.

El médico hizo la autopsia á la última víctima sin encontrar nada significativo. En un laboratorio de París hiciéronse los análisis de las entrañas, que no

revelaron la presencia de ninguna substancia venenosa.

Durante un año no hubo nuevos accidentes. Hasta que los dos alumnos predilectos de Moirón, fallecieron con un intervalo de cuatro días. Analizáronse con mucha escrupulosidad las entrañas, y se descubrieron en las de ambos fragmentos de vidrio machacado.

Se dedujo que las dos criaturas habrían tomado imprudentemente algún alimento descuidado; era bastante para ocasionar aquella desgracia beber un poco de leche de un jarro que se hubiera roto conteniéndola. Y allí acabara la información, si por aquellos días la sirviente de Moirón no padeciera la misma enfermedad. El médico advirtió en ella síntomas idénticos á los observados en los niños. Y al ser interrogada, confesó que había hurtado y comido confituras de las que guardaba el maestro para obsequiar á sus alumnos.

Por mandato judicial hízose un registro en la escuela, donde se descubrió un armario lleno de juguetes y golosinas para los niños. Casi todos aquellos comestibles contenían vidrio machacado y fragmentos de agujas.

Moirón fué detenido al punto, pero se mostró de tal manera sorprendido é indignado por los cargos

que se le hacían, que le dejaron otra vez libre. Pero los indicios de su culpabilidad combatían mis propias convicciones fundadas en su excelente reputación, en su vida entera y en lo inverosímil de un atentado semejante por una persona meritísima, sin motivos que pudieran justificarlo.

¿Cómo aquel hombre modesto, afable y religioso asesinaría sin piedad á las criaturas, precisamente á las que más prefería y á las que más acariciaba?

Para suponer eso había que suponer de antemano loco á Moirón, el cual se mostraba juicioso, tranquilo y muy razonable.

Se acumulaban pruebas. Hicimos analizar las confituras y los pasteles que se vendían en las tiendas donde compraba el maestro y no se halló nada sospechoso.

Entonces él se defendió, suponiendo que un enemigo ignorado pudo introducir en las golosinas el vidrio y las agujas para despistar á la justicia, logrando sus propósitos á mansalva. El verdadero autor del crimen, fué sin duda un labriego, que se apoderaría de una herencia por la muerte de un pobre niño. A ese malvado —añadía—, no le preocupó que otros infelices iban á morir también.

Esto era posible, y Moirón lo expresaba de tal modo, con tanta seguridad, con tal fuerza de razonamiento, que á pesar de todos los indicios, le hubiéramos absuelto, á no aparecer dos testimonios abrumadores.

Encontróse una petaca llena de vidrio machacado; su propia petaca, oculta en un escondrijo de su escritorio, donde tenía también el dinero.

Había conseguido explicar ese hallazgo de un modo aceptable, suponiéndolo una suprema astucia del criminal desconocido, cuando un tendero de Saint-Marlouf se presentó al juez, declarando que un hombre le había comprado varias veces agujas, pidiendo siempre de las más delgadas que hubiese, y rompiéndolas, asegurándose de su temple.

Hízose la prueba, y entre doce hombres que le presentaron juntos, el mercero reconoció á Moirón en seguida. Las diligencias que se instruyeron comprobaron que había ido el maestro á Saint-Marlouf en los días indicados por el comerciante.

No detallaré las terribles declaraciones de los niños acerca del reparto de golosinas y el cuidado de hacérselas comer en su presencia para que no quedase rastro alguno.

Exasperada la opinión pública, pedía un castigo ejemplar, indignándose la gente hasta el punto de no haber defensa ni duda posible.

Moirón fué condenado á muerte sin apelación.

Podía prometerse, á lo más, un indulto, y por mi padre, supe que no se le concedería.

Una mañana, estando yo en mi despacho, recibí la visita del cura de la cárcel.

Era un sacerdote anciano, muy conocedor de los hombres y acostumbrado á las astucias de los criminales. Mostróse confuso, inquieto, desasosegado, y después de hablar durante diez minutos de cosas indiferentes, poniéndose de pie, me dijo á quema ropa:

—Señor fiscal: si ejecutan á Moirón, será usted responsable de que muera en el patíbulo un inocente.

Y se marchó sin despedirse, dejándome bajo la profunda impresión de aquellas palabras, pronunciadas en tono solemne y emocionante, de aquellas palabras, reveladoras de un secreto de confesión para salvar una vida injustamente amenazada.

Inmediatamente fuíme á París, y mi padre, advertido por mí de lo que ocurría, solicitó audiencia del Emperador.

Le vimos al día siguiente. Cuando nos introdujeron, Su Majestad estaba trabajando en un saloncito. Yo expliqué todo el proceso hasta el punto de la visita del sacerdote, y disponíame á referirla, cuando se abrió una puerta junto al sillón del soberano

y apareció la Emperatriz, creyendo que su marido estaba solo. Enteróse del asunto, y consultada por Napoleón, dijo:

—Es forzoso indultar á ese hombre inocente.

¿Por qué la repentina convicción de una mujer tan piadosa despertó en mí conciencia una terrible

duda? Hasta entonces había deseado ardientemente una conmutación de pena, y, de pronto, me creí juguete de un criminal astuto, que había empleado al sacerdote y la confesión, como último recurso.

Expuse mis dudas á Sus Majestades. El Emperador mostróse indeciso, vacilando entre su natural bondad y el temor de ser engañado por un misera-

ble; pero la Emperatriz, segura de que había obedecido el sacerdote á una inspiración divina, insistió: «¡En todo caso, es preferible redimir á un culpable que matar á un inocente!» Esta opinión decidió al Emperador, y la pena de muerte fué conmutada por la de cadena perpetua.

Supe, algunos años después, que Moirón, de cuya ejemplar conducta se había enterado al Emperador, estaba sirviendo al director del presidio.

En mucho tiempo no tuve más noticias de aquel hombre.

Pero hace unos diez años, mientras veraneaba en Lille, hospedado por mi primo Larielle, al sentarme un día á la mesa para comer, me avisaron que un sacerdote preguntaba por mí.

Avistéme con él, y me dijo que un agonizante quería verme con urgencia.

Semejantes aventuras me han ocurrido varias veces en mi larga carrera judicial, hasta después de haberme dejado cesante la República.

Siguiendo al sacerdote, llegué á una miserable guardilla, en lo más alto de una casa de vecindad, y vi, sentado en un jergón, reclinándose contra la pared para respirar, á un moribundo extraño. Parecía un esqueleto haciendo muecas, y sus ojos hundidos brillaban mucho.

En cuanto me vió, dijo con voz apagada:

—¿No me conoce usted?

—No.

—Soy Moirón.

Sentí un estremecimiento, y pregunté:

—¿Moirón, el maestro?

—Sí.

—¿Cómo vino á este pueblo?

—Sería muy largo de contar y... Voy á morir... Me trajeron un cura... Yo sabía que usted veraneaba en Lille... y pedí que le avisaran... Quiero confesarme... con usted... Hace años... me salvó la vida...

Crispándose, trituraban sus dedos la paja del jergón á través de la tela. Y prosiguió, esforzando su voz enronquecida:

—Voy á decir la verdad... Es preciso decir la verdad... cuando se abandona la vida...

«Asesiné á los niños... á todos... ¡por venganza!

»Yo era un hombre honrado..., muy honrado..., muy bueno; temeroso de Dios, del Dios caritativo, del que nos muestra la doctrina cristiana; no del Dios verdugo, ladrón y asesino que rige la tierra. Jamás había hecho mal á nadie, jamás había cometido un acto indigno; yo era virtuoso..., muy virtuoso...

»Cuando me casé tuve tres hijos, y los adoraba como ningún padre adoró á sus hijos; vivía sólo para ellos y su cariño era mi única esperanza.

»¡Los tres murieron! ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Merecía yo semejante castigo? Me indignaba clamando contra la injusticia; pero, un rayo de luz iluminó mi espíritu, como cuando se despierta; y comprendí que Dios es malo. ¿Por qué había matado á mis hijos? Abrí los ojos y vi que á Dios le gusta matar y mata complaciéndose. Da la vida, solamente para poder quitarla. Dios es un asesino. Necesita víctimas y se las procura de mil maneras, á todas horas. Ha inventado las enfermedades, los accidentes, para divertirse cuando está de buen humor; y cuando se irrita, desarrolla epidemias: la peste, el cólera, las fiebres, la viruela, ¡qué sé yo lo que imagina ese monstruo! Como no le bastan las enfermedades, recurre á las guerras para ver doscientos mil hombres destrozados entre sangre y lodo.

»Hizo más aún; hizo que se devorasen los hombres, y cuando se iban dulcificando las costumbres, lanzó al mundo los animales indefensos, para ver cómo los hombres los cazan, los degüellan y se los comen. Hizo más aún. Creó insectos que viven sólo un día; las moscas que mueren á millares en una hora, las hormigas que pisamos, y otros muchos,

muchos, que no podemos imaginar. Todos viven matándose, cazándose, devorándose unos á otros. La vida se produce sin cesar de la muerte. Y Dios lo contempla divertido; porque lo ve todo, todo; lo más grande y lo más pequeño, lo que ocurre dentro de las gotas de agua y lo que se realiza en el espacio inmenso, donde flotan las estrellas. Lo mira todo y se divierte. ¡Canalla!

»Yo también maté, maté niños. Hice como él, me divertí como él, destruyendo. Le arrebaté aquellas víctimas; yo los mataba, yo los mataba y hubiera matado muchos más. Pero, no me dejaron...

»¡Cómo le hubiese agradado verme subir al patíbulo! Pero le privé de semejante gusto, confesándome y mintiendo. Mintiendo pude vivir.

»Ahora, todo acaba... Es lo último... Ya no puedo escapar... y no me intimida... ¡Le desprecio!»

Era horrible ver al infeliz, ahogándose, abriendo una boca enorme para balbucear palabras casi incomprensibles, con el estertor agónico, rasgando la tela del jergón, agitando sus piernas enflaquecidas, bajo una sábana sucia, casi negra, como si pretendiese huir.

Le pregunté:

—¿Necesita usted algo?

—No, señor.

—Entonces... me retiro.

—Adiós, caballero. Algún día...

Dirigiéndome al sacerdote, pálido, lívido, apoyado en la pared, le dije:

—¿Se queda usted?

—Me quedo.

El moribundo balbuceó burlonamente:

—Sí, sí; Dios lanza sus cuervos sobre los cadáveres.

Yo me fuí, harto ya de aquel espectáculo.

NUESTRAS CARTAS
L.M.

NUESTRAS CARTAS

OCHO horas de ferrocarril á unos les dan sueño y á otros los desvelan. A mí el menor viaje me agita, no permitiéndome dormir á la noche siguiente.

Las cinco eran cuando llegué á casa de mis amigos Muret de Artús, con objeto de hospedarme unos días en su propiedad de Abelle, una casa preciosa, construída á fines del siglo pasado por uno de sus abuelos y que había pertenecido siempre á la familia. Tiene, por lo tanto, ese carácter de intimidad propio de los hogares habitados, amueblados y animados por las mismas gentes. Nada varía en ellos, y su espíritu persiste, su fisonomía no

cambia; sus tapices no han sido arrancados nunca: fueron rozándose, decolorándose, palideciendo sobre aquellas paredes. No desechan jamás ninguno de los muebles antiguos, que sólo se apartan, de vez en cuando, haciendo lugar á otro nuevo, el cual se halla como un recién venido entre sus mayores.

La casa está sobre un ribazo, en el centro de un jardín, cuyo suelo va en declive hasta el río, cruzado en aquella parte por un puente de piedra. Extiéndense á la otra orilla los prados, á donde llegan con su calmoso andar vacas gordas y lucidas, cuyos ojos húmedos parecen bañados en el rocío, en la vaguedad suave de la neblina y en la frescura de la verde hierba que pastan.

Me agrada ese hogar como nos agrada lo que deseamos ardientemente poseer; voy allá todos los años con un gusto indecible y me despido con tristeza.

Cuando hube comido en familia, entre mis bondadosos amigos, que me trataban como á un pariente, pregunté á Pablo Muret, mi camarada:

—¿Qué habitación me reservaste?

—La de la tía Rosa.

Poco después, la señora Muret de Artús, á la cual seguían sus tres retoños—dos niñas y un chiquillo travieso—me aposentó en la estancia de la tía Rosa, donde yo no había dormido nunca.

En cuanto me vi solo examiné las paredes, los muebles, toda la fisonomía del aposento para ins-

talar mi espíritu en él. Había entrado allí pocas veces y distraído; sólo recordaba el retrato al pastel de la tía Rosa, y no porque me interesara poco ni mucho aquella señora vieja, con su peinado primoroso, pálida y borrosa tras el cristal. Parecía, por su aspecto, una mujer de rígidas costumbres, muy conocedora de máximas de pura moral y de buenas recetas de cocina; una de esas damas respetables

que ahuyentan los goces, y son el ángel triste y lacio de las familias provincianas.

Nunca me hablaron mis amigos de su tía Rosa; ignoraba yo en absoluto su vida y su muerte. ¿De qué tiempos era? ¿Cuándo murió? ¿Fué su existencia tranquila ó agitada? ¿Llevó al cielo un alma pura de solterona, un alma tranquila de madre de familia, ó un alma exaltada por el amor? Y á mí, ¿qué me importaba? El nombre de «tía Rosa» me arecía ridículo, indiferente, ordinario.

Cogí una vela para contemplar su rostro sereno encerrado á bastante altura, en un marco de talla dorado. Me pareció desapacible, insignificante, hasta un poco antipático, y comencé á curiosear los muebles, que sin duda me agradarían más.

Eran algunos de la época de Luis XVI, y los más recientes de la Revolución y del Directorio. Ni una silla, ni un cortinaje de fecha más próxima ocuparon aquel aposento, cuyas maderas, cuyas alfombras, cuyos muebles, cuyas colgaduras conservaban como un suave perfume los recuerdos, como los conservan algunas moradas en donde la vida palpitó amando y sufriendo.

Acostéme, pero no dormí. Después de una ó dos horas de abatimiento, me levanté para escribir algunas cartas.

Abrí un pequeño escritorio de caoba con incrustaciones de cobre, colocado entre las dos ventanas, creyendo encontrar papel y tinta, pero sólo encontré un portaplumas viejo, algo mordido por la punta. Disponíame á cerrar el mueble, cuando un punto brillante fijó mi atención; era como una cabeza de clavo dorado que sobresalía en el rincón de una tableta. La toqué y me pareció que se meneaba; entonces agarréla entre dos uñas, y al tirón cedió suavemente, saliendo. Era un largo alfiler de oro, caído y oculto en una rendija de la tabla.

Ocurrióseme de pronto que serviría para oprimir el muelle de algún escondrijo y me puse á buscarlo. Fué tarea larga y á las dos horas de inútiles tanteos, hallé un orificio en el centro de otra rendija, simétricamente al punto donde se hallaba el alfiler. Al clavarlo, saltó una tableta dejando al descubierto dos paquetes de cartas amarillas, atadas con una cinta azul.

Las leí todas y copié las dos que ahora reproduzco:

«Amiga mía: Desea usted que le devuelva sus cartas y se las devuelvo, pero con un pesar horrible.

¿Teme que yo las pierda? Las tengo bajo llave. ¿Que me las roben? No es posible. Las guardo bien. ¡Son mi más preciado tesoro!

UNIVERSIDAD BIBLIOTECA CENTRAL

Su resolución me apena. Me pregunto si habrá sentido usted algún remordimiento; no de haberme querido; usted no puede arrepentirse de haberme querido, porque me quiere todavía; sino de haber fijado en un papel sus frases de amor apasionado, siempre que su corazón, lejos de mí, confiaba sus emociones á la pluma. Cuando amamos, sentimos deseos de confidencia, sentimos ansias de hablar ó escribir, y hablamos y escribimos. Las palabras vuelan, las amorosas palabras que son armónica vibración y ternura, fugaces y ardientes, desvanecidas al punto de ser pronunciadas, dejan grato recuerdo en la memoria; pero no podemos verlas, ni acariciarlas, ni besarlas, como vemos y acariciamos lo escrito.

Le devuelvo sus cartas, porque usted lo desea; esa devolución me ocasiona un dolor muy grande.

Sin duda su pudor se ha exaltado contra el apasionamiento de palabras imborrables; lamenta usted, alma tímida y sensible, haber escrito á un hombre que le quería, como aún le quiere. Ha recordado usted sus frases emocionadas y se ha dicho: «Lo convertiré todo en ceniza.»

Tranquilícese; ahí van esos papeles reveladores de una pasión que desea ocultarse. Adorándola, no sabría dejar de obedecerla.»

«Amigo mío: No me comprendió usted, ni supo adivinar. No me arrepiento ni me arrepentiré nunca de haber escrito que le quiero, y seguiré diciéndoselo en mis cartas; pero, en cuanto las haya leído, me las devolverá usted.

El motivo de mi exigencia nada tiene de fantástico: es una precaución. Mi cariño es culpable; tengo miedo, todo me asusta. De usted no desconfío; pero á veces la casualidad nos hace traición. Y no quiero que trascienda mi falta; debe morir conmigo.

¡Morir! La muerte nos acecha. Un accidente imprevisto, una caída de caballo, un lance, una enfermedad repentina, un vuelco del coche; la muerte nos acecha en todas partes, á todas horas; vivimos de milagro. Y, si guardase usted mis cartas, la muerte de usted me ocasionaría, con el dolor más grande, la vergüenza más deshonrosa.

¿Qué dirían su hermana, su hermano, su cuñada cuando encontrasen mis cartas?

¿Supone usted que me quieren bien? Yo lo dudo. Y además, aun cuando me adoraran, ¿es posible que hallándose un secreto entre dos mujeres y un hombre, y siendo, por añadidura, secreto de amor, no se divulgue?

Sin duda no han de serle gratas mis reflexiones. Le recuerdo que ha de morir, y pongo en duda la

discreción de su familia. Pero, ¿no hemos de morir los dos? Y como es inevitable que uno sea el primero, no es ocioso prever los peligros que pudieran ocasionársele al otro.

Yo guardaré sus cartas junto á las mías, en el escondrijo de mi escritorio. Se las enseñaré cuando venga, metidas en la misma caja, como dos enamorados en un mismo sepulcro, rebosantes de amor.

Podría decirme usted, que si yo muero antes mi marido encontrará las cartas.

No lo temo. Por de pronto, él ignora que mi escritorio tenga un escondrijo; y aunque lo sospechase, no lo buscaría, y si lo buscase y lo encontrara... tampoco lo temo.

¿No le han preocupado á usted nunca las cartas amorosas que dejan al morir las mujeres?

A mí sí, me han preocupado mucho, y las reflexiones que me ha sugerido semejante preocupación, me decidieron á pedirle mis cartas.

Nunca, nunca, una mujer, quema ni rompe las cartas de amor. Toda nuestra vida, toda nuestra esperanza, todas nuestras ilusiones y los más dulces ensueños de la existencia femenina, se reducen á querer y á que nos quieran.

Las cartas de amor nos acarician con dulces palabras; son reliquias; las mujeres gustan de los tem-

plos, y prefieren aquellos cuyos altares ocupan, donde reciben las adoraciones del hombre. Las cartas de amor son ejecutorias de belleza, de gracia y de atractivo; son el orgullo secreto de las mujeres, el tesoro de su alma. No, no; en ningún caso destruye una mujer esos ocultos y deliciosos archivos de su vida.

Pero nosotras morimos, como muere todo el mundo; y entonces... ¡alguien encuentra esas cartas! ¿Quién? El marido; y ¿qué hace? Nada; las quema.

¡Oh! He pensado mucho en esto, mucho, mucho. Todos los días mueren mujeres que han sido amadas; los vestigios y las pruebas de su desliz caen en las manos del marido, y nunca se produce un escándalo ni se provoca un lance por esta causa.

Tal es el corazón del hombre. Se venga, se bate con quien le deshonra, mientras ella vive; jamás cuando ella muere. ¿Por qué?... Sí, ¿por qué? Lo ignoro. Pero es indudable que las pruebas halladas entre los papeles de una muerta, son cenizas, olvido, perdón; y el marido continúa estrechando la mano del amante, muy satisfecho de haber sido él quien hallase las cartas, porque así pudo cuidadosamente destruirlas.

¡Oh! Cuántos conozco, entre mis amigos, que han debido quemar un paquete de cartas, que fingen

ignorar el pasado, y que se habrían batido como tigres, hallando las pruebas poco antes, cuando la mujer vivía. Pero ha muerto y todo cambia; todo, hasta el honor. La tumba purifica; no llegan tan lejos los disgustos matrimoniales. Vea usted cómo yo puedo guardar impunemente nuestras cartas, que sería para los dos, en manos de usted, un peligro.

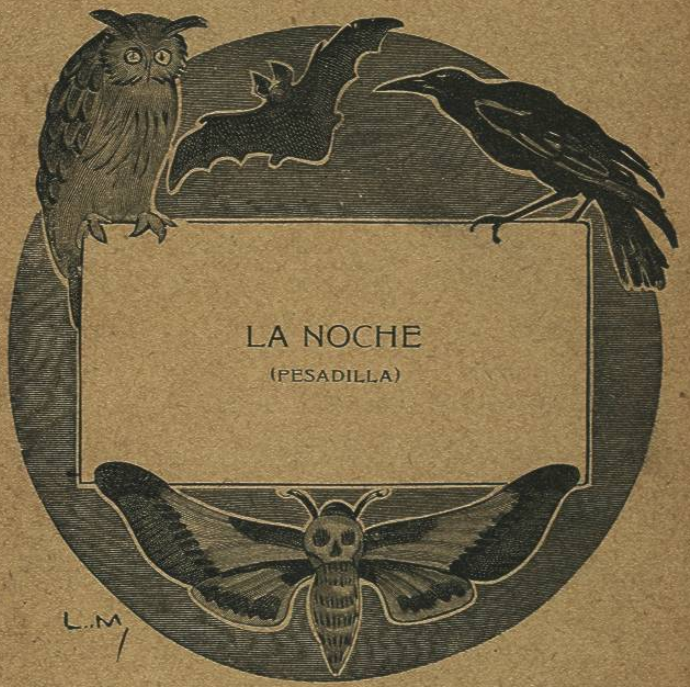
Atrévase á decir que me falta razón.

Adiós. Mil besos,

ROSA.»

Miré al retrato de la tía Rosa, contemplando su rostro arrugado, grave, un poco malévolo, y me hizo pensar en todas las almas femeninas que apenas conocemos, creyéndolas muy diferentes de lo que son en realidad, sin comprender su astucia instintiva y suave, su inocente doblez; y un verso del poeta Vigny acudió á mi memoria:

Toujours ce compagnon dont le cœur n' est pas sur.


LA NOCHE
(PESADILLA)
L.M

LA NOCHE

(PESADILLA)

La noche, me agrada con delirio. Como la patria, como los amores, ejerce sobre mí una influencia instintiva, profunda, invencible Me agrada la noche y soy dichoso en ella; mis ojos la ven, mi olfato la respira, mis oídos atienden á su silencio, y su obscuridad acaricia mi carne. Las alondras cantan al sol, en el aire azul, cálido y ligero del diáfano amanecer. El buho prefiere la noche; como una mancha negra cruza el negro espacio, y gozoso, embriagado por la negra inmensidad, lanza su grito siniestro y vibrante.

El día me cansa y me aburre; lo encuentro ruido-

so y brutal. Me levanto triste, me visto desalentado y salgo á disgusto; cada paso, cada movimiento, cada ademán, cada palabra, cada idea, me fatigan cual si levantara un peso enorme.

Pero cuando el sol desciende, un goce confuso, un goce inexplicable inunda mi ser. Despierto, me animo. A medida que la obscuridad avanza, me siento más joven, más fuerte, más activo, más feliz. Veo cómo se condensa la sombra que derrama el cielo: inunda la ciudad como una ola inasequible, impenetrable; oculta, borra, destruye los colores, las formas; envuelve las casas, los seres, los monumentos con su contacto imperceptible; y siento deseos de gritar como los mochuelos, de correr por los tejados, como los gatos, y un ansia invencible de amores arde en mis venas.

Recorro unas veces los arrabales, completamente obscuros, y otras, los bosques próximos á París, donde siento rondar á mis hermanas las bestias y mis hermanos los merodeadores.

Todo lo que nos atrae con violencia, nos devora con el tiempo. ¿Cómo explicar lo que me sucede? ¿Cómo hacerlo comprender? Lo ignoro; no lo sé, pero sé que ocurre. Oid:

Ayer—¿fué ayer? —. Sí, ayer indudablemente, como no haya sido antes, otro día, otro mes, otro

año; no lo sé. Sin embargo, habrá sido ayer, porque no hubo nuevas auroras, ni el sol ha vuelto á brillar. ¿Desde cuándo es de noche? ¿Desde cuándo?... ¿Quién lo sabe? ¿Quién pudiera decírmelo?

Ayer salí de casa, como todas las noches. Hacía buen tiempo, tranquilo y cálido. Encaminándome á los bulevares, veía sobre mi cabeza el río profundo y cuajado de estrellas, que los tejados de la calle tortuosa, recortaban en el cielo, y hacían ondular—como verdaderas orillas—la corriente movible de los astros.

Todo era claro en el aire sutil, desde los planetas hasta los mecheros de gas. Brillaban tantas luces en el espacio y en la población, que las tinieblas parecían luminosas. Las noches claras resultan más alegres que los días de sol espléndido.

En el bulevar los cafés resplandecían; la gente reía, entraba, bebía. Entré, sólo un momento, en un teatro; ¿en cuál? Tampoco lo sé; estaba tan iluminado que me dió tristeza, y salí con el corazón dolorido por el reflejo brutal de la luz en las molduras doradas, por el centelleo ficticio de la enorme araña de cristal, por la valla de fuego de las candilejas, por la melancolía de aquella claridad falsa y dura.

Llegué á los Campos Elíseos, donde los cafés

cantantes parecen focos de incendio entre las hojas; los castaños, envueltos en claridad amarillenta, parecían pintados, con aspecto de árboles fosforescentes; y los globos eléctricos, análogos á lunas pálidas, á huevos de luna caídos del cielo, á perlas monstruosas y vivientes, hacían palidecer con su claridad nacarada, misteriosa y magnífica, las luces de gas rojizas y sucias y las guirnaldas de vasos de colores.

Bajo el Arco de Triunfo me detuve para contemplar la Avenida, ¡la extensa y admirable Avenida estrellada, guiando hacia París entre dos líneas de fuego y los astros! Los astros lucían, lanzados al azar, en el espacio infinito, donde forman esos dibujos raros que tantas divagaciones y tantos ensueños originan.

Entré en el Bosque de Bolonia, donde permanecí mucho rato, mucho. Sobrecogióme un estremecimiento singular, una emoción profunda, imprevista y potente; mi cerebro, exaltado, se sumergía en la locura.

Anduve, anduve sin descanso; después retrocedí.

¿A qué hora pasé de nuevo por el Arco de Triunfo? No lo sé; la población reposaba, casi por completo dormida, y el cielo encapotábase con obscuros nubarrones.

No sé cómo preví que sucedería pronto algo nuevo y extraño. Parecióme sentir frío; el aire se hacía cada vez más denso; la noche, mi noche adorable, caía pesadamente sobre mi corazón. La Avenida estaba ya desierta; únicamente dos policías paseaban frente á una parada de coches, y en el arroyo, iluminado apenas por los mecheros de gas agonizantes, apareció una hilera de carros de verduras para el mercado. Avanzaban lentamente cargados de zanahorias, nabos y coles. Los carreteros dormían invisibles, y los caballos andaban con paso monótono, siguiendo al carro anterior, sin ruido, por el pavimento de madera. Al pasar junto á los faroles, brillaban las zanahorias encarnadas, los nabos blancos, las coles verdes, y los carros seguían uno tras otro, rojos como fuego, blancos como plata, verdes como esmeraldas. Fuime tras ellos; luego, por la calle Real, volví á los bulevares. No había nadie, ni luces en los cafés; algunos rezagados apretaban el paso, con ansia de llegar. Nunca vi la población tan muerta y abandonada. Miré al reloj: eran las dos.

Me impulsaba una fuerza, un ardiente deseo de andar; llegué hasta la Bastilla, donde noté que jamás vi otra noche tan obscura, pues no pude siquiera distinguir la columna de Julio, cuyo Genio

de oro se perdía en la impenetrable obscuridad. Una densa bóveda de nubes, envolviendo las estrellas, parecía caer sobre la tierra para aniquilarla.

Retrocedí. No hallé á nadie. Sólo en la plaza del Chateau d'Eau, estuvo á punto de caer sobre mí un borracho; se alejó con paso desigual y sonoro. Seguí andando. Al llegar á Montmartre, pasó un coche desalquilado, hacia el Sena; le llamé, pero el cochero no atendió. Una moza, rondando cerca de la calle Drouot, me dijo: «Escuche dos palabras, caballero...» Me apresuré, para evitar su mano extendida. Luego, nada. Frente al Vaudeville un trapero hurgaba entre la basura; ondulaba su farolillo junto al suelo.

—¿Qué hora es?, buen hombre—le pregunté.

Y él dijo huraño:

—¡Si yo lo supiera! No tengo reloj.

Entonces observé que de repente se apagaban las luces de gas. No ignoraba que por economía las apagaban siempre antes de que amaneciera. Y faltaba mucho aún para amanecer, ¡mucho!

«Iré á los mercados—me dije—; á lo menos en los mercados hay vida.»

Emprendí el camino; pero no veía lo necesario para orientarme. Andaba despacio, como se anda en un bosque; iba reconociendo y contando las calles.

Frente al Crédit Lyonnais gruñó un perro. Tomé por la calle de Grammont, extraviándome; luego, por las verjas de hierro que la rodean, reconocí la Bolsa. París entero dormía con sueño profundo, pesado. Sin embargo, á lo lejos rodaba un coche, tal vez el que pasó frente á mí poco antes. Procuré salir á su encuentro guiándome por el ruido que hacían las ruedas, y atravesé calles solitarias y obscuras; negras, negras como la muerte.

Volví á extraviarme. ¿Dónde me hallaba? ¿Por-qué apagan todos los faroles? ¡Qué torpeza! Ni un transeunte, ni un rezagado, ni un ratero, ni siquiera el maullar de un gato amoroso. Nada, nada.

«¿Dónde habrá policías?»—me pregunté—. «Si los llamara...» —Dí voces. Nadie contestó. Grité fuerte, y mi grito se perdió, sin eco, débil, ahogado, embebido por la noche, por aquella noche impenetrable.

Yo aullaba: «¡Socorro¡ ¡socorro! ¡socorro!»

Mis gritos desesperados no tuvieron respuesta. ¿Qué hora sería ya? Quise mirar el reloj, pero no llevaba cerillas para ver la esfera. Oí sólo el *tic-tac* de la minúscula maquinaria; y aquel ruido tenue, imperceptible casi, me produjo alegría inmensa, extraña, como si alguien viviera junto á mí, haciéndome compañía. ¡Qué misterio!

Me puse de nuevo en marcha tanteando las paredes con el bastón, y á cada instante levantaba los ojos al cielo esperando ver por fin alborear el día; pero el espacio estaba negro, completamente negro, más negro aún que los muros de la ciudad.

¿Qué hora sería? Me pareció que andaba después de muchas horas; las piernas me flaqueban, respiraba penosamente y sentí un hambre terrible.

Decidíme á llamar en la primera puerta cochera que hallase. Apreté un botón, el timbre sonó dentro de la casa de un modo extraño, como si aquel vibrante ruido repercutiera en un lugar deshabitado.

Esperé; no contestaron, ni abrieron la puerta; volví á llamar y esperé de nuevo.—¡Nada!

Desalentado y miedoso hice sonar veinte veces la campanilla de otra casa, pero no se despertó el portero; y anduve de puerta en puerta colgándome á todas las anillas, apretando todos los botones y golpeando con el bastón, con las manos y con los pies todos los postigos, obstinadamente cerrados.

De pronto advertí que me hallaba ya en los mercados. Pero los vi desiertos. Ni un ruido, ni una voz, ni un carro, ni un hombre, ni un cesto de verduras ni de flores.Todo vacío, abandonado, muerto.

Me sobrecogió un espanto invencible. ¿Qué sucedía? ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Qué sucedía?

Otra vez andando, andando, y sin hora. No se oía ninguna campana. Ocurrióseme levantar el cristal de mi reloj, palpar las agujas. Lo saqué del bolsillo... No... no andaba, se había parado. ¡Como aquella noche no le dí cuerda...! Y luego ¡nada! ni un estremecimiento en toda la ciudad, ni un resplandor, ni el más leve sonido que agitara el aire. ¡Nada! ¡nada! ¡Otra vez el rodar lejano del coche... Y luego, nada!

La frialdad que subía del río, me hizo comprender que me hallaba en los muelles.

¿Corría el agua del Sena?

Quise averiguarlo; buscando á tientas el primer escalón, bajé... No se oía el rumor de la corriente; seguí bajando... Pisé arena... barro... luego agua... Metí el brazo en el agua... ¡Corría!.. corría... casi helada... casi muerta.

Y comprendí al punto que me faltaban fuerzas para volver á subir... que yo también estaba casi muerto, de hambre, de fatiga, de frío...

INDICE

	Págs.
Claror de luna	1
Un golpe de Estado	19
El lobo	43
El niño	57
Cuento de Navidad	71
La reina Hortensia	85
El perdón	103
La leyenda del monte de San Miguel	117
Una viuda	129
La «Tuna»	143
Las joyas	157
Aparición	175
La puerta	191
El padre	205
El crimen del maestro	217
Nuestras cartas	233
La noche (pesadilla)	247